

ANAT

María Ponce



Anat

Anat

María Ponce

Título original: Anat
Autor: María Ponce
ISBN: 9788409586196
Primera edición: Abril, 2024

**Corrección, edición y
maquetación:** Shadowolfi Team shadowolfiteam@gmail.com

Diseño de portada:
Cristina Almagro Todorova

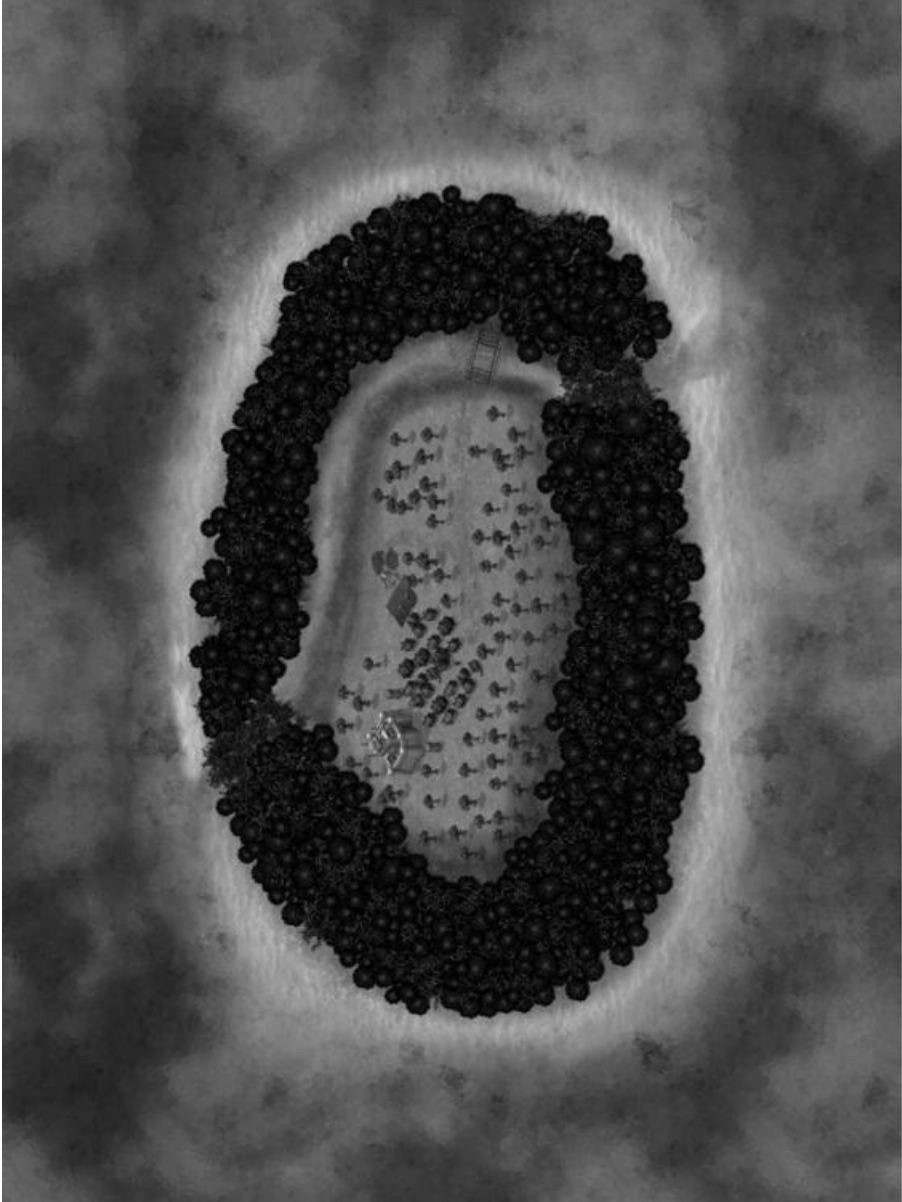
© Todos los derechos reservados. Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular y autor de los derechos.

El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales, es pura coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

Para vosotros dos que me acompañabais en cada tarde de escritura.

Os sigo sintiendo a mi lado.



"La muerte tiene un modo curioso de alterar las prioridades"

Capitán Jack Sparrow

Prólogo

El ruido de las incesantes gotas al caer se mezclaba con los rugidos que producía mi estómago.

La casa en la que vivía, si a esto se le podía llamar así, era una deteriorada y antigua construcción que amenazaba con venirse abajo en cualquier momento. La lluvia ayudaba en su decline. El agua cada día parecía encontrar o abrir (desconozco exactamente cuál de las dos) un nuevo camino por el que deslizarse hasta el interior de la casa.

El constante goteo, sonaba al golpear con la superficie de los cubos que no daba abasto a vaciar y amenazaban con rebosar sobre el suelo de madera que de por sí, ya estaba levantado.

Tras vaciar el último de esta ronda, me tomé un momento de descanso. Me llevé las manos sobre el abdomen doblándome. El ruido no era lo preocupante, sino el dolor que soportaba por la inanición. Llevaba casi tres días sin probar bocado.

Yael nunca se había comportado como un progenitor, ya que no lo era, ni como alguien que te cuida porque te quiere, porque tampoco lo hacía. Nunca supe cómo había llegado a sus manos, a compartir mi vida con un individuo tal, solo sé que desde que tengo uso de razón estaba ahí.

¿Para qué me mantenía?, te preguntarás. Pues la respuesta es sencilla: esperaba el día en que me convirtiera en una mujer casadera, para venderme al primero que le diera algo por mí. No creo que aspirara a grandes dotes ya que no era gran cosa.

Una chica, más bien menuda, de ojos verdes y mejillas cubiertas de más pecas de las que podría contar. No parece nada que baje mi valor, pero olvido mi aspecto más llamativo, lo que tanto horrorizaba de mí al resto: mis cabellos del color del más vivo de los fuegos. La gente me miraba y juzgaba, se alejaban o asustaban solo por un simple color. Por ende, cualquier cosa que le dieran por mí sería bien recibida, incluso si el trueque fuese por una de esas bebidas de licor que tanto le gustaban.

No juzgo a nadie, ya que cada cual tiene sus gustos y elige cómo acabar con su vida del modo que mejor le plazca. Lo que no puedo soportar más, es el modo en el que se comporta cuando llega en estado de embriaguez.

La primera vez fue hace años y me prometió que no volvería a pasar, que había sido un error que no debía volver a ocurrir. A medida que los años han ido pasando, sus mentiras habían sido cada vez menos creíbles como mayores las palizas.

¿El motivo? Cualquiera. Basta con que se te pase el pan o que no llegues a tiempo a vaciar uno de los apestosos cubos para que la corta mecha que conecta con su cabeza le haga estallar.

Al principio me engañaba pensando que los golpes pararían o que, en una de sus golpizas acabaría con mi vida, pero después del tiempo, la piel bajo las cicatrices se había endurecido, al igual que mi corazón.

Ahí estaban. Sus torpes y descoordinados pasos anuncian su inminente llegada. Cómo no, borracho. Normalmente tiemblo o suplico por hallar un hueco en el que esconderme hasta que se le pase, pero no hoy.

La puerta se abre con un gran estruendo debido al golpe que produce al golpear contra la pared. Esta vez su estado es tan lamentable, que prácticamente se ha arrojado contra la puerta para poder abrirla.

— Prepáralo, rápido — hipa a la par que me lanza una hogaza de pan.

Asiento y me dirijo hacia la mugrienta cocina mientras su maltrecho cuerpo lucha por llegar de una sola pieza a la mesa. Separa la silla y a duras penas se sienta, haciendo malabares para no perder el poco equilibrio del que dispone.

— ¡Cerveza! — exige.

Me había quedado un par de segundos absorta contemplando el pan mientras mi boca salivaba con la idea de degustarlo. Tomo con rapidez una jarra y me dirijo frente a él. El ruido del líquido vertiéndose es lo más placentero que he escuchado en mucho tiempo.

Antes siquiera de que pueda terminar de rellenarla, toma la jarra y se la lleva con ansia a los labios. No sé si entra más líquido del que desperdicia a ambos lados de su boca, que cae manchando todo a su paso. Una vez su sed parece saciada, golpea la mesa con fuerza exigiendo con un movimiento que llene de nuevo el recipiente.

— ¿Qué te pasa hoy? Deberías estar ya calentando mi comida — me contempla.

No digo nada, ya que mi cabeza está centrada en la cuenta atrás que mentalmente está llevando de forma tan meticulosa.

— ¿Estás sorda? — vocifera mientras su apestoso aliento me golpea.

— Sesenta — respondo.

— ¿Sesenta? — se rascó la cabeza desconcertado. Dudo que sepa contar hasta ese número — Mira, menos mal que dentro de pocos años, te podré vender a un hombre que haga una mujer de bien de ti...

— No — negué rotundamente.

— ¿Cómo? — su enfado iba en aumento.

Ya conocía sus expresiones. La forma en la que sus pupilas se dilataban o en la que sus mejillas se encendían, sus gestos o la manera en la que aleteaba su nariz. Estaba a punto de explotar contra mí, pero esta vez me daba igual.

— Que no — respondí — Eres el hombre más apestoso que creo exista en la faz de la tierra, el simple hecho de soportarte ha sido un castigo al que ningún ser humano debería haber sido sometido. Mi respuesta es no ante que me vendas como a un animal para conseguir cuatro monedas que gastarte en un poco más de eso que te está matando, o más bien lo estaba — sonreí.

— ¿Cómo te atreves a...?

Su expresión cambió por una completamente diferente, llevó sus manos a su garganta como tratando de encontrar un aire que le faltaba. De su boca comenzó a salir una espuma blanquecina unida a temblores constantes.

Un golpe seco y estridente hizo empequeñecer el resto de ruidos. Su cabeza había caído, golpeando con fuerza la mesa. No creo que la colisión le hubiese ocasionado ya daño alguno, porque estaba muerto, ¿el motivo por el que estaba tan segura?

Porque yo misma lo había matado. Una ínfima, pero justa cantidad de un veneno que me había empeñado en buscar estos días, tan mortal como insípido, había entrado a su cuerpo, mezclado con su asquerosa cerveza.

Le contemplé unos segundos y me asombré a mí misma al demostrarme lo poco conmovida que estaba con el hecho de acabar de darle muerte a otro ser humano. No tenía pesar ni remordimiento, todo lo contrario, mi sentimiento era de plena liberación.

Me moví con rapidez y tomé varias cosas antes de salir. Ni siquiera me había dado cuenta de que había dejado de llover y de lo conveniente que me resultaba aquello.

Tomé una cerilla y la arrojé al interior de la casa, una tras otra hasta que el calor me hizo separarme. El fuego comenzó a propagarse con rapidez, devorando todo a su paso.

Un espectáculo digno de ver, las llamas, sus colores y todo lo que purificaban a su paso. Llevé la hogaza de pan a mi boca y me deleité con sus sabores, contemplando mi obra.

Allí se quedaban las palizas, las miserias y mi inocencia. Yacían junto al cuerpo del hombre al que acababa de matar y con el que acababa de morir.

Había nacido mi nuevo y auténtico yo al que nadie más pisotearía o ultrajaría. Había nacido Anat.

Capítulo 1

El camino no fue fácil, ya que el único sustento con el que contaba mi cuerpo era la insignificante hogaza de pan que, a estas alturas, ya se había esfumado de mi famélico organismo.

Cuando llegué al primer reino, mis absurdos pensamientos me hicieron fantasear con la estúpida idea de que quizá y solo quizá, sería aceptada por los suyos. No, no fue así, tratada como a una apestada a la que temían y odiaban a partes iguales por supersticiones más antiguas que sus tierras, me vi obligada a hacer lo necesario para sobrevivir.

Y con necesario me refiero a lo que fuera. Las primeras veces me resultó más complicado, pero como bien se sabe, el hambre agudiza el ingenio. En menos de lo que se propaga una mala hierba, había aprendido a robar, mentir y engañar. Para mi desgracia, al principio, terminaron pillándome una y otra vez, reino tras reino, año tras año.

No siempre me pillaban por mis engaños y no solo había aprendido a mentir. Lo que pasó la noche que cambió mi vida para siempre, me abrió un amplio mundo de posibilidades.

Sabía y era plenamente consciente de que no era una persona de gran fuerza o agilidad y aunque podía defenderme en una pelea, no era mi modo de actuar. A mí, me gustaban más... cómo decirlo... los aderezos en comida o bebidas que le daban un regusto para morirse.

Pasaron los años y con ellos, los reinos por los que fui pasando de manera abrupta. Como ya dije, a veces ni se percataban de mis hurtos o de mis engaños, simplemente me marchaba o me pillaban por... otros motivos.

Hace unos meses había llegado al pobre reino en el que me encontraba. Había sido sigilosa y conseguido eludir cualquier responsabilidad con relación a los hurtos, elaborándome unas estudiadas coartadas.

Aunque al igual que en el resto de lugares era odiada, había encontrado a alguien que no lo hacía tanto. Se llamaba Jork, un joven panadero de más o menos mi edad, bastante santurrón al que todo el reino parecía respetar. Pasaba por alto las veces que fingía no conocerme delante de otros para no manchar su reputación hablando con un despojo como yo, solo porque a veces manteníamos conversaciones banales con las que evadía un poco mi cabeza de sí misma.

Aunque podía hacer parecer que algo había cambiado y me había abierto a alguien, nada más lejos de la realidad. No era más que una mera relación de beneficio mutuo. En nuestras mentadas charlas, no solo escuchaba por unos minutos, algo más que mi propia voz, sino que descubría datos interesantes acerca de nuevos vecinos o casamientos que me ayudaban a preparar mis siguientes golpes.

Lo que sacaba por dicha relación estaba más que claro. En cuanto a lo que sacaba él de hablar conmigo, eso seguía siendo un misterio.

— Hoy no sabía por dónde encontrarte — su voz me tomó por sorpresa al abrir la puerta del cobertizo.

Utilizaba aquel lugar como tapadera para fingir guardar los utensilios con los que en teoría labraba la tierra para ocultar mis botines más succulentos. Cuando las gentes

hablaban acerca de por qué no creía nada, lo achacaban a un suelo infértil sobre el que trabajaba incansable, nada relacionado al hecho de que ni siquiera le hiciese caso... no, eso no tenía que ver.

— Vaya, ¿ese no es el collar que desapareció la semana pasada a...?

Sus ojos no se posaron en mí, sino en mis manos, entre las cuales sostenía el collar que recientemente había digamos, dado una nueva dueña, yo. Lo guardé con rapidez y le empujé fuera del cobertizo para cerrarlo tras de mí.

— Podría inventar una mentira, pero sería inútil. Ambos sabemos qué es lo que acabas de ver — espeté.

— Está claro — confirmo.

— Y, ¿con referencia a ello tú...? — moví mi mano hacia delante, invitándole a que continuase la frase.

— Puedes estar tranquila, no diré nada — sonrió.

Algo en mí me decía que no me fiara, si bien la vida me había enseñado algo a base de palos, era que nadie hace nada sin ningún motivo.

Se aproximó con rapidez y me tomó por la cintura acercándose a él hasta quedarme a escasos centímetros de su rostro.

— La panadería está bien, pero no da los beneficios que deseo. Y hablando de deseo... — pasó una mano por mi nuca.

De un movimiento ágil, esquivé su boca, colocando en su lugar mi mejilla, sobre la cual sus húmedos y asquerosos labios se posaron. Ahí estaba el motivo.

— Vamos, no me digas ahora que no deseas que te trate como cualquier hombre a cualquier mujer. Es más, sabes que por tu condición... — señaló mis cabellos— te estoy haciendo un favor para que puedas experimentar lo que sin mi ayuda no podrías — esbozó una sonrisa.

Vaya con Jork, había conseguido engañar a todo el reino y no solo a él, sino también a mí. No es que no fuera el santurrón que todos pensábamos, sino que se acercaba más al mismísimo demonio personificado. No había dolor, ya que la carencia de un corazón me lo impedía. Solo rabia y furia. ¿Doblegarme y chantajearme?

— Por supuesto — sonreí. — Pero vamos mejor dentro.

Sus ojos lujuriosos me contemplaban incrementando su deseo y nublándole la vista. Nos adentramos dentro de la cabaña vieja y a mitad de derruir en la que vivía. Más privacidad pensó él, menos testigos, pensé yo.

— Toma asiento y ponte cómodo. En seguida vuelvo — me dirigí a la cocina.

— Sabía que eras una mujer inteligente, alguien que entendería lo que nos beneficiará a ambos.

Volví con un vaso de agua entre mis manos y con una sonrisa bien amplia.

— Toma algo de agua, te hará falta para lo que te voy a hacer — insinué con lujuria.

Cual caballo cegado, tiró hacia donde las riendas le conducían sin rechistar. Tomó el vaso con ansia, devorando su contenido en segundos sin apartar la mirada de su objetivo: Yo.

Con el vaso ya vacío, golpeó la mesa de un golpe seco para esbozar de nuevo aquella sonrisa que, hasta hacía unas horas, desconocía tuviese.

— Vamos, ven aquí — intentó agarrarme.

Con un gesto rápido me aparté y moví el dedo a modo de negación ante su

desconcertada mirada.

— Deja que te diga unas palabras antes, esto es nuevo para mí — fingí ser una doncella afligida, pero de doncella no tenía nada y de afligida menos.

A regañadientes asintió y volvió a tomar asiento para concederme mi deseo.

— Pese a lo duro que ha sido, al conocerte pensé que todo había cambiado... — fingí emocionarme — Lo lamentable fue que lo había hecho, pero a peor. — mi tono se endureció — No solo eres mentiroso, vanidoso y tramposo — su rostro me miraba perplejo — sino que eres el peor con cuantos he topado, aquel que no muestra su auténtica cara hasta que ya tiene el puñal bajo tu mentón.

— ¿Qué demonios dices? — gritó furioso incorporándose — Eres un bicho raro que irá a dar con sus pies en prisión en cuanto...

— Y sesenta — concluí.

Me acerqué hasta él, que cayó sobre la silla, perdiendo el equilibrio y dando con su asqueroso cuerpo contra el suelo. Tenía las mejillas enrojecidas y ya respiraba con dificultad.

— No iré a prisión, querido, porque no dirás nada, a no ser que los muertos lo hagan... ¿lo hacen? — me mofé ante su mirada de súplica. — Pobre iluso, peón que se creyó mejor que el rey. No sois ni el primero ni el último que se ha intentado poner en mi camino. No tardarás en morir, aunque me temo que no será indoloro. — Me puse en pie y le seguí contemplando —: A mí no se me doblará nunca más — gruñí —. Nos vemos en el maldito infierno.

Capítulo 2

Esta vez contaba con más tiempo que las anteriores. Nadie se acercaría a mi casa sin motivo ni buscarían a su querido panadero en mi propiedad. La incesante manía del desgraciado por ocultar que hablábamos lo había condenado sin que se diera cuenta. Muerto estaba y estaría, de eso no había duda. Ahora, ¿el tiempo que tardarían en encontrar su cadáver? ¡Ay, querido Jork! Si hubieses sido más sincero con todos quizá incluso podrían haber evitado que yacieras ahora sobre mi suelo.

Cogí un saco y fui guardando todo lo que había ido acumulando estos años, o más bien, lo que podía llevarme. Reino tras reino, huida tras huida, el botín se había hecho mayor. Por un segundo me quedé contemplando la cuantía, deseando no tener que mudarme más, no tener que volver a empezar o simplemente... No. Negué con la cabeza y aparté de mí esos estúpidos e inservibles pensamientos. Este era el único camino que la vida me había deparado; no había atajos o senderos. Por eso seguiría fuerte, seguiría en pie, costara lo que costase.

¿Que era cruel y fría? Sí, lo era. Puede que hubiese deseado ser de otro modo, tener alternativas, pero bien sabía que no era así. Para todos siempre sería un bicho al que temer, al que intentar doblegar o echar. Si este era mi maldito papel, pensaba ejecutarlo en todo su esplendor.

Tomé el saco y salí con cautela por la parte de atrás sin llamar la atención. Como siempre, la casa en la que me quedaba en cada reino era la más vieja, pero también la más apartada, cualidad que, sin darse cuenta, ayudaba bastante a la hora de la huida. Gracias, queridos vecinos.

Durante estos años había ido moviéndome entre los reinos cercanos y colindantes quedándome sin alternativas. Ya me había dado cuenta a mi llegada. Por ello y como siempre, ya había pensado y preparado la huida. Me acerqué a la orilla y destapé con rapidez la pequeña barca. El polvo y los restos del clima habían quedado sobre la lona haciendo que, al moverla, no pudiese evitar toser.

La empujé con fuerza unos metros hasta que estaba por completo en el agua. En aquel pueblo eran realmente descuidados, durante toda mi estancia no se habían percatado de la barca, no eran muy inteligentes. Pobre Jork, ni siquiera te reconocerán cuando den contigo.

Metí el saco y de un salto me monté. No es que el agua me apasionase. Ni siquiera había montado antes en una barca, por lo que su rápido vaivén comenzó a provocarme nauseas.

Las corrientes parecían más tranquilas vistas desde tierra igual que fácil dominar aquel trasto. Tomé el remo y comencé a remar en dirección oeste donde sabía se encontraban el resto de reinos. Se aprende muchas cosas por las habladurías de los pueblerinos.

Justo cuando casi había llegado a la bifurcación que se separaba en dos enormes brazos, uno al oeste y otro al este, noté un embravecimiento repentino de las aguas. Moví el remo lo más rápido que pude. ¡Demonios! Incluso metí los brazos intentando moverme desesperada.

No sirvió de nada, tan repentino como vino, se fue. Las corrientes volvieron a ser sumisas y el viento que, por unos segundos pareciera haberse levantado, se había esfumado.

Jadeando y tratando de recuperar la respiración del esfuerzo, contemplaba cómo, sin remedio alguno, la barca se había desviado tomando el camino del este. Bueno, estaba claro que no podía hacer más que seguir la corriente, por lo que me relajaría e intentaría conservar fuerzas para lo que el destino me tenía deparado, pero no podía ser muy malo, ¿verdad?

Capítulo 3

Dos días enteros llevaba ya en aquella maldita barca. Entre mis manos sostenía el único sustento que me quedaba: un trozo duro y reseco de carne (o al menos eso pensaba que había sido en algún momento) y los últimos sorbos de agua.

Había gritado, blasfemado y rabiado como nunca antes en mi vida. Por más que intentaba dirigirme con el remo, las olas y la corriente se empeñaban en moverme a su antojo aumentando mi desesperación. Habían desaparecido las orillas, ya ni siquiera las veía, por lo que bajar y seguir a nado no era una opción. Si salía de aquel maldito artilugio, juraba no volver a poner un pie fuera de tierra.

Era bien entrado el día, cosa que sabía por el fuerte sol que amenazaba con matarme, si no lo hacían la desesperación o el hambre antes. Levanté un poco la cabeza, que tenía oculta bajo mis brazos y... ¿Tierra?

Puede que me costase abrir los ojos o que un loco pensase que era un espejismo, pero no, no lo era. Esto era tan real como el dolor que mi cuerpo sentía. Un montículo de tierra, rodeado por más naturaleza de la que jamás había visto, se erguía ante mis ojos. Me encontraba torpe y agotada, pero no soportaba ni un segundo más allí. Tomé el saco y de un salto me sumergí en las aguas. Nadé con las pocas fuerzas que me quedaron, ayudada por la corriente que, esta vez, parecía de mi lado.

Había dejado de patear y tenía la respiración acelerada del esfuerzo. Moví mi mano y lo noté, pero tuve que girar mi rostro para creerlo. Tierra, de la más oscura que jamás había contemplado, mis dedos se sumergían en ella.

Reí y me revolqué en aquellas arenas como si lo hiciese entre el más valioso de los tesoros. Permanecí unos segundos boca arriba, contemplando el cielo con una enorme sonrisa dibujada en mis labios. Lo había conseguido.

Con esfuerzo, me puse en pie y miré a mi alrededor. Había estado tan centrada en llegar que ni siquiera sabía a dónde lo había hecho. Unos pocos metros me separaban del agua y otros tantos, en la dirección opuesta, de la vegetación. Nunca en todos mis años, había dado con un lugar como aquel; las hojas parecían sumergirse entre el suelo, como si ellas mismas compusiesen la isla. Tampoco había pasarela, barcos o indicio alguno de vida.

Un ruido me sobrecogió. A veces no debes saber bien la procedencia de algo para saber que no es bueno, y aquello que acababa de escuchar, no lo era. Tomé con ambas manos el saco y pese a que no sabía que había al otro lado, sabía qué dirección debía tomar: la opuesta a aquel sonido.

Me acerqué a los árboles y apenas podía avanzar. Tal y como había imaginado, era demasiado frondoso y apenas había espacio. El ruido se acercaba, por lo que, pese al dolor, pese a los arañazos en múltiples zonas de todo mi cuerpo, debía avanzar.

Por fin estaba al otro lado, pero no era como lo imaginaba, no había dejado las plantas atrás, sino que éstas eran el todo que ahora contemplaba. Aquello no era un bosque. Había visto cientos de ellos y esto no lo era. No se apreciaba tierra bajo mis pies, ya que las raíces habían engullido todo a su paso, y al mirar hacia arriba me percaté de que cubrían incluso el cielo sobre mí. Olía a humedad y descomposición a partes iguales y la oscuridad parecía devorarme. No sabía qué demonios era ese maldito lugar, pero debía salir de allí.

Quise avanzar, pero me di cuenta de que algo me lo impedía. El saco se había enredado bajo unas raíces. Tiré con todas mis fuerzas y no era capaz de sacarlo, por lo que no debía ser a la fuerza. Eché mano al puñal que solía llevar en la cintura, pero no estaba. Estaría perdido en el agua, en el bote o en la arena. Me daba igual el motivo.

El gruñido se repitió con furia, pero esta vez más cerca, haciendo que hasta el último cabello rojo de mi cuerpo se erizara. Tiraba y tiraba, pero aquello estaba tan lejos de soltarse como yo cerca de morir a manos de aquella cosa que me acechaba.

—¡Maldición! —exclamé mirando el saco y soltándolo.

Puede que llevase en él los logros de toda una vida, pero no pensaba perder la misma por cuatro baratijas. Lo solté a regañadientes y comencé a correr.

Los berridos iban en aumento, pero a esto se le añadió la incesante sensación de que me perseguían. No, no era una sensación, escuchaba los pasos a mi espalda, los jadeos provocados por la carrera. Pero entonces, ¿por qué no veía a nadie?

No cesaba en mi carrera, que parecía no llevarme a ninguna parte, ya que aquel lugar parecía ser infinito.

—Ven...

Una voz ronca y desgarrada, más cerca de la muerte que de la vida comenzó a sonar por todos lados. Arriba, abajo, derecha, izquierda, el portador parecía estar en todas partes sin estar en ninguna.

Al fin atisé un ápice de luz tan pequeño como un hilo, pero con eso me servía. Había algo detrás de ese último tramo y, fuese lo que fuese, debía llegar allí. Corrí con furia, rabia y desesperación. Había sobrevivido a malnacidos, palizas, ataques, hambrunas y dolores que podrían catalogarse como inhumanos. No iba a morir en aquel jodido lugar.

Elevé la mano, ya casi podía tocarlo, sentirlo... Cuando mis dedos atravesaron el lugar noté cómo la atmósfera cambiaba por completo; la brisa fresca parecía acariciarme y notaba la calidez del sol en mi piel. Un poco más y lo habría conseguido.

Algo tiró de mí. Era una mano. Sí, lo era. Me sujetaba con fuerza por el brazo tirando de mí, impidiendo que avanzara. Me giré para contemplar a mi adversario y plantarle cara de una vez. Por muchas cosas que hubiese podido imaginar descubrir al otro extremo, nada se hubiera comparado con la realidad.

Oscuridad. Una mano que parecía fundirse con las sombras me sujetaba con fuerza. Elevé la cabeza para contemplar a su dueño. Apenas podía verle en su totalidad el rostro. Parecía formar parte ¿de la oscuridad? Su boca, su cabeza... todo parecía no estar, a la vez que estaba. Solo se podían ver dos enormes ojos verdes que me contemplaban sin pestañear.

—No deberías haber venido —su voz era rasgada y parecía arrogante—. Este sitio se encarga de pudrir todo a su paso. Se encargará de destruirte y quebrarte —rio.

—¿Cómo el resto del mundo dices? No hay lugar que no haya intentado acabar conmigo. Por suerte, he aprendido a crecer como las malas hierbas —gruñí.

La expresión de sus ojos cambió. No sabía cómo definir su nueva expresión. Solo sé que fuera como fuera, su agarre cesó y yo caí al otro lado, atravesando aquella maleza.

Capítulo 4

Estaba tan desesperada por salir de allí, que no había barajado la idea de qué habría al otro lado. Había caído de bruces contra el suelo y quedado de frente a la maleza de la que acababa de escapar.

Levanté la vista y contemplé el despejado cielo sobre mí, eso era una buena señal. Unos murmullos me sacaron de mi reciente alegría. Giré levemente mi cabeza y al hacerlo me di cuenta de lo que tenía a mi espalda. Un reino entero se levantaba a mis ojos y no solo eso, sino que más de una decena de sus habitantes se habían amontonado ante mi presencia. ¡Mierda! Lo de pasar desapercibida iba a ser realmente complicado.

Me puse en pie y me giré ante la atenta mirada de todos. Tras un análisis rápido comprobé que sus ropas eran algo dispares a las que había visto en otros reinos, como si se hubieran escapado de otra época. Aunque parecían personas comunes, había algo en mí que me advertía de que algo no era normal. Bien, estaba preparada para los innumerables gritos y caras de aberración al contemplarme, pero ¿por qué no llegaban?

— Señorita, ¿se encuentra bien? — una mujer rompió el silencio para preguntarme.

— Yo... ¿sí? — estaba completamente aturdida.

Quizá había muerto ahogada o en mitad de aquel lugar, quizá incluso nada de aquello existía y esto solo era una alucinación. ¿Estaba muerta?

— Claro que no está bien, miradla — concluyó un hombre. — Vamos, debemos avisar al rey.

— No, me temo que eso...

— Sí, hay que hablar con el rey — intervino otro.

Una a una las voces con esa misma frase fueron uniéndose mientras los aldeanos se acercaban siniestramente hacia mí. No parecían temerosos, sino que me veían como si contemplaran un succulento trozo de carne después de largas semanas sin haber probado bocado. No sé por qué, pero prefería el miedo en sus ojos que en los míos.

Una mano me tomó por el brazo sobresaltándome.

— Querida, acompáñeme, la llevaré junto al rey. Él sabrá qué hacer.

Contemplé al hombre: sus ojos amenazaban con salirse de sus órbitas, y lo que comenzó siendo un agarre leve, empezó a ser doloroso. Notaba cómo se cernía sobre mi brazo con fuerza, una que comenzaba a hacerme daño.

Miré su mano y decidí que no la quería más allí. Le asesté un pisotón seguido por un codazo en el vientre. Él se encogió y yo corrí. ¿A dónde? No lo sabía.

A mi espalda tenía la oscuridad; delante, todas aquellas personas. Vi un pequeño hueco entre ellos a mano derecha, por lo que esa sería mi opción. Puede que no consiguiera salir del lugar o quizá había otra salida al otro extremo; fuera como fuera, al menos estaría lejos de todos.

Corrí ante los murmullos del gentío, aunque para mi sorpresa, en eso se quedaron. Nadie vino tras de mí ni intentó darme captura. Esto cada vez se ponía más extraño.

Ya estaba lo suficientemente lejos, había avanzado hasta llegar a un lugar apartado cerca de un pequeño riachuelo. Me apoyé sobre el puente con ambas manos mientras recuperaba la respiración poco a poco.

Había estado racionando el alimento, subsistiendo con un bocado esos dos días, estaba rozando la deshidratación y había hecho un esfuerzo sobrehumano por llegar allí, sumado a la lucha al llegar y esta última carrera.

Todo comenzó a darme vueltas de forma brusca, intenté agarrarme mejor, pero obtuve todo lo contrario. Mi mano se resbaló y perdí el equilibrio cayendo contra la barandilla para atravesarla literalmente con mi cuerpo y dar de bruces contra el río.

Emití un grito de dolor por el golpe, que las aguas ahogaron. Estaban heladas, tanto que miles de agujas afiladas parecían atravesarme por toda la piel. Estaba exhausta, dolorida y sin fuerzas. Después de todo, ¿iba a morir en un jodido río?

— ¡Ya voy! — la voz de un hombre me tomó por sorpresa.

A continuación, escuché como alguien se zambullía entre las aguas hasta aproximarse a mí. Casi estaba hundida por completo, cuando dos manos me rodearon la cintura y comenzaron a tirar de mí. No me opuse porque ni tenía fuerzas ni quería morir ahogada.

Consiguió arrastrarme fuera y ambos nos recostamos exhaustos sobre la hierba.

— ¿Os encontráis bien? — me preguntó la voz.

Antes de obtener mi respuesta, la identidad de mi salvador quedó al descubierto. Sobre mis ojos, un hombre joven. De cabellos rubios que, ahora mojados, estaban peinados hacia atrás. Sus ojos tenían un tono azul claro y sus rasgos parecían perfectos. Había visto hombres apuestos, pero no como este.

Era alto, algo más que yo, y su complexión era fuerte, cosa que podía comprobar a la perfección por el hecho de lo pegada que ahora permanecía su ropa contra su silueta. Parecía el maldito príncipe sacado de un cuento.

— Creo que sí — respondí.

— Bien, vamos a ponerte en pie con cuidado — me tendió la mano.

La contemplé durante unos segundos cómo tratando de descifrar su significado. Me había ayudado a salir del agua y sabía que algo quería de mí ya que nadie hace algo sin esperar nada a cambio. No obstante, estaba hecha un desastre y no tenía muchas opciones. Necesitaba algo o alguien de quien beneficiarme.

Tomé su mano y me levanté con cuidado, aunque no pude evitar un gruñido provocado por el dolor de mi costado.

— Puede que tenga que verte un médico — indicó.

— No hace falta, no me quedará mucho—, respondí con rapidez.

—Bueno —parecía confuso—, al menos déjame que llame a alguien que te cure, después podrás marcharte a donde quieras.

Mi mirada estaba clavada en la suya tratando de escudriñar su naturaleza, cosa que por lo general y salvo el caso de Jork, solía hacer en cuestión de segundos. Sin embargo y pese a mi insistencia, no conseguía descifrar lo que ocultaba, como si sus dos ojos azules tuviesen una puerta cuya combinación aún no tenía.

— Está bien respondí. ¿Cómo debo llamarte para agradecer lo que has hecho por mí? — pregunté.

— Me llaman de mil maneras. Alteza, su excelencia, monarca, rey, pero tú puedes llamarme Tristán.

Capítulo 5

Estaba calada hasta los huesos. Tenía las ropas y el cabello pegado contra el cuerpo y luchaba, tambaleándome, por no perder el equilibrio. ¿Había dicho que era el maldito rey?

— ¿Ocurre algo, te encuentras mal? — preguntó percatándose de mi manera de moverme.

— No, no — me apresuré a negar — Está todo bien, solo que creo que te he escuchado mal, ¿has dicho fray o day? ¿Algo similar?

—¿Rey? —me miró para averiguar si me refería a eso—. ¿Te incomoda? Perdón, me refiero a que nadie suele quedar impresionado por mi identidad ya que llevamos... —se rascó la cabeza—. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que vino un forastero a nuestro reino.

— No me extraña...—murmuré.

— ¿Decías?

— No, nada — sonreí de manera francamente falsa.

—Por cierto, no quiero que te moleste o te tomes a mal lo que te voy a decir —allá vamos, pensé mientras daba varios pasos hacia mí—. Tus cabellos son... son...

¿Feos, horribles, demoníacos? Había infinidad de adjetivos que podían describirlo. Estaba tan cansada de ellos que esperaba que al menos esta vez, fuese alguno diferente o al menos ingenioso.

— Majestuosos — terminó.

— Sí, lo sé, no hay nada que no haya escuchado... ¿perdón?

— Cierto, sabía que quizá describir algún rasgo de una dama resultaba una grosería impropia de mí, no debería haberte importunado con mis palabras.

—Basta, tiempo muerto —gesticulé con las manos—. A ver, paso por alto que tus gentes parecieran dementes andantes con cara de caníbales —caminé y casi me caigo, intentó ayudarme, pero se lo impedí—. Incluso la maldita locura de cosas que rodean este lugar, pero que ensalces mi pelo... ¿En serio? Dime que estoy muerta o que estáis todos colocados con algún tipo de seta.

Me contempló durante unos segundos. Vale, no solía ser tan franca, pero es que era la primera vez que algo me descolocaba de esta manera. Quizá me matase, pero lo a gusto que me había quedado...

Unas carcajadas comenzaron a salir de los labios de aquel hombre haciendo que se retorciera de la risa.

— Eres realmente graciosa, ¿lo sabías? — se incorporaba aún sonriendo.

— Estoy muerta — me temí.

— Claro que no. Ahora, ¿por qué no lo estás? — arqueó sus cejas.

— Vaya, es la manera más original que me han deseado la muerte, enhorabuena.

Me giré y pese a mi estado, tenía la suficiente fuerza como para mantener mi dignidad y largarme de aquel maldito lugar.

— ¡Vamos, no me malinterpretes! — exclamó y seguí a lo mío ignorándole —. ¿Qué viste en el bosque? ¿La sombra?

Me paré en seco, acababa de despertar mi curiosidad.

— ¿La sombra? — pregunté de forma repetitiva girándome — ¿Qué es eso y qué quieres a cambio de decírmelo?

— ¿Por qué piensas que quiero algo a cambio? — preguntó molesto.

— Porque nadie hace nada sin esperar nada — revelé —. Así que, o me dices cuál es el precio, o me largo. — sentencié.

Me crucé de brazos y esperé su respuesta. No estaba acostumbrada a mantener conversaciones tan extensas con nadie, a no ser que fueran insultos o ataques. Esto era nuevo para mí y me enfurecía no tener el total control sobre ello. Él también parecía descolocado. Nadie que no fuera yo me importaba.

— Está bien — se dio por vencido. — Me gustaría saber qué es lo que viste ahí fuera y cómo conseguiste sobrevivir a ello. Además de cómo has conseguido llegar a este lugar. A cambio, yo te contaré todo lo que quieras saber sobre la sombra y este lugar.

— Me parece un trato justo — dije al fin —. Comienza tú y yo continuaré.

— Perfecto, pero antes me acompañarás a palacio a que te curen, te aseen y alimentes.

— No, nada de eso entraba en el trato — bramé.

— ¿Lo tomas o lo dejas? — esta vez él cruzó los brazos.

Entorné los ojos, este tipo estaba empezando a sacarme de mis casillas con su continua intención de ¿ayudarme? No, no me lo tragaba, pero estaba claro que no tenía muchas opciones.

— Está bien, con otra condición. Una vez terminemos se me proporcionará todo cuanto desee para salir de este lugar y...

— Perfecto, tendrás todo lo que necesites — intervino cortando mi frase.

Estaba con la boca literalmente desenchajada, ¿me iba a dar todo lo que quería por contarle lo que había visto?

— No me has dicho tu nombre, por cierto.

— Lyss, así me llamo — mentí.

Y ambos comenzamos a andar en dirección al maldito palacio. Aunque nadie ponía interés en mí, prefería mantenerme cierta información, como mi nombre, reservada. No descartaba que todo aquello fuera una emboscada y que al llegar a palacio todo el reino me esperase cuchillo en mano para matarme, porque, seamos sinceros, este santurrón ocultaba algo. Nadie es así realmente perfecto. O era muy idiota, o un psicópata.

Capítulo 6

Desandamos el camino que yo misma había hecho hasta el río. Debíamos atravesar de nuevo el reino, por lo que parecía.

Minutos atrás, esas gentes parecían deseosas por matarme, llevarme o sabe el cielo qué demonios querían. Solo sé que no era nada similar a lo que veía ahora. Allí estaban de nuevo, pero esta vez, había más. Prácticamente todo el reino iba dejando sus quehaceres a nuestro paso para contemplarme, pero de forma pausada y con amplias sonrisas. ¿Qué estaba pasando aquí? Había algo en aquel lugar que me ponía los pelos de punta.

Mis ojos entonces se posaron en las construcciones. Eran similares a las de cualquier otro lugar. Casas de madera, de buena calidad, nada cabía destacar, o al menos de las casas. A pesar de ser una isla, o eso creía, no había olor a mar o a pescado, como en tantas otras zonas marítimas que había estado. Los puestos que recorrían la plaza estaban llenos de hortalizas y carne.

Las gentes parecían normales, había incluso familias con niños. Nada hubiese resultado raro si no hubieran parado todas sus tareas para mirarme embobados de una manera que conseguían que hasta las piernas del más valiente se tambalearan.

En realidad, no quería acompañar a este estúpido rey a ningún palacio, pero no tenía muchas opciones. Estaba bastante dolorida y no tenía casi fuerzas, por no hablar de que aquellos pirados no me dejarían salir ni moverme. Debía ser lista e ir trazando un plan sobre la marcha.

Caminamos sin hablar hasta el palacio. La misma ostentuosidad, reino tras reino. No había guardias ni nadie por los alrededores, cosa que también noté. Normalmente los reyes, por pobres que fueran los reinos, estaban resguardados de cuanto ataque pudiese surgir, pero no era el caso.

El interior, alumbrado en exceso, estaba realmente a una temperatura bastante baja, tanto, que tuve que abrazar mi cuerpo.

— Bien, ven por aquí, el médico nos espera. — me indicó hacia el interior de una habitación.

— ¿Nos espera? Acabamos de conocernos y literalmente no has intercambiado una sola palabra con nadie desde ese momento. ¿Cómo puede esperarnos alguien que ni siquiera sabe que existo?

Había atravesado la puerta, por lo que tuvo que dar varios pasos para volver a mi campo de visión. Sus ojos me escudriñaron sin perder esa sonrisa que parecía permanente en sus labios.

— Eres muy desconfiada, ¿no? — preguntó. — No he avisado a nadie, el médico siempre está en palacio y al decir espera, me refería a una forma de hablar.

Sí, claro, e iba yo y me lo creía. Puede que fuera desconfiada, pero demasiadas cosas en la balanza de alertas amenazaban con hacerla caer.

— ¿Qué puedo hacer para que confíes en mí? — elevó los brazos. — Solo estoy tratando de ser educado y atento y me temo que lo estoy empeorando.

— Cuéntame todo de este maldito lugar y me pensaré si hacerlo o no — mentí.

— Vale, pero al menos deja que el médico vaya revisándote.

Asentí y le acompañé, pese a mi desconfianza. Mi cuerpo estaba luchando con las últimas energías que le quedaban. Llegamos a una sala en la que un hombre ataviado con ropas en tonos blancos ordenaba unos frascos de manera relajada.

— ¡Oh, santo cielo! — exclamó. — ¿Qué ha ocurrido?

— Bueno, es largo de contar, necesito que la examines. Puede que tenga alguna costilla fisurada y algún que otro problema — indicó Tristán.

Me senté en una camilla para que procediera. El médico estuvo examinándome mientras el rey no se movía de allí. Por suerte, no tenía ninguna costilla tan maltrecha. Algo doloridas, pero nada relevante. El resto de males se pasarían comiendo y con un poco de jabón y agua, que tanta falta me hacían.

El médico salió a por unos víveres y Tristán aprovechó para sentarse a mi lado.

— Ahora responde — inquirí.

Él me miró perplejo y sonrió más ampliamente, como si mi persona le produjese una gracia que no comprendía. No me consideraba chistosa y mucho menos en estos momentos.

El médico entró con una mesa repleta de manjares que no hicieron más que comenzara a salivar de inmediato. Podía oler sus aromas, dulce, salado... todos buenos y todos se me antojaban. Quizá debería haberlo pensado más, quizá debería haber esperado, pero antes de que pudiese mediar palabra, me abalancé y comencé a devorar cada bocado. Viniendo de alguien como yo, habría estado bien debatir e investigar si aquellos alimentos contenían... ingredientes especiales, pero si no comía, de igual manera estaría muerta.

— Está bien — cedió — ¿Por dónde empezar?

— Por el principio — respondí con la boca llena.

— Realmente estabas hambrienta — se percató sonriendo. — Bueno, es duro recordar esta historia de nuevo. Hace tanto que no la cuento a nadie que mi mente ha intentado olvidarla para hacer como si solo hubiese sido un mal sueño — suspiró. — En fin, verás, este reino no ha sido siempre así. Antaño era como cualquier otro. Al ser una isla, siempre teníamos nuevos invitados y comerciábamos con el pescado que teníamos.

Vale, de momento parecía todo normal hasta aquí, ¿no? No sé en qué momento la historia se torcería tanto hasta llegar al punto actual.

— Vale, ahora viene cuando me cuentas el motivo de porque parecen estar todos locos y de que viváis rodeados de fuerzas del más allá — señalé.

— Sí, ahora viene esa parte — por primera vez su sonrisa se había borrado. — Yo no estaba destinado a ser el rey, sino mi hermano, Lior. Era el mayor de los dos y por tanto, el heredero al trono — le miré sin dejar de comer para que continuase — Un día, entre los nuevos que llegaron al reino, había una joven, Alana. — Hizo una pausa. — Lior aún era demasiado joven y no sabía lo que hacía. Persiguió y dio caza a la joven hasta acusándola de brujería y condenándola a la horca. — esa palabra me puso en alerta — A pesar de que estábamos en contra, ninguno hizo nada por detenerlo. La joven, finalmente y pese a que los prejuicios de mi hermano parecían erróneos, resultó serlo. Con sus últimas palabras, nos maldijo. Todos permaneceríamos hasta el fin de los días atrapados en este lugar, sin envejecer, para vivir sin hacerlo.

Notaba como mi pulso se estaba acelerando, como si una presión inundara mi pecho. No era a causa de ninguna sustancia o alimento, sino de una angustia que nacía de mí tras haber escuchado la palabra bruja.

— Lior se llevó la peor parte — continuó contando. — Condenado a permanecer

entre las sombras del bosque, dónde ella murió. No puede salir de allí, ni nosotros entrar a verle...— suspiró.

Había dejado de comer y le contemplaba para analizar cada gesto que realizaba.

— ¿No es casualidad que esté aquí, verdad? — me puse en pie. — ¿Qué tenía de especial Alana?

— Ella tenía muchas cosas, era bella, era...

Me moví rápido tomé un cuchillo que me habían colocado junto a la comida. Lo situé bajo su garganta haciendo presión.

— Dilo — ordené.

Sus ojos se clavaron en los míos. Había visto muchas personas con miedo ante mis ojos y éste, el rey perfecto, no mostraba ni un ápice de miedo en su cristalina mirada.

— Sus cabellos eran del más puro de los rojos — reveló al fin.

Capítulo 7

— No es lo que crees de verdad, déjame que te explique — decía de forma acelerada siguiéndome.

Tras retirar el cuchillo de su cuello me dirigí hacia la puerta y comencé a andar hacia la salida. Sabía que me ocultaba algo y que sus supuestas atenciones eran debidas a algún motivo. Por suerte o por descuido, su máscara había caído bastante pronto.

— Déjame explicarte — insistió.

— ¡Basta! — exclamé parándome en seco y girándome para mirarle.

Tristán venía tan pegado a mí que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por parar a tiempo y no estamparse de bruces conmigo.

— Me han engañado muchas veces en la vida, pero tú... ¿Qué demonios se suponía que querías de mí? ¿Qué fuera una bruja y rompiera el hechizo? Pues ¡sorpresa! No lo soy — sentenció enfadada.

— Deseaba que le salvaras a él — respondió en un hilo de voz. — Nosotros estamos condenados, pero él, su condena es la peor de todas. Puede que se equivocara, pero, ¿destinarlo hasta el fin de los tiempos a vagar solo en aquel lugar? — hizo una pequeña pausa. — Cuando te vi no pude pensar que quizá había una esperanza de recuperar a mi hermano. — clavó sus ojos en los míos.

Por muy lacrimógenas que pudiesen resultar sus palabras, no me conmovió lo más mínimo. Me había ocultado la verdad y como tantos antes que él, intentando engañar para obtener un fin.

— Pues te equivocaste, así que como me prometiste, dame todo cuanto te pida porque me largo de este lugar.

— Está bien — respondió ante mi perplejidad. — Soy un hombre de palabra, así que dime, ¿Qué necesitas?

— Necesito ropa limpia, un buen baño. — enumeraba con las manos. — Comida, agua, un método para atravesar el río y oro. Cuanto pueda cargar.

Se limitó a contemplarme sin mediar palabra. Como ya había comprobado en él con anterioridad, su cara parecía una máscara tras la cual no adivinaba a ver su verdadero rostro.

Me acompañó hacia la entrada de una estancia para que pudiera llevar a cabo mi primer deseo: un baño y ropa limpia. Me quité los harapos que llevaba y me metí en el baño. Entre la baja temperatura del lugar y el frío que aún permanecía en mi interior a causa del río, cuando me metí en la bañera, todo mi cuerpo se estremeció. Hacía mucho que no me daba un baño, pero uno como este, jamás había tenido la opción de probarlo. La bañera tenía acabados en oro y sus aguas estaban cálidas y con aromas florales, nada que ver con el balde de agua que solía usar en otros lugares para adecentarme.

Cuando acabé me sequé y me vestí con las ropas que habían dejado sobre una pequeña mesa. No eran para nada mi estilo, pero servirían. Su tacto también era diferente a cuanto había tocado antes. Era delicado, como si pudiese sentir el entramado de hilos que lo componían.

Una blusa en tonos azules acompañado de un corsé negro y unas mallas en el

mismo tono. Me evalué en el espejo y comprobé lo indecorosamente bien que me quedaba aquello. Ni siquiera sabía cómo diantres lo habían hecho. No solo me quedaba bien, sino que parecía estar hecho a medida para mi persona. Esto era raro y por mucho que el perfecto rey tratase de justificar como coincidencias, no había tantas en una vida como para haberme topado con todas en un mismo día.

Cepillé mis pelos y esta vez opté por recogerlos en una gruesa y hermosa trenza hacia un lado. Contemplé mi reflejo. Ya no era una niña pequeña, me había convertido en una mujer fuerte, viva y llena de cicatrices, cabe destacar. Estaba lista, era hora de marcharme.

Cuando salí de la habitación y llegué al pasillo principal, el rey me estaba esperando. Hizo ver como si solo estuviera allí por casualidad, pero ambos sabíamos que no era así. Llegué hasta la salida y quise atravesarla, pero noté cómo una mano me agarraba el antebrazo impidiéndolo. Llevé la mirada a ese punto y me di cuenta de que Tristán se había acercado sigilosamente hacia mí y me estaba agarrando, no de forma violenta o incómoda, sino más bien parecía una súplica.

— Ya tienes todo cargado ahí fuera, tal y como te prometí. — tragó saliva de forma costosa — Si consideras intentar ayudarme, te daré todo cuanto tengo. Joyas, dinero, todo cuanto desees para toda la vida. — suplicó

— ¿Cómo sé que ahora si dices la verdad rey mentiroso? — apunté.

— Porque os doy mi palabra y nunca la quebranto. Además, creo que el pasado nos hizo aprender a todos con creces para que diferenciáramos lo que estaba bien de lo que no.

— ¿Una lástima no? Este reino está maldito por sus propios actos. Quizá si no hubierais necesitado un escarmiento y simplemente hubieseis respetado a todo ser por diferente que fuera, no estaríais ahora en esta situación — bramé tirando de mi brazo y soltando el agarre. — Que disfrutes de la eternidad que os habéis ganado — susurré.

Capítulo 8

Salí de palacio y ante mis ojos me aguardaba un caballo cargado con varias alforjas que estarían hasta arriba de las peticiones que había hecho. Era ya bastante tarde, el sol había caído y no tardaría mucho para que se hiciera la noche, debía ser rápida.

Antes de que pudiera darme cuenta, el cielo se oscureció de la nada, como si de magia se tratase. Elevé mis ojos para contemplarlo y ante la inmensa oscuridad elevada en lo alto, una luna del mayor tamaño que jamás había visto. Si de por sí ya era raro, al contemplar su color descubrí que lo podía ser aún más. En tonos rojizos parecía que estuviese ardiendo entre llamas.

Cuando bajé la mirada descubrí a todo el maldito reino frente a mí. Sus miradas eran aún más agresivas que cuando los vi por primera vez. Tenían un brillo oscuro que denotaba un trasfondo tenebroso. Tragué saliva, estaba bien jodida. Cualquier movimiento brusco podría hacer que la guerra se desatase, por lo que comencé a dar pasos muy pequeños hacia atrás hasta que topé con algo, o mejor dicho con alguien.

Me giré y contemplé a Tristán de pie, totalmente rígido como si de una estatua se tratase.

— ¿Qué está pasando? ¿Qué demonios es eso? — señalé a la luna.

— Shhh, debes tranquilizarte. — me pidió totalmente calmado.

— ¿Qué me tranquilice? — vociferé. — Estáis todos mal de la jodida cabeza. Dile a tu pueblo que me deje pasar por que ahora mismo me largo de este maldito lugar.

— Lo haría, pero ni ellos me harían caso, ni yo podría pedirles tal cosa. El bien de un rey es para con su pueblo y no soporto verlos sufrir. Anhelan una oportunidad de romper aquello a lo que mi hermano les condenó.

— Me parece perfecto que seas un rey ejemplar y bla bla bla — gesticulé nerviosa — pero como ya te he dicho, ni soy una bruja ni puedo daros lo que queréis. Así que pon coherencia ahora mismo y acaba con esta locura — ordené.

— Eso no va a pasar — sentenció mientras se me desencajaba la mandíbula — Solo quiero que... queremos — corrigió en voz alta para que todos le escucharan — que nos ayudes a romper la maldición.

— ¿Estás sordo? — gruñí — ¿Todos lo estáis? — les contemplé.

Tenía la absurda sensación de que nadie me escuchaba. Parecían cegados y movidos por un instinto que nublaba sus malditos sentidos.

— Puede, pero eres la única esperanza que tenemos. Has venido después de tantísimos años, justo cuando se dan las lunas de sangre. No creo en las casualidades y si lo hiciera, incluso con tantas amontonándose, sucumbiría a la evidencia de que estás aquí, porque aquí debes estar.

El pueblo entero comenzó a vitorear las palabras de su rey, recordándome que estaba rodeada por completo.

— ¿Qué ocurre en las lunas de sangre? — pregunté sin mostrar temor a pesar de que incluso yo estaba empezando a acojonarme.

— Se dice que es el momento propicio, el momento en el que la magia es más fuerte — clavó sus ojos en los míos. — Solo necesitamos que nos acompañes para al menos

intentarlo. — se acercó unos centímetros a mí — Te doy mi palabra de que cuando esto acabe te podrás marchar para siempre. — susurró.

Tenía que analizar la situación. A mi espalda y alrededores, un centenar de perversos habitantes sedientos de una justicia que yo no podía darles. Enfrente, el rey más loco que había conocido jamás. Seguía con la misma sensación del principio y que siempre le había acompañado. Sus ojos parecían cartas ocultas que aún era incapaz de descifrar. O era un estúpido o era un psicópata. Correr no serviría de mucho ya que sería alcanzada con la consecuencia de haberles cabreado. Mierda, tenía que seguirles la corriente hasta que se me ocurriera algo.

— Y cuando acabe todo me marcharé — continué su frase.

Tristán asintió sintiéndose victorioso. Qué inocente el muy iluso.

— Por favor acompáñame y te llevaré al lugar — me hizo un gesto con la mano para que pasase primero. — Amigos, nuestra invitada nos ayudará, la llevaré al lugar y volveremos con buenas nuevas.

La gente parecía conforme con semejantes absurdecos soltadas por ese rey con aires de perfección, no era mi caso. A medida que iba caminando, la gente se apartaba haciendo una especie de pasillo por el cual avanzábamos.

— Cuéntame más acerca de lo que debo hacer para ayudarlos. — pregunté.

Tenerlo entretenido era una buena opción. Un estúpido alardeando y parloteando, era alguien que no prestaba atención a mis movimientos y observaciones.

— Bueno, verás. Al principio no sabíamos mucho, solo que la noche en la que la Alana murió... — interesante que no la llamara bruja, pensé — la misma luna surcaba el cielo. Tras lo que sucedió y con todo el tiempo que tuvimos desde entonces, investigamos todos los libros de la gran biblioteca que dejaron nuestros ancestros, para descubrir lo poco que sabemos.

— ¿Dónde intervengo yo exactamente en esa historia? — pregunté.

Para mi sorpresa, los aldeanos habían quedado estáticos en sus posiciones a la espera de lo que su rey les había prometido. Contemplé mi alrededor con desesperación. Debido a que no conocía el lugar en el que estaba, no me había podido percatar del camino que peligrosamente estábamos tomando. Nuevamente, estábamos ante el río, aquel en el que hace unas horas casi perdía la vida.

— ¿Qué hacemos aquí? — insistí.

Me estaba alterando la falta de respuesta de la primera pregunta. Además, había notado cómo se había parado quedándose inmóvil sin avanzar ni dar un paso más, como si estuvieran esperando algo.

— Curioso que te sacara esta mañana de estas mismas aguas, pero no era el momento adecuado — clavó sus ojos en los míos con frialdad. — El motivo y tu finalidad van dadas de la mano — acercó su mano e intentó acariciar mi barbilla, cosa que impedí, moviéndome con brusquedad — Para romper la maldición de una bruja, debemos otorgarle un sacrificio — sonrió.

Capítulo 9

Otra revelación más. Resultaba que el rey don perfecto quería enmendar el error de su supuesto hermano por haber matado a una joven de manera injusta, acabando con mi vida de igual modo. Esto era muy irónico.

Por suerte para él, estábamos en el lugar correcto, a solas y sin ayuda. Por suerte para mí, él no sabía lo extremadamente dura, loca y mal de la cabeza que estaba. Estaba claro que no disponía de mi arma preferida, el aderezo, pero no iba a dejarme asustar por ello.

Rápidamente identifiqué sus expresiones. Cuerpo rígido, brazos ligeramente doblados, pies que parecían estar pegados a plomo en el suelo. Mirada fija en mí, que por una milésima de segundo se desvió hacia el río. Ese malnacido iba a tirarme al río para ahogarme.

Movió su brazo para alcanzarme y le esquivé haciendo que perdiera el equilibrio, momento que aproveché para darle una patada en la espalda y hacer que cayera de bruces contra el suelo. Empecé una carrera sin saber hacia dónde ir, no conocía el lugar y no sabía la forma de la isla. Por la historia que me había dedicado y recordaba, mientras corría en zigzag, la maleza de lo que en su día fue bosque debería rodear por completo el lugar. Ellos no pueden salir, la sombra no puede entrar.

En efecto, al final de mi carrera estaba aquella pared colosal de raíces enroscadas en toda su extensión. Recordaba los dos ojos verdes que me contemplaban al otro lado.

— Vaya — la voz a mi espalda de Tristán sonaba cansada por la carrera — No parecías tan fuerte ni ágil, además de que pensaba que venías exhausta y sin fuerzas.

No respondí, meditaba. Imágenes, respuestas e ideas inservibles recorrían mi mente en busca de una opción que me sacara de allí, con una me bastaba.

— Bueno — sus pasos se acercaban — sé que lo que te he dicho puede asustar a cualquiera, pero cuando te lo explique mejor y sepas que formarás parte de un fin mayor, de un todo... — tomó una pausa — La gloria te espera y todos te recordarán como una heroína.

Ante mis ojos, apareció una mano entre las sombras que, sin atravesar las raíces, se extendía con un gesto que parecía invitarme a entrar. Su mirada clavada en la mía, verde sobre verde.

Delante, la oscuridad y aquel ser tétrico que probablemente me mataría, detrás la muerte en las manos delicadas de aquel reyecito.

— Déjame decirte dos cosas: una, creo que en este lugar sois bastante precarios con las primeras impresiones. Por más que la vida os castigue, parece que no aprendéis. — notaba sus pasos cada vez más cerca — y, por otro lado, no te ofendas, pero entre ser la heroína de tu historia o la villana de la mía, me quedo con la segunda.

Giré levemente mi rostro para que viera mi sonrisa justo antes de iniciar una carrera con sus gritos de fondo que daba a parar conmigo dentro de aquella maldita maraña de plantas y oscuridad.

Capítulo 10

Caí de bruces contra el suelo. Los pies se me habían quedado enredados con las raíces, pero al menos ya estaba al otro lado. Los gritos de desesperación y rabia provenientes de Tristán rompían el estricto silencio del lugar.

Mis ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Cuando lo hicieron, pude ver cuanto había. Unas botas negras de cuero estaban a varios centímetros de mí. Apoyé ambas manos en el suelo para levantarme. Conforme me iba incorporando, mi mirada iba ascendiendo. Sobre las botas, unos pantalones oscuros, seguidos por una camisa en el mismo color.

Donde recordaba sombras la otra vez, ahora había un rostro. El de un hombre joven, de tez no tan clara (como podría esperar por las circunstancias), mandíbula marcada y los ojos más expresivos que jamás había visto del tono esmeralda. Sabía reconocer bien ese color, ya que no era la primera vez que veía una, había retirado bastantes de cuellos de delicadas doncellas. Sus cabellos eran azabaches y cortos, peinados hacia atrás.

No era la única que miraba de aquel modo; la sombra, o quien demonios fuese aquel tipo, me repasaba con la mirada de arriba abajo para pararse cómo no, donde sabía que lo haría, en mi pelo.

Quise abrir la boca para intentar salir de aquella situación que comenzaba a cansarme, pero él elevó su dedo índice y me lo impidió.

— Sé que te mueres de ganas por agradecer ese absurdo gesto que tu pobre mente ha malinterpretado como ayuda — su voz ya no era un eco, sino que la escuchaba con claridad. Era gruesa y con personalidad — Pero déjame decirte que nada más lejos de la realidad. Yo no ayudo a nadie, porque no me importa nadie, solo he evitado que... — al llegar al nombre de Tristán pareció incapaz de pronunciarlo, interesante. — He arrebatado lo que otros quieren, solo eso.

Se quedó esperando mi respuesta. O bien estaba acostumbrado a doncellas desvalidas, que confundidas por su afán de congratularse con cualquier hombre, toman su papel de damas en apuros, o bien no había conocido a nadie como yo. ¿Agradecerle?

— Menos mal — reí soltando un suspiro. — Me incomodaba quebrantar tu tan debilitado ego, diciéndote que me importa una reverenda mierda — su pose dura se volvió malhumorada, parecía estar a punto de estallar. — En cuanto a tu aspecto...

— ¿Miedo, quizá? — se apresuró a preguntar envalentonándose.

— ¡Oh no, por favor! — negué con la cabeza en modo de burla. — Me refería a qué ha ocurrido con toda la parafernalia de sombras y humo de la que antes ibas rodeado.

— Quizá dicho humo nunca haya existido — sonrió. — La mente humana es débil o moldeable. Se debilita con el miedo e imagina cosas que sus miedos, hambrientos, alimentan.

Intentaba asustarme, sabía cuándo alguien quería hacerlo. Por suerte o por desgracia para él, yo estaba dotada con algo que me eximía de dicho influjo. Los miedos suelen ir alimentados por temores a perder o a dejar de ser. He visto viudas llorar la muerte de su amado o ricachones llorar ante su abrupta muerte por perder la vida acomodada que tenían. ¿Qué le teme alguien que no tiene ni es nada?

— Creo que llevas mucho tiempo solo y te está quedando un discurso precioso, y de verdad que te lo agradezco, pero...

— ¡Para! — gritó aproximándose a mí de un modo siniestro.

No se movía como lo hace un hombre corriente. Pese a lo cerca que estábamos y que la distancia había sido corta. Sus movimientos habían sido más propios de un espectro, que en un instante se había colocado delante de mí.

No quise mostrarle miedo, por lo que ni me moví, cualquier gesto hubiese indicado temor, y con ello, debilidad. Me quedé rígida cuando su cara se colocó frente a la mía de modo amenazante.

— Pensé que solo me había imaginado lo tremendamente bocazas que eras, pero no — me examinó de arriba abajo lleno de un sentimiento similar al asco. — Me temo que, inconsciente se queda corto para ti, mujer. Puede que esos trucos te sirvan con el resto, pero yo no soy un maldito hombre más — se acercó hasta colocar sus labios próximos a mi oído — No duermo, aunque estoy cansado, ni como, aunque estoy hambriento, pero, sobre todo, no muero, aunque ya estoy muerto. Por lo que no te pongas en mi camino.

Con la misma rapidez que se había acercado, se había retirado. Me contempló durante unos segundos, creyéndose victorioso y se marchó.

Estaba cansada de este maldito lugar, tenía que largarme de aquí ya.

Capítulo 11

El lugar olía a humedad y vegetación, pero de algún modo, y pese a lo excesivo de ello, no me resultaba desagradable. Lo que más me angustiaba era la poca luz que había en su interior, pero al rato, los ojos se te acostumbraban cual gato.

Aunque mi cuerpo me demandaba descansar, no pensaba quedarme en aquel maldito lugar ni un segundo más. Caminé atravesando todo el bosque, o más bien el que un día fue. Uno está provisto de sonidos y vida. Este solo tenía oscuridad y silencio. Su centro era menos denso que sus extremos que eran difíciles de ser atravesados, ¿el motivo? Un misterio. Los que estaban dentro de la isla no podían entrar en él, y el que estaba dentro, no podía salir. Esa medida la veía innecesaria, pero, ¿quién era yo para meterme con una bruja y su manera de maldecir?

Llegué al extremo, donde pensé hallar mi saco con mis provisiones, pero ni rastro. ¡Maldición! Noté su presencia sin ni siquiera verle.

— ¿Acaso vas a interponerte en mi camino o impedirme marcharme? — pregunté en voz alta sin mirarle.

— ¿Interponerme, yo? — su tono irónico hizo que me girase.

Se encontraba de brazos cruzados apoyado contra el grueso tronco de un árbol, mirándome.

— Me temo “mujer”, que eso requiere un esfuerzo y un compromiso con la causa del que carezco — sonrió.

— Ya... — odiaba su actitud prepotente, siempre queriendo quedar por encima, y odiaba que me llamara "mujer" de ese modo tan exasperante— Te diría que ha sido un placer y, a pesar del gusto que tengo por la mentira, contigo soy incapaz — sonreí. — Que te vaya bien con la maldición que te has ganado — mastiqué.

Ya me creía victoriosa cuando su respuesta llegó.

— Te deseo, de igual modo, que te vaya bien intentando salir de este lugar — su expresión y su voz rebosaban seguridad y burla.

No sabía a qué se refería, pero me daba igual. Había tenido demasiado de él... para toda una vida.

Salí de la maleza con dificultad. La luna seguía aún de ese tono rojizo tan tétrico. Tenía que darme prisa. Aunque no podía verle, o más bien, no me giraba para comprobarlo, sentía su mirada sobre mí. Seguro que, si giraba, hallaba esos dos ojos similares a los de un animal entre las sombras acechándome.

Ya estaba a unos metros de la orilla, ¿y ahora qué? Revisé la extensión y comprobé que no había rastro de la barca en la que había venido. Además, y como había comprobado al llegar, ni había rastro de esa barca, ni de ninguna otra, ya que no había indicios algunos de vida.

No había nada próximo, ningún lugar al que pudiese llegar a nado. Que te vaya bien intentando salir de este lugar. Su voz se repetía en mi cabeza a la vez que me enfurecía y creía volver loca de la rabia. No había salida, no al menos de una forma sencilla, por lo que sería mejor, y pese a que odiase reconocerlo, intentar reponer fuerzas, y mañana buscar una solución.

Nada más girarme y pese a la lejanía, ya apreciaba sus dos ojos. Atravesé la maleza para volver al interior del bosque. Aquel ser se encontraba en el mismo lugar, solo que ya no estaba de pie, sino que estaba sentado y con ambas manos apoyadas detrás de su cabeza.

— ¿Te diviertes contemplándome? — gruñí.

— Para serte sincero, bastante — mostró una burlona sonrisa de oreja a oreja — No suelo tener este tipo de espectáculo.

— ¿En que alguien se digne a hacerte compañía, te refieres? — pregunté intentando herirle.

Su gesto cambió, nuevamente había conseguido borrarle la sonrisa, aunque sabía que no por mucho tiempo.

— En ver a alguien tan prepotente y ególatra comerse su poco orgullo, estando completamente desvalida. ¿Ya vas bajando un poco los humos, mujer?

Le miré y le evalué sin poder evitar soltar una carcajada a modo de mofa. Me miró sin comprender qué diantres provocaba tanta gracia en mi persona.

— Dime tú, querido, ¿todos estos años, maldito y abandonado, han conseguido bajar tu ego y prepotencia? — arqueé la ceja.

— Touché — indicó.

Espera, ¿eso era un amago de sonrisa? Me temo que estaba tan cansada que me estaba imaginando hasta cosas. Era momento de recobrar fuerzas antes de que la locura me tomara por completo.

Caminé hacia una zona algo alejada de él. Unas raíces se habían unido formando un semicírculo que creo me resultaría perfecto. Me recosté sobre ellas y las encontré extrañamente cómodas. Desconozco si era por el tiempo que llevaba sin dormir, o porque mi cuerpo ya se había acostumbrado tanto a dormir en cualquier lado, que aquel lugar me parecía la cama más mullida y lujosa del mundo.

— ¿Vas a seguir contemplándome o te vas a largar de una maldita vez a dormir? — gruñí.

— Te recuerdo que tal y como te he dicho antes, yo nunca duermo.

— Genial. — respondí cerrando los ojos.

Había estado en lugares raros, pero este se llevaba la palma. Príncipes, maldiciones, brujas... Estaba en mitad de una maldita pesadilla. Por suerte, no era la primera en la que estaba en una y no me daba miedo.

Antes de que pudiera darme cuenta, todo se volvió negro.

Capítulo 12

Abrí los ojos de golpe y me incorporé acelerada. Por unos segundos había perdido la noción exacta del lugar en el que me encontraba. Humedad, raíces y oscuridad. Esa maldita falta de luz no me dejaba saber en qué momento exacto del día me encontraba.

Me puse en pie y me dirigí hacia la orilla. Al salir de entre las raíces noté la suave brisa acariciar mi rostro, por lo que cerré los ojos para sentirla. Elevé los brazos para estirarme por completo. Realmente sentía el cuerpo descansado, como si hubiera dormido muchas horas. Abrí los ojos y ante ellos, el más radiante de los amaneceres. Nunca me había alegrado tanto de ver el sol.

Por fin la dichosa luna tétrica se había marchado y todo parecía volver a la normalidad, aunque aquello no variaba mucho mis opciones debido a que los individuos de aquel lugar seguirían queriendo matarme, al menos no me sentía perseguida. Estaba cansada de eso. Aunque fuera por un ínfimo espacio de tiempo quería simplemente existir.

Una sequedad en la garganta me hizo darme cuenta de que llevaba tiempo sin beber. Más concretamente, desde la encerrona del don perfecto y mentiroso del rey. Sabía la mala opción que era el agua del mar, por lo que debía darme prisa. Puede que pudiese aguantar tiempo sin comer, pero pese a mi testarudez, mi cuerpo necesitaría hidratarse no dentro de mucho.

Miré a mi alrededor y, para mi sorpresa no hallé los dos ojos verdes que esperaba. Quizá se hubiera cansado, o al desaparecer la luna se había evaporado volviendo a ser sombras. La verdad, me daba exactamente igual, no contar con su irritante, molesta y prepotente presencia, me ayudaría a avanzar más rápido.

Me mojé la cabellera para soportar el calor y dirigí entonces la mirada a las raíces. Con paso firme, me acerqué y me dispuse a arrancar un trozo de las mismas. Con ambas manos las agarré, y lo que pensé que sería una tarea fácil, no lo fue. Tirones arañazos, puñetazos, esas malditas raíces parecían formar parte de un mismo todo que era incapaz de doblar.

— ¡Eh! — un grito llamó mi atención.

Ante mí, en un segundo, aquellos dos grandes y expresivos ojos me miraban. Con él no me pasaba lo mismo que con Tristán, que era un hombre oculto que no dejaba ver qué pensaba. Ese ser parecía un libro abierto que era capaz de leer al detalle. Y eso era algo que jugaba a mi favor y que él desconocía. Nunca había visto antes dos ojos mirarme de un modo más violento.

— Retírate de las raíces — gruñó.

— No voy a retirarme, porque estas malditas cosas son lo único con lo que puedo hacer algo para salir de este lugar — respondí sin amedrentarme.

— No te lo repetiré una vez más...

Nuestras miradas se mantuvieron la una en la otra, llenas de un odio visceral que amenazaba con devorarnos o hacernos estallar.

— Y si no me da la gana, ¿qué? — ahí iba mi dosis de chulería mientras colocaba en jarras los brazos sobre mis caderas. — No puedes salir de ahí, así que por muy enfadado y muchos pucheros que hagas, no podrás impedirlo — sonreí.

— Tú lo has querido mujer.

Apenas le veía, pero podía intuir una sonrisa dibujada en sus labios. ¿Qué narices quería decir? Un ruido raro, que parecía provenir del mismísimo infierno, hizo que cada vello de mi cuerpo se erizara. Antes siquiera que pudiese darme cuenta de lo que se avecinaba, la rama ya me había golpeado haciéndome volar por los aires.

Noté un fuerte golpe en la cabeza, mientras un sabor metálico inundaba mi boca. Llevé la mano a mi cráneo. Un líquido espeso y caliente se colaba entre mis dedos. Contemplé la mano que estaba cubierta de sangre, más de la que pensaba, por lo que seguramente me habría golpeado con alguna roca.

Los dos ojos del otro lado habían desaparecido al creerse victorioso en su pequeña campaña contra mí. Pero por desgracia para él, no era como nadie que hubiese conocido. Por suerte para mí, era jodidamente dura.

Me incorporé con lentitud y comprobé que todo amenazaba con empezar a darme vueltas. Seguía consciente, pero no por mucho tiempo, por lo que debía buscar resguardo del sol que ya comenzaba a ser fuerte. Me moví a gatas hasta atravesar de nuevo aquella muralla natural o innatural, no sabía muy bien cómo demonios referirme a ella y la verdad, me daba exactamente igual.

En el interior llegué hasta un árbol contra el que recosté mi espalda, necesitaba tomar algo de aliento antes de seguir.

Me puse en pie muy lentamente y con ayuda del tronco. Necesitaba evaluarme. Calor excesivo, mezclado con unos sudores fríos que me recorrían. Cosquilleo en manos y sienes. Calidez en mis mejillas y un montón de motas negras amontonándose en mi campo de visión. Joder, iba a perder el conocimiento. Quise apoyar mi mano en una rama, pero resbalé y caí al suelo boca arriba.

— Si no fueras tan testaruda...

Su voz fue lo último que escuché antes de que la oscuridad me engullera.

Capítulo 13

Abrí los ojos de sopetón, solo recordaba aquella última frase. Estaba con alguien o mejor dicho algo que no sabía si habría aprovechado mi desvanecimiento para devolverme al loco de su hermano, (cosa que parecía poco probable) o para arrancarme la piel a tiras por haber tocado sus tan queridas raíces. ¿Quién se pone así por unas raíces?

— Espera... — dijo una voz.

Sentí lo que parecía una mano sobre mi hombro, por lo que no lo pensé. Estiré el brazo y di un fuerte golpe, asestando a quien fuera un sonoro puñetazo. Entre jadeos, mi vista comenzó a esclarecer mi alrededor. Estaba junto a una especie de riachuelo, pero aún dentro de aquel asqueroso lugar. Delante de mí, agachado, estaba aquel ser.

— Deberías ser más considerada con quien te ha salvado la maldita vida — bramó mientras se llevaba la mano al lugar en el que le había golpeado.

— Creo que tu enorme ego nuevamente te nubla la vista. Más bien, quien me la ha intentado quitar, dirás — escupí.

Emitió un gruñido más propio de un animal que de una persona a modo de desesperación. Amaba sacar de quicio a la gente y más si se trataba de alguien tan...tan... como él. Ni siquiera sabía cómo describirlo, era la primera vez que alguien me sacaba tanto de mis casillas.

Seguía agachado, apoyando el peso de su cuerpo sobre sus talones. Giró su rostro para contemplarme con profundidad. Solo me había mirado dos veces así y parecía ser capaz de ver a través de mi fachada, cosa que no me gustaba. Solo yo podía ver dentro de mi oscuridad.

— Si hubieras hecho caso como te dije, esto no hubiera pasado — intentó explicar algo más calmado.

— Mira — le miré de arriba abajo — lo que seas, nadie me da órdenes. Si quiero salir de esta maldita isla lo haré y ni tú ni tus malditas raíces lo impediréis.

— ¿Impedírtelo? — rio irónico. — Estaría encantado de que te largaras de una santa vez para que todo pueda volver a la normalidad.

Quería gritarle, pegarle y demostrarle de un sinfín de maneras lo muchísimo que me exasperaba, pero era inteligente, mucho más que él.

— Ahora que sé que puedo golpearte, no dudaré en volver a hacerlo — gruñí entre los dientes.

Me miró lleno de rabia, pude ver cómo mis palabras hicieron que su furia fuera en aumento haciendo que sus ojos parecieran estar en llamas.

— No te vuelvas a poner en mi camino, porque, como te dije, no doy segundas oportunidades — amenazó poniéndose en pie.

En varios pasos se alejó, adentrándose entre la maleza. Un suspiro salió de entre mis labios, al fin sabiéndome sola. Había pasado las suficientes penurias como para distinguir un agua dulce de una salada. Seguía con la sensación pastosa en la garganta, por lo que me abalancé sobre las aguas.

Hundí mi cabeza en ellas y comencé a beber como si no lo hubiera hecho nunca. Un dolor me hizo estremecerme. Mi cabeza parecía arderme y escocerme a partes iguales.

Es cierto, se me había pasado por completo el golpe que había desembocado en todo esto.

Llevé la mano a mi sien y para mi sorpresa, ya no notaba sangre. En su lugar había una especie de... Me incliné para que las aguas del riachuelo me devolvieran mi reflejo. Tenía una brecha que ya no sangraba por el simple hecho de que estaba cosida.

Tuve que llevar mi mano sobre ella para sentir el tacto de las suturas y poder creer lo que mis ojos me estaban mostrando.

Si yo no me había curado y aquí no había nadie más, ¿quién...? ¿La sombra? Era la única respuesta tangible, pero había muchas cosas a evaluar en lo que parecía un hecho tan simple. Alguien ayudando a otro alguien. Que malo podría llevar aquello, ¿no? A no ser que quien recibiera la ayuda fuera yo. Nunca nadie me había ayudado y encima a manos de ¿una sombra? Ni siquiera sabía qué demonios era eso aun realmente, solo sabía que era un ser que había mentido, matado a una mujer y condenado a su reino entero junto a su hermano. Un ser ególatra que me detestaba y me lo hacía saber. Entonces, ¿por qué demonios acababa de salvarme la vida?

Capítulo 14

Sabía la dirección exacta por la que se había marchado, por lo que, dado que no tenía materiales ni nada que hacer, decidí como medio de entretenimiento ir tras él para escuchar el enorme manojó de patrañas que me soltaba. En ocasiones, hasta me gustaba escuchar las mentiras que la gente me soltaba. Eran enrevesadas e incluso a veces, resultaban ingeniosas.

Aún caminaba en dirección recta, pero no tardaría en alcanzarlo.

— Oye — di una voz para que se detuviera.

No obtuve respuesta, su paso siguió como si no hubiera escuchado nada. Aceleré hasta alcanzarlo y ponerme a la par.

— Oye — repetí.

De nuevo no obtuve respuesta, intenté mirarle, pero como si se tratara de un animal movido por algún tipo de instinto, su mirada estaba fija en el horizonte. Me moví rápido para interponerme en su camino, cortándole el paso.

— ¿Se puede saber por qué me ignoras? — pregunté de mal humor.

— Déjame tranquilo, mujer — bramó sin mirarme, intentando esquivarme.

— No voy a hacer eso al menos hasta que me contestes a algo — me interpose evitando que se escabullera.

— ¿Sabes que podría matarte sin tan siquiera moverme? — fijó su mirada en la mía llena de rabia.

— Puede, pero me has curado — señalé la herida — ¿Por qué?

Tornó los ojos y suspiró. Bien, aquí íbamos a ver cuál era su mentira.

— Te descubrí tirada con una brecha abierta por la que seguramente morirías — comenzó a explicar tremendamente tranquilo y pausado. — Puede que no por el corte en sí, sino por los factores que la acompañaban: la herida abierta expuesta a un sinfín de agentes infecciosos, el golpe con la consecuente contusión y el tiempo que pasarías inconsciente en el cual no te hidratarías. Un combo peligroso — sonrió.

— Después del macabro análisis médico es cuando viene la respuesta, ¿verdad? — me burlé.

— Eres alguien como nunca he conocido. Debería haberte dejado morir, ¡maldita sea! — gesticuló rabioso con las manos. — ¿Sabes por qué te salvé? Por tu pelo — señaló y esa referencia no me gustó — Tus cabellos me recordaron a alguien y por un segundo pensé que tenía alguna jodida opción de acabar con este sufrimiento.

Se me borró la sonrisa de golpe, aquello no parecía una mentira, ¿por qué?

— Por un instante, casi pude notar la esperanza de que esto acabaría — me miró y contempló mi cara, ya no había burla sino seriedad. — No miré ni pensé por el resto, solo por mi propio beneficio. ¿Salvar al reino? No, deseo que se pudran todos y cada uno de esos malnacidos. El único y egoísta pensamiento que me rondó fue salvarme a mí mismo. Pero mírate — me señaló. — Fui un ingenuo, eres un desastre, incluso en el hipotético caso de que fueras una bruja, serías la peor de todas... — dijo con menosprecio — Así que espero que mi respuesta haya sido de tu agrado.

Sus ojos estaban clavados en los míos, esperando que le respondiera con desprecio por los actos y pensamientos que tenía. Sabía perfectamente que eso era así, porque esa era

la misma mirada que tenía yo cuando alguien me conocía lo más mínimo. Solían soltar miles de adjetivos por la boca intentando recriminarme y hacerme sentir culpable por mi manera de ser. ¿Lo conseguían? No, pero es cierto que a veces era realmente cansado.

— La verdad, no sé si de mi agrado. Sorprendente, como mínimo — espera ¿qué acababa de decir? Él se había quedado boquiabierto y con una expresión dubitativa — A ver, eres bastante como diría... — comencé a gesticular con el brazo emulando que buscaba la palabra — ¡Ah, sí! Pesado a la hora de hablar — apretó la mandíbula — Pero tu respuesta me ha resultado interesante, no por el contenido en sí, sino porque es la primera vez que alguien me contesta francamente sin soltarme una mentira mayor que el volumen de su cabeza, que en tu caso — miré su cabeza a modo de mofa — sería bastante grande.

— Eres demasiado... — me miraba perplejo sin saber muy bien qué decir.

— Increíble, es la palabra que buscas, aunque impresionante y única, también serían correctas — elevé la barbilla orgullosa, un gruñido en mis tripas hizo que me doblara.

— Creo que la palabra correcta es hambrienta — señaló.

— Qué gracioso — me burlé y después me tragué un poco mi orgullo — ¿Hay algo por aquí para comer que no sean raíces?

— ¿Otra vez con eso? — frunció el ceño — No toques las raíces — levantó el dedo índice a modo de amenaza a la vez que pareció darse cuenta de que estaba bromeando — Puede que tenga algo para comer, vamos.

— ¿Puede? ¿Pero tú de qué te alimentas? — pregunté extrañada.

Inspiró profundamente como si estuviese intentando mantener la calma.

— Tú no escuchas, ¿verdad? Ya te dije que yo no como.

— Y yo te he dicho que hablas demasiado. Con todas esas palabras es imposible centrarse en las importantes — señalé.

Iba a dar el primer paso, cuando coloqué mi mano delante de su pecho para impedir que avanzara. Miró mi brazo y después a mí.

— Y, por cierto, déjame decirte lo equivocado que estás. Si yo fuera una maldita bruja, sería LA maldita bruja. Créeme, el mundo no está preparado para eso.

Capítulo 15

Caminamos unos metros más hasta nuestro destino. Más bien, él iba delante y yo le seguía cual corderillo. Aquel lugar era oscuro y confuso. Parecía pequeño, pero, todo lo contrario, era extenso, de un modo que ni siquiera llegaba a imaginar. Tuve que parar abruptamente para no llevármelo por delante ya que, sin previo aviso, se había quedado estático.

— ¿Y bien? — pregunté frotándome las manos mientras ya salivaba del hambre.

— Ahí tienes — señaló al suelo.

O estaba muy ciega y la presa era muy pequeña o estaba mirando unas plantas.

— Perdona, ¿dónde? — pregunté confusa. — ¿Detrás de esas plantas?

— Las plantas son el banquete — asintió orgulloso.

— Creo que no estás hablando en serio, que esto es una especie de broma en la que me estoy viendo envuelta, ¿es eso?

— ¡Vamos! — exclamó contrariado. — Están muy ricas, además que son una fuente muy alta de...

— ¿Bichos? — me masajeeé las sienes — mira, entiendo tu rollo con las raíces o más bien no, pero me da igual — suspiré — ¿pero comer plantas? O, mejor dicho, ¿esas plantas? No te ofendas, pero he vomitado cosas con mejor aspecto que eso — señalé.

— Vaya, pensé que al ser como eras... — me miró de arriba debajo de forma despectiva. — No eras muy exigente, que la vida te había enseñado a conformarte con lo que te ofrecía sin rechistar. Pero pobre, apestada y en medio de algo más grande que ti misma y ni siquiera, en este momento, eres capaz de apreciar nada.

Puede que fuera una jodida marginada y un desastre, pero eso era algo que solo tenía el derecho yo de decirme a mí misma.

— ¿Te has quedado a gusto? — pregunté mostrándome fría. — Mira, puede que sea todas esas cosas e incluso muchas más que invitarían al más cuerdo a temerme, pero, ¿sabes qué? A diferencia de ti, no me escondo ni me creo con la autoridad de tirar la mierda que me abrasa como arma arrojadiza contra otro, querido rey — susurré estás últimas palabras haciendo que tensara su expresión. — Yo estoy muy orgullosa de ser como soy y de haber dejado que ni el hambre, el dolor, o gilipollas como tú, se interpusieran en mi camino. Y ahora, si me disculpas, voy a por algo decente que llevarme a la boca — sonreí.

Le esquivé para comenzar a andar en dirección al reino de nuevo. Puede que me quisieran muerta, pero si no comía algo, también lo estaría más tarde que temprano, además, no creo que estuviesen haciendo guardia en toda su extensión todo el santo día, ¿no?

— ¿Dónde crees que vas? — se interpuso en mi camino.

— Ya te lo he dicho, aparta.

— Me temo que no va a ser posible. Como ya te he dicho, me da igual que mueras, tu mera existencia me es indiferente. Pero no vas a entrar ahí ni a servirles en bandeja una opción de librarse de esto.

— Creo que me criticas mucho, pero, ¿qué dice de ti? Prefieres que ellos sigan malditos por tu culpa que salvarte tú con ellos. ¿Eso es ser un buen rey? — me burlé.

— Tú no sabes nada, así que no tienes el derecho a hablar sobre ello — bramó.

— Perfecto, por eso quítate o te apartaré — nuestras miradas centradas la una en la

otra, parecían mantener un pulso por si solas. — Ante la negativa, me lo tomaré como la segunda opción — gruñí.

Me moví con rapidez para esquivarle, pero antes de que pudiera avanzar, él apareció delante de mí una y otra vez moviéndose de aquella manera tan antinatural. Me estaba empezando a cansar al igual que a agotar el camino que nos separaba del reino.

Hice un último movimiento, pero no uno cualquiera, sino uno que me diera ventaja sobre él.

Sin dejar de mirarnos, coloqué mi cuerpo como si fuese a iniciar la carrera hacia la derecha, tomé impulso para hacer ver que iba a salir corriendo para que se moviera en esa dirección. Tomándolo por sorpresa me moví en la dirección opuesta, pero algo me detuvo.

Bajé la vista para descubrir de qué se trataba y comprobé cómo varias raíces comenzaban a enredarse alrededor de mis tobillos de forma ascendente inmovilizándome.

Él, se encontraba frente a mí sonriente con cara de victoria. Las raíces iban ascendiendo hasta haber llegado a mi mano derecha.

— Me temo que esta vez no te quedan trucos por mostrar, ya que has dado con un adversario que no puedes derrotar — su amplia sonrisa mostraba sus blanquecinos dientes que quería partir de un maldito puñetazo.

Iban ascendiendo en dirección a mi otra mano, por lo que en poco tiempo estaría totalmente inmovilizada. Este maldito ser era el rival más fuerte al que me había enfrentado, pero solo sabía dos cosas: la primera, si tenía que morir, lo haría llevándome lo que pudiera conmigo y la segunda, fuerte no era lo mismo que invencible.

Estaba tan absorto en regodearse en su victoria, que ni siquiera se había fijado en que llevaba un rato desabrochándose el cinturón. De un tirón seco lo saqué.

— ¿Qué vas a hacer con eso agarrarme para que no me caiga? — rio.

— Puede que solo veas un cinturón, donde yo veo un arma. Infravaloras las cosas como a las personas, por lo que es hora de que alguien te calle esa maldita boca. — gruñí — Si he de morir, me llevaré conmigo tus preciadas raíces — sonreí.

Su sonrisa se borró y el pánico se instauró en su rostro. Antes de que pudiera predecir mi movimiento, yo ya había clavado con fuerza la hebilla en varias raíces. De ellas brotó un espeso líquido de color ¿cobrizo? Espera, ¿desde cuándo el interior de las plantas tiene ese color?

El agarré cesó y caí de espaldas sobre mis posaderas. Elevé la vista y contemplé cómo en el rostro de aquel ser se había abierto una herida de la que emanaba un líquido en el mismo color. No había visto antes ese color en las plantas, porque no provenía de ellas, sino de él, era su sangre.

Solté la hebilla completamente contrariada. No me daba miedo o despertaba en mí sentimiento alguno arrebatarme la vida a cualquier malnacido, pero esto me había tomado por sorpresa. Ahora sabía por qué no quería que tocara esas malditas raíces: porque formaban parte de él. Su mirada se clavó en la mía mientras se llevaba la mano a la herida. Por primera vez no había soberbia en su mirada, sino algo que ya había visto antes, era... ¿vulnerabilidad?

Recuperaba la respiración, cuando las raíces volvieron a mí, pero esta vez con más fuerza y dureza. No se habían parado en mis extremidades, sino que iban directas hacia mi cuello, en el que se enredaron con fuerza oprimiéndome. Contemplé su rostro y estaba lleno de ira, más ira de la que podía soportar. Eso, unido al agarre... Me iba a asfixiar.

Capítulo 16

Presión en el pecho, vista borrosa, insensibilidad corporal... La falta de aire no tardaría en matarme. Ya ni siquiera notaba las manos con las que había arañado y golpeado con todas mis fuerzas aquellas raíces. Su agarre no cesaba ni lo haría hasta que arrojara mi cuerpo inerte contra el suelo de aquel maldito lugar.

Estaba orgullosa, había conseguido llegar muy lejos. Hace años había soportado golpes y palizas de las que nadie hubiera conseguido escapar con vida. Sin embargo, yo no solo lo había hecho, sino que esto había servido para endurecerme y volverme implacable. Por desgracia, hasta el animal más duro terminaría cayendo, y eso era lo que sentía yo ahora mismo. Quizá no con el primer adversario, ni con el segundo, pero con el cúmulo de infortunios terminaría cediendo como cualquier otro ser. No temía nada de lo que estaba por llegar, quizá ahora encontrara la paz que nunca había conseguido en vida.

— No dejes que — un hilo de voz salió con mi último aliento — me hagan más daño, entierra mi cuerpo y... — me iba — dejadme descansar, por favor...

Todo se había ennegrecido y ya me había entregado a la idea, cuando un golpe me sacudió. Quizá esto era el último paso entre la vida y la muerte, pero, de ser así, ¿por qué empezaba a toser? La vista se me comenzó a aclarar poco a poco mientras llevaba una mano a mi garganta. Ya no estaban esas malditas raíces, espera, ¿qué?

Cuando la vista se me terminó por aclarar descubrí la realidad. Aquel ser se encontraba de pie a escasos centímetros de mí contemplándome. Su cara ya no mostraba rabia o ira, sino que me contemplaba como esperando que reaccionara.

— ¿Ha sido un error de fuerza nuevo o te pasa a menudo? — pregunté recuperando la respiración. — Lo digo porque si vas a matarme de este modo, prefiero acabar con mi vida yo misma — frunció el ceño evaluándome.

El cabello se me había soltado y me cubría la cara por completo, por lo que tuve que hacer un esfuerzo para elevar la mirada y conseguir verle.

— Yo... yo no suelo matar a la gente sin motivos — admitió. — He dejado que tu incesante palabrerío y manera de sacarme de quicio unido a todos estos años de destierro, nublaran mi cordura. Si te mato no dejaré que sea de este modo, sino cuando yo lo desee de verdad.

— Ser, sombra, o lo que seas, ¡eres pesado hasta para matar! Si no lo hacen tus raíces lo hará tu incesante parloteo — me burlé.

— ¿No aprendes? — preguntó irritado — Te he perdonado la vida y así me lo pagas y agradeces...

¿Qué acababa de decir? No pensaba consentir tales palabras. Hiné una rodilla para intentar ponerme en pie mientras comenzaba a responderle.

— Tú no me has perdonado nada al igual que yo no te debo nada. Eres débil y has perdido la oportunidad de acabar con alguien que no dudaría en acabar contigo.

— Parece que tienes mucha práctica a la hora de matar, ¿me equivoco?

Esa pregunta era la primera vez que me la hacían, al igual que era la primera vez que hablaba tan abiertamente de mis actos con alguien o más bien con alguien que no estuviera a punto de morir o agonizando. Este ser tenía algo que me hacía no fingir ser algo

que no era.

—Desearía tener práctica a caballo o a nado, pero uno no elige en qué tenerla — me burlé — La vida se te planta delante y tú eliges entre las opciones que te da y entre arrebatar una vida y conservar la mía, siempre, siempre me antepondría a mí misma. — aquello me salió de forma sincera, había un dolor que siempre ocultaba y que en esta ocasión no sería diferente.

Me tambaleé, pero por el orgullo que tenía me puse en pie, casi me doy de bruces. Estaba preparada para la oleada de odio que vendría de su parte. Maldito o no, nadie aceptaría nunca la personalidad de una asesina. Erguí el cuello y enderecé la cabeza para recibir los golpes con dignidad.

— Eres... — comenzó a decir dubitativo.

— ¿Una asesina, una desquiciada, un despojo? ¡VAMOS! — exclamé — acaba ya con lo que vayas a decir.

— Brillante.

— ¿Perdona? ¿Te estás burlando de mí o estás intentando matarme aún a base de mentiras? — no sabía que estaba ocurriendo.

Le contemplé esperando que su expresión me diera la respuesta, que me descubriera qué narices estaba haciendo o a qué estaba jugando.

Una sonrisa se dibujó en sus labios tomándome por sorpresa. Ahora mismo no parecía un espectro o algo raro, parecía un hombre normal y corriente de carne y hueso, y, para recalcar, uno de los más apuestos que había visto antes.

— ¿Te estás riendo de mí? — quise saber molesta.

— Eres insufrible, pero para mi sorpresa, me diviertes — elevó las manos en tono jocoso.

— ¡Vaya! Ahora resulta que soy un bufón — gruñí.

— Tómallo como quieras. Y en cuanto a lo que dijiste, a lo de dejarte descansar — hizo una pausa — Si entras ahí créeme que la muerte será lo que menos temas. —sus verdosos ojos se clavaron en los míos.

Estaba siendo sincero, ¿por qué? No lo sabía ni lo comprendía como nada en él, pero tenía plena seguridad de que sus palabras eran reales, tanto como segura sería mi muerte si atravesaba esa barrera de raíces.

No comprendía aquel sitio ni a aquel ser, pero debía ser lista. Había comprobado que no podía salir de aquel lugar sin ayuda. No tenía medios ni nada para usar a mi favor. Había más gente que en toda mi vida deseando y anhelando mi muerte, cosa que no tardaría en llegar si no salía de allí. Medidas desesperadas, requieren medidas desesperadas. Tenía que aliarme con aquel ser o más bien hacerlo ante sus ojos. Siempre caminaría varios pasos por delante de él sin que ni siquiera se lo imaginase.

— Espera — le pedí que no se marchara. Se giró y me contempló — Como persona brillante que soy — hice referencia a su frase para agrandar su ego, a todos les gusta eso — comprendo que sin ayuda no voy a poder salir de este lugar. También entiendo que no me ayudarías sin obtener nada a cambio, por lo que se me ha ocurrido un trato que a ambos nos puede beneficiar.

— ¿Qué puedes ofrecerme tú que yo quiera? — se burló cruzándose de brazos.

— Necesito que tú me ayudes a construir un medio de largarme de este lugar...

— Claro, por qué no — bramó volviendo a retomar su camino.

— A cambio yo te ofrezco algo que deseas, pero para lo que me tendrás que contar

cuanto sepas — me estaba ignorando, debía ser rápida o perdería su atención — Si me ayudas a averiguar si soy una bruja y termino siéndolo, te doy mi palabra de que romperé el maleficio. ¿Ser? — pregunté.

Sus pasos frenaron y él paró en seco.

— Para empezar, mi nombre es Lior, empecemos por ahí — su voz sonó tras él que seguía dado de espaldas.

Listo, acababa de morder el anzuelo.

Capítulo 17

— Lior — repetí acercándome — ¿cómo dices que se comen estas cosas? — señalé a las plantas.

Puso los ojos en blanco y se dirigió sin mediar palabra hacia mí. Mantuve por un segundo la respiración al crearme su principal objetivo, hacía un segundo me había demostrado qué era lo que hacía cuando toda su concentración se centraba en un único punto y no creo que estuviese recuperada para un segundo asalto. Nuestras miradas se cruzaron justo antes de que se agachara a por las hierbas que estaban justo a mi lado.

Se movía de un lado para otro, tomó un pedazo de corteza que estaba sobre el suelo, colocó las raíces, tomó varias plantas más y las añadió. Un vaivén de manos en movimiento que me estaba siendo imposible de seguir.

— ¡Et voilà! — exclamó poniendo el mejunje ante mis ojos.

Para todo lo que se había movido y añadido, seguían pareciendo asquerosas flores machacadas y con líquido, puaj.

— ¿Ya está, esto es todo? — me miró perplejo — A ver, que está muy bien el truco de las manos y super elaborado, pero el aspecto...

Movió la corteza hacia mí para que tomara la indirecta de que debía probarlo.

Con cara de asco, llevé la mano dubitativa hacia aquello. Lo tomé. Estaba caliente y untuoso, madre mía, creo que iba a vomitar. Cerré los ojos y de un gesto rápido lo metí en la boca mientras mantenía el aliento para intentar de manera inútil que mis sentidos notaran aquel sabor.

Fresco, dulce y rico, sí, para toda mi sorpresa estaba realmente rico. Abrí los ojos y tomé el improvisado cuenco de entre sus manos, para lanzarme sobre la mezcla para devorarla.

— Para ser alguien a quien no le gusta que le juzguen por sus apariencias, tú lo haces con bastante frecuencia... — me había dado de pleno.

— Ja ja — me burlé — Creo que en eso no puedes darme lecciones — respondí con la boca llena.

Me fijé en la mala cara que puso y en cómo llevaba su mano a la herida de su mejilla.

— Entonces, ¿estás unido a este sitio? — quise saber. — ¿Y si se cortan crecen solas o tú lo haces? — demasiadas dudas se amontonaban en mi cabeza.

— En cuanto a la segunda pregunta, crecen cuando yo lo deseo, como has visto, puedo controlarlas. Con respecto a la primera, así es. Al principio no lo sabía. Fue la primera semana cuando enfurecí y di golpes como loco contra las raíces cuando lo vi. Cuanto más las golpeaba, más heridas surgían en mí. Por suerte, ellos no saben nada. — suspiró.

— Bueno, de ser así tampoco creo que supusiera mayor problema — observé su cara — ¿no?

— Si me quisieras matar y supieras que hiriendo este lugar acabarías conmigo, ¿te resultaría útil esa información?

— Siendo francos, es un puntazo. Te tendría justo donde quisiera para manejarte a

mi antojo. — respondí dándome cuenta de algo — ¿Pero no eres inmortal o algo así? ¿Y quién desea matarte?

— ¿Tengo que contarte todo? — preguntó molesto.

— A ver, hemos hecho un trato que aún no has aceptado, por cierto — rasqué mi barbilla — Si quieres que nos ayudemos, necesito saber todo y con todo me refiero a TODO — gesticulé — No es que quiera indagar en tus tratos sucios y vivencias, no soy de esa clase de personas la verdad, pero para trabajar juntos debemos saber el uno del otro para saber a qué atenernos.

— Querrás decir que quieres saber todo, para llegado el momento saber justo los puntos débiles de tu adversario. — arqueó una ceja.

— Lo de adversario lo has dicho tú, no yo y a lo otro, bueno...quizá sea un efecto colateral de saber todo — me hice la tonta burlándome.

— Ya — tajante — ¿Y no te aburrirás de mi forma extensa de hablar? — esta vez se burló él mientras cruzaba los brazos.

— Como ya he dicho ahora mismo, todo tiene un daño colateral. — miré abajo y me senté en el suelo apoyando los codos sobre las rodillas — Empecemos con esto.

Me miró sin decir nada, como si no quisiese hablar de ello o hubiera estado esperando que finalmente le dejara fuera de este trato evitándolo. Para una persona a la que le gusta dialogar tanto, el hecho de que no quisiese hacerlo era para pensar. Dice más de alguien lo que calla que lo que dice. Tomó aire como si tuviese que hacerse a la idea y reunir un valor que parecía haberle abandonado.

— Con una condición.

— ¿Otra? ¡Vamos! — exclamé — te he prometido jugarme mi tan querido pellejo intentando averiguar si soy o no una bruja, qué puedes querer más que eso.

— Dos cosas: primero, tú también me responderás de forma sincera a unas preguntas cuando acabe. Los tratos van en ambas direcciones y si yo voy a confiarte mis secretos, tú harás lo mismo con los tuyos.

Rodé los ojos hasta ponerlos en blanco, este tipo siempre buscaba la manera de complicarme todo.

— ¿Y la segunda cosa? — pregunté aceptando por ende la primera.

— Tu nombre. — le miré curiosa y sorprendida — Tú ya sabes el mío y me veo con todo el derecho de saber el tuyo.

— Para empezar, esto no es del todo justo — me quejé ante su atenta mirada — Yo ya sabía tu nombre antes de venir aquí, esa gente — señalé al reino — es realmente chismosa, ¿sabes?

— ¿Y me seguías llamando ser o cosa? — se indignó.

— Bueno, para mi defensa debes reconocer que eres más que un hombre o al menos más que el que solías ser.

Su enfado parecía no disminuir y yo me sentía realmente pequeña allí sentada mientras él me contemplaba desde las alturas de su estatura. No me había fijado con anterioridad, pero era realmente alto.

— Lyss — respondí.

Se giró y comenzó a caminar sin mediar palabra.

— ¡Espera! — le pedí intentando ponerme de pie de forma rápida. — ¿Dónde demonios vas?

— A cualquier lugar salvo aquí — reveló girándose y mirándome — Ni siquiera

hemos cerrado el trato y ya lo estás rompiendo...

— ¿Yo? Pero si no he dicho nada, solo he respondido a tu pregunta. — señalé confusa.

— Me has mentido que no es lo mismo — mierda pensé — Sé que te gusta mentir, hasta un ciego se daría cuenta de eso, pero no a mí si estamos juntos en esto.

— Pero yo no... — intenté seguir.

— Está bien, ¿sabes qué? —inició de nuevo el camino — cuando decidas tomarte esto en serio me avisas, total yo tengo una eternidad para pensar, ¿tú?

Maldición, ¿cómo demonios sabía que estaba mintiendo? ¿Tenía un cartel en la cara o qué? Nadie me había pillado en mis mentiras, era buena, más que buena. Había inventado historias que podrían haberse escrito entre las páginas de un libro y ¿él por un solo nombre me había pillado? Le odiaba y cada vez más, no me gustaba estar bajo el yugo de nadie, pero tenía que ser franca, no tenía otra jodida salida.

— Anat — revelé.

Sus pies pararon y giró sobre sí con una amplia sonrisa.

— Encantado Anat — se burló — Ahora que nos conocemos, toma asiento por favor, la historia será algo extensa.

¿Encima con burlas? Uff este ser, Lior — me corregí yo misma — No sabía con quien se estaba metiendo, pero por el momento me tocaba sentarme y aguantar con mi pose conforme.

Capítulo 18

Tomé asiento resignada, quería partirle los dientes de un solo puñetazo. No me gustaba que nadie se creyera o intentase ser más listo que yo, odiaba no tener el control. No me gustaba y punto.

— Veamos — comenzó mientras su cara cambiaba.

Estaba claro que aquello no sé si doloroso, pero tenía claro que agradable no le resultaba. Esto era bueno para mí y para que recuperara el control de nuevo de la situación. Cuanta más información me diera, más contra las cuerdas le tendría.

— Mis padres salieron de viaje por lo que yo me quedé encabezando palacio. El reino de luz era uno como tantos. Tranquilo, soleado y sin nada nuevo que pasase a diario, hasta que llegó ella, Alana. — pronunció su nombre apretando la mandíbula — Desde el minuto uno que nuestros caminos se cruzaron supe que había algo en ella que no me gustaba.

— ¿Su pelo? Sí, se perfectamente que era como el mío y por eso al verme pensaste en ella — respondí.

— Puede que tengáis el mismo pelo y que a la larga descubriera que era un aspecto similar en brujas, pero no, no fue por eso. — negó — Oye, ¿Tienes una obsesión con el pelo o algo así? — arqueó las cejas — A ver no te juzgo si es algún tipo de fetiche, pero no dejas de mencionarlo.

— ¿Perdona? — me crucé de brazos — El problema no lo tengo yo, lo tenéis todos y cada uno de vosotros. — Me miró incrédulo y eso me cabreaba sobremanera. — Me han juzgado, menospreciado — fui enumerando mientras mi voz iba ascendiendo sin darme cuenta — repudiado y maltratado hasta casi matar por este maldito color de pelo, así que, si alguien tiene un problema con él, sois el resto, no yo.

Mierda. Este tipo me hacía hablar más de la cuenta. Por la rabia que me había entrado, me había mostrado sincera, dándole oportunidad de manejar información con la que herirme o al menos intentarlo. Se quedó mirándome por unos segundos para continuar.

— Pues te diría que lo siento, pero ni soy esa gente ni puedo mentir debido a nuestro trato — capullo, pensé — Con miedo a decepcionarte, mujer, no fue mi caso. Yo no la juzgué por su apariencia, simplemente noté que algo en ella no era normal. Empezaron a pasar cosas en un reino en el que nunca lo hacían. Hablé con el consejo entre los que estaba...

— ¿Tristán? — pregunté con malicia arqueando la ceja — Es curioso que de todas las cosas que podrías elegir, su nombre sea lo que te cueste pronunciar. Me he fijado en muchas personas y podría analizarte solo por ello.

— Por favor — se sentó frente a mí — adelante.

— Bueno. — aclaré mi voz para mi gran explicación — Está claro que esa tal Alana fue algo tanto en tu vida como en la de tu hermano. En otras circunstancias incluso dudaría, pero no en esta. Hombre con sospechas imaginarias de una mujer, otro que dice lo contrario, ninguna versión coincide — indiqué con las manos — ¡Vamos! Está claro que había un triángulo amoroso y que uno de los dos miente.

— ¿Has terminado? — preguntó serio — Para empezar, tu inteligencia en este caso

ha brillado por su ausencia, has estado menos acertada que un topo ante la luz. Es evidente que mi hermano te mentiría, ¿acaso te ha dicho desde un principio que su intención era matarte? — quise hablar, pero me cortó — Entonces deja de ser una sabionda con dotes de detective y deja de hablar para que pueda contar de una maldita vez la jodida historia.

Qué ganas tenía de levantarme entre voces y comenzar a golpearlo. En su lugar, asentí e hice un gesto sobre mi boca emulando una cremallera.

— Gracias — agradeció con sorna — Bueno, como iba diciendo todos hablamos y tomamos la decisión de expulsarla. Todos salvo él — seguía evitando su nombre — me intentó convencer de lo equivocado que estaba y de que no la conocíamos. Era mi maldito hermano, no pensé más que en quizá estaba errado y le dije que lo pensaría antes de hacer nada a la mañana siguiente. Cuando llegó la noche, estaba tan abrumado que salía a pasear, pero las gentes no me dejaban hacerlo por lo que decidí alejarme algo y venir a este lugar. — aquello parecía incomodarle — Escuché ruidos, pasos y finalmente alaridos. No tenía tiempo de avisar a los hombres, por lo que desenvainé mi espada y me dirigí hacia el origen. Junto al río, mi hermano y Alana daban rienda a algo que jamás había visto, una especie de ritual. Había fuego, había señales e incluso muertos...

Aquello no me lo había contado el tal Tristán y por la manera en que hablaba y mi manera de adivinar cuando la gente mentía, él no lo estaba haciendo. Con su hermano, sin embargo, no fui capaz de verlo claramente, pese a saber que mentía en cierto modo dándolo por hecho. Ya sabía yo que había algo en ese tipo que no me gustaba independientemente ajeno a que intentara matarme.

— Intenté hablar con él — prosiguió — Estaba enajenado y no sirvió, estaba cegado por lo que esa mujer le había prometido. Poder, uno como ningún otro hombre tendría jamás. Yo...no me dieron otra opción — parecía justificarse — Solo tenía una manera de parar aquello y era matándola. Antes tuve una pelea con mi hermano en la que casi acabo con su vida y él la hubiera entregado con tal de salvarla — aquello le dolía, podía notar el dolor emerger entre sus palabras — Con su último aliento nos maldijo. No puedo morir salvo si el bosque lo hace. — suspiró — Él se encargó de decir a los habitantes del reino lo que quiso para ponerlos en mi contra. Malagradecidos. — gruñó.

— ¿Y las lunas de sangre? — pregunté mientras clavaba en mí una mirada asesina — ¿No habías terminado? — repetí el gesto de la cremallera.

— Duran el primer día de cada mes, solo y durante ese momento exacto es cuando es válido, ni antes ni después solo esos primeros días. — bueno tenía un mes para salir de allí, pensé — Es la primera vez que ocurren de nuevo desde su muerte, con la consecuencia de que tú estás aquí — Perdona, ¿qué acababa de decir? — Durante ese momento la magia es más fuerte y él pensará que tu sacrificio o romperá el maleficio o la traerá con vida de nuevo.

— ¿Puedo? — pregunté para saber si había terminado y tras poner los ojos en blanco asintió — Como ya te he dicho, hablas demasiado y yo soy una persona bastante volátil a la hora de escuchar. — me puse en pie.

— Para lo que quieres, porque creo que tu atención, al igual que tu sinceridad, es selectiva — fingió una sonrisa.

— Obviaré eso — le acompañé sonriendo — A ver, de toda esta historia saco varias cosas en claro. Primero, que tu versión dista bastante de la versión de tu querido hermano — se levantó también — Después, que tengo, tenemos — corregí para que me creyera — un mes para llevar a cabo nuestro plan y, por último — vale, he de reconocer que

quería hacerle rabiar — que por muy duro que parezcas, tienes un punto débil que se ve a leguas. Déjame decirte que eso no te beneficia. — me burlé. — está claro que harías cualquier cosa por acabar con tu hermano.

— No te confundas, el hecho de que mi debilidad — entrecomilló con los dedos — se vea, no me hace más vulnerable, al igual de que el hecho de que no juzgara a esa mujer solo por su cabello no me convierte en héroe. — comenzó a caminar hacia mí — No soy el príncipe que era, ni siquiera el hombre que fui. — se acercó hasta quedar pegado para susurrarme — Soy el dolor, la rabia y la frustración dadas de la mano hechas persona. No soy el santo de los cuentos que las madres cuentan a sus hijos, soy aquel con el que los asustan.

Capítulo 19

Aún permanecía a varios centímetros de mí. Se retiró con cuidado y poco a poco. A ver, estaba claro que era un hueso duro de roer, el adversario más complicado al que me había enfrentado nunca. Era temerario, no se amedrentaba y parecía no tener miedo ni siquiera a mí aquella a la que todos temían. También debía tener en cuenta que alguien que no tiene nada, no teme nada, y lo sabía por propia experiencia. Por otro lado, no era complicado ser más duro que una doncella a la que había robado o al tonto del panadero con dotes de lince. En fin, dejando todo eso a un lado, puede que esos trucos para intentar asustar le sirvieran con cualquier otro, pero por suerte conmigo no.

— No quiero dañar tu ego, sabría interpretar un papel más que convincente de mujer atemorizada, pero tenemos un trato, porque lo tenemos, ¿no? —arqueé las cejas.

— Creo que te gusta tanto ironizar e intentar burlarte del resto como tener amnesia, ¿no es cierto? — le miré sin comprender, o más bien intentando que eso pareciera — Ahora es cuando me toca averiguar a mí cosas de ti.

— Ahhh — fingí sorpresa — Sí, claro. Verás, soy pelirroja, por eso me odian, me temen y me quieren matar. Soy inteligente y muy convincente y aprendo rápido. — respondí a toda prisa.

— ¿Perdona? — parecía indignado.

— Claro — me golpeé la cabeza con la mano — ¡Qué tonta! Soy una chica, me faltaba eso.

— ¿Te crees como graciosa o algo así verdad? — puse cara de desconcierto — No me han gustado nunca los bufones: cargantes, pesados y carentes de ingenio o gracia.

— Me pediste información y te la he dado — me hice la tonta.

— Claro, cosas súper enrevesadas que no podría adivinar sin tu increíble revelación. Aunque bueno, que eras pelirroja y algo inteligente lo había deducido, pero entre la mugre y tu aspecto, lo de mujer...

Apreté la mandíbula tanto que notaba chirriar los dientes entre sí. Siempre que creía tomarle el pelo, aparecía él, para tomármelo aún más. Vale que estaba despeinada, con las ropas rasgadas y seguramente con restos de sangre reseca, pero ¿dudar de mi belleza? Por favor — pensé indignada — Si la vida no me hubiera puesto este maldito color de pelo mi belleza habría arrasado este jodido mundo. Cuánto daño imaginaba hacerte, querido Lior... pero tiempo al tiempo mi venganza será extremadamente dulce.

— Tus preguntas — indiqué sin responder a su provocación.

Me miró confuso, creo que esperaba mi respuesta, pero no le daría el gusto de verme cabreada o molesta. Hice un gesto insistente para que me contestase.

— Sí — parecía sorprendido — tu vida. Cuéntame: familia, raíces y qué demonios haces aquí. También quiero saber cómo has sobrevivido todo este tiempo si tanto odio dices que generas en los demás.

— Bien — comencé — Nunca tuve familia, me crie con un borracho del que hui — iba a contarle todo o más bien casi todo — Pueblo tras pueblo, reino tras reino, aprendí cómo ganarme la vida. Él último pueblo en el que estuve alguien se quiso pasar de listo, por lo que tuve que huir y este fue el lugar al que la corriente me trajo.

— Ambos sabemos que esa es la versión breve y edulcorada. Yo te he contado todo sin dejar detalles, por lo que espero lo mismo o no habrá trato.

Gruñí llena de rabia, me sacaba de quicio. No me dejaría en paz hasta que no le contara todo. Nunca lo había hecho con nadie, pero a juzgar por su situación, por mucho que supiera, poco o nada podría hacer contra mí. ¿A quién iba a contárselo, a sus raíces? Estaría muy lejos y él muy atrapado antes de que intentara hacer nada.

— Eres cargante, ¿lo sabías? — sonrió a modo de respuesta mientras fijaba mi mirada sobre la suya — Bien, el borracho con el que me crie golpeaba más mi piel que los vidrios que fabricaba. Robar, engañar y mentir vinieron de mi mano en el aprendizaje. Todo lo que fuera necesario por seguir respirando un día más. — su sonrisa parecía haberse esfumado — ¿Cómo escapé? Puedes llamarlo de muchas maneras, liberarles de la vida, redimirlos o matarlos. Debería sentir culpa o remordimientos por ellos, pero, ¿sabes qué es lo que siento? ¿Qué es lo que sentí cuando ese maldito enfermo murió ante mis ojos? — estaba llena de rabia, nunca había dicho en voz alta todo aquello y desvelarlo me enfurecía — Justicia, una que jamás habría tenido de otro modo, porque este mundo señala a los diferentes mientras sigue protegiendo a los verdaderos monstruos. Así que, si ahora me temes o incluso me juzgas, déjame decirte que me es indiferente.

Terminé aquella retahíla mientras nuestras miradas seguían clavadas la una en la otra. Notaba mi respiración, más agitada de lo normal que hacía que mi pecho subiera y bajara con mayor rapidez. Acababa de desvelar mi verdad por primera vez a alguien, por lo que no estaba preparada para lo que vendría a continuación.

— ¡Guau! — exclamó abriendo los ojos como platos.

— ¿Eso es todo lo que se te ocurre? — pregunté molesta.

— ¿Vas a dejarme hablar? — me recriminó — Sabes que lo que me has contado es algo denso, por lo que debo tomar mi tiempo para asimilar la información y poder dar un juicio justo.

— Vamos, que piensas con lentitud —chinché—. Por no hablar de que no te he pedido tu opinión, solo te he contado lo que nuestro trato requiere — señalé.

— ¿O sea, que no tengo libertad para decir cuanto quiera? — preguntó.

— En lo referente a mí, no —sentencié acercándome—. Por el bien de nuestro trato, es mejor que ambos sigamos vivos, y si sigues empecinado en lo mismo, me temo que no tendré más remedio que añadir otro cadáver a mi lista.

— ¿Te recuerdo que el que ganaba la última vez era yo?

— A una mujer golpeada y atada cual animal, así cualquiera. Un combate cuerpo a cuerpo y no quedará de ti ni tu nombre. Además, estoy aburriéndome. O empezamos con el plan o salgo ahí para que tu hermano me mate antes de lo que tu pesadez lo hará.

— Vaya, deberías tomarte las cosas con más calma, ¿sabes?

— Yo no pienso tirarme una eternidad para salir de este sitio, así que andando o me largo — indiqué — y por cierto creo que ambos sabemos que no has visto una mujer como yo en tu vida, aunque entiendo tu enfado y ganas de molestarme. Es complicado divisar la belleza para el que carece de ella — gruñí.

Capítulo 20

Volvimos a la zona cercana al río donde volví a inclinarme para saciar mi sed. Lior que se había sentado en un tronco con una pierna algo elevada me miraba perplejo, aunque hizo un gesto para emular que no lo hacía. Conque no sabía que era una mujer, ¿no? ¡JA!

— No hace falta que disimules, casi se te salen los ojos de las cuencas al mirarme — indiqué con una sonrisa.

— Sí y no. — respondió con un movimiento de cabeza — Es cierto que te miraba, pero porque no había visto antes una criatura con tan pocos modales y gracia.

— Voy a hacer como si no escuchara tus mentiras sarcásticas porque estoy deseando que dejemos de hablar para ponernos en marcha — no podía dejar de devolverle aquella pulla, ¿quién se creía diciendo esas cosas de mí? — y porque creo que ambos sabemos que, incluso pudiendo, nadie estaría en tu compañía — sonreí.

Su cara cambió; por lo poco que le conocía, sabía que estaba preparando una respuesta, pero no le daría oportunidad. Me acerqué a él y coloqué mi dedo índice delante de su boca (sin tocarle, obviamente) a señal de silencio. Aquello le tomó por sorpresa, dándome tiempo para continuar.

— Bueno, ¿por dónde empezamos? ¿Qué debemos reunir para que salga de aquí? — pregunté impaciente.

— Claro, ¿Cómo no! Y de forma totalmente casual, comenzamos por tu parte, ¿no? — su mirada me escudriñaba sospechando de mis intenciones, no podía ser tan obvia.

— Para ser un tipo que ha insistido en hacer un trato, te veo poco convencido con la integridad de los participantes. ¿No te han dicho que eso está mal? — me crucé de brazos.

— Puedes decir lo que quieras, pero prefiero que esté todo lo mal que tú quieras a que me tomes por un imbécil. Yo no soy como los tipos con los que te sueles relacionar ¿sabes? — se puso en pie quedando a pocos pasos de mí.

Este tipo era realmente cargante. A ver, en algo llevaba razón: desde el primer minuto, pensaba continuamente en traicionarle de la manera más rápida y ruin que pudiera, pero no le había dado indicios de ello. ¡No tenía derecho a desconfiar!

A esa sospecha se unía su cabezonería, por lo que no daría su brazo a torcer. Por desgracia para mí, tendríamos que empezar por su parte del dichoso trato. Por desgracia para él, siendo sinceros, cuanto antes se supone que hiciese lo que debía hacer para demostrar que no era una bruja, antes avanzaríamos con mi plan y estaría más cerca de salir de una vez por todas de allí.

— Vale — respondí intentando mostrar naturalidad — Estoy lista para ser una súper bruja — me coloqué las manos en la cintura a modo de buen hacer.

— ¿Una súper bruja? ¿Y por qué ahora cambias de opinión tan rápido? — arqueó una ceja.

— Irritante, desconfiado e incoherente. — gruñí — Cuando quiero empezar por mi parte, malo, porque intento engañarte, y cuando accedo a empezar por el tuyo, ¿también? Aclárate o dime qué demonios quieres porque estás acabando con mi paciencia.

Calma Anat, calma — pensé.

— Está bien — respondió dándome sorprendentemente la razón — Empezaremos por mi parte, pero es algo difícil...

— Está claro que no habrá un manual exacto en el que ponga qué debo hacer, ¿o sí? — le miré.

— Lo hay — respondió tenso.

— ¡Esto es realmente fácil! — exclamé y luego le miré y vi su cara agriada y desairada. — Cada vez entiendo menos tus emociones, que sea fácil, ¿es malo?

— No, mujer, eso es bueno — gruñí con la maldita manera de nombrarme — Lo que es malo es dónde se encuentra ese libro.

— No me digas más, está dentro del querido reino con sus tan amables habitantes sedientos de ganas de partirme el cuello, ¿no es así? — ironicé.

Esto era mejor de lo que habría podido esperar, me lo había servido en bandeja. Si de por sí, su parte del trato habría sido rápida, ahora siendo totalmente imposible, lo sería más.

— Bueno, me temo que estamos en un callejón sin salida — dije intentando no sonar muy feliz. — Si el libro está ahí dentro y nosotros no podemos entrar...

— ¿Estás disfrutando con esto verdad? — empezó a andar hacia mí malhumorado

— Para serte sincera, sí — apretó la mandíbula — ¡Vamos! Teníamos que ser sinceros el uno con el otro ¿no? — me defendí — Además, no sé por qué se te ocurrió hacer un trato conmigo, cuando sabías que tu parte era totalmente imposible. Es decir, tendremos que llevar a cabo la mía y ya está, no hay más que hacer.

— ¡No! — exclamó — Aquí nadie va a saltarse mi parte. Puede que sea complicada y que aún no sepa cómo demonios vamos a hacerlo, pero se va a hacer. Si no se lleva a cabo lo mío, tampoco lo tuyo — sentenció.

— ¡Venga ya! — estaba cabreada — ¿Estás tomándome el pelo? Yo no tengo la culpa de que tu asqueroso libro esté ahí dentro, ¿vale? Tampoco te obligué a hacer ese trato.

— Me da igual, ya he dicho mi última palabra.

Santo cielo, estaba aguantando las ganas que tenía de patearle. Si de por sí ya las tenía, en estos momentos eran de una magnitud descomunal...No me estaba dando alternativas, me estaba condenando y eso no iba a ocurrir.

— Iré a por el libro.

Aquella frase salió de mis labios sin pensar. Aquel lugar estaba lleno de toda una población que quería cogerme con vida para, llegado el momento, matarme, pero ¡es que estaba desesperada!

Lior se movió rápido con su forma antinatural colocándose a escasos centímetros de mi rostro mientras sus verdosos ojos se clavaban en los míos.

— Eso no va a pasar, ni hoy, ni mañana ni nunca — sus ojos parecían arder — No volverás a poner un pie dentro de ese maldito lugar, ¿me has oído?

— ¿Ahora te preocupas por mí? — me burlé intentando restar hierro al asunto — Soy rápida y lista. La otra vez no sabía a qué me atenía y fui hacia ellos sirviéndome en bandeja. Esta vez es diferente y es la única solu...

— Nunca — repitió de un modo cortante furioso.

Tomó unos pasos para atrás creyéndose vencedor y emitió un suspiro que parecía salir de su maltrecha alma.

— Como ya te dije, me es indiferente qué te ocurra, puedes morir ahora mismo si es lo que deseas, pero no voy a permitir que ellos, que él...— ahí estaba de nuevo su

imposibilidad de pronunciar el nombre de su hermano — No, eso no pasará, ¿me has escuchado?

Asentí con lentitud y él pareció quitarse un peso de encima ante mi respuesta. Eso estaba bien, que se confiara, así no sospecharía mi siguiente movimiento. Muy a mi pesar iba a volver a entrar en ese maldito pueblo a por ese jodido libro.

Capítulo 21

Tenía la idea fijada en la cabeza de que la única manera de acabar con aquello era meterme de lleno de nuevo en la boca del lobo. Solo que había un problema. No, pese a la evidencia, no era que si me pillaban me matarían y bla bla bla, sino que tenía un compañero que veía todo y que estaba completamente negado a dejarme ir, por lo que esto era complicado incluso para mí. Ni si quiera sabía cómo iba a hacerlo, de momento me centraría en averiguar dónde estaba el maldito libro.

Después de la acalorada conversación que habíamos mantenido, ambos nos habíamos calmado y tomado nuestro espacio. Lior había caminado un poco más allá de mi zona y se encontraba sentado de forma relajada en un claro. No tenía gana alguna de acercarme a él, de hablarle o de estar en su presencia, pero no tenía más remedio.

Caminé hacia él y, sin mediar palabra, me senté muy cerca. Se había llevado la mano a la zona en la que se encontraba el corte cerca de su mejilla. No sentía ningún tipo de remordimiento. En realidad, me daba igual. Él me había golpeado, asfixiado y por poco matado así que más que afligirme pensé que ese corte era pequeño para lo que merecía.

— ¿Por qué existe un libro sobre brujas? — pregunté tomándolo por sorpresa.

— Desconozco el motivo — separó la mano de la mejilla y me miró con desdén — ¿Acaso te parezco un adivino?

No pongas los ojos en blanco, me repetía, pero no, no pude evitarlo, era superior a mí.

— Bueno la pregunta no es tan descabellada teniendo en cuenta que sabes de su existencia, ¿no crees?

— Pues no lo sé, ¿vale? — respondió a la defensiva.

— ¿No lo sabes o no quieres saberlo? — sabía que explotaría, pero necesitaba sacar más información.

— ¿Estás sorda? No, no lo sé. Cuando lo encontré solo era un niño que jugaba en la biblioteca de palacio, ¿te vale ahora la respuesta?

Levanté las manos en señal de paz. ¡Ay, querido Lior! Gracias por tan valiosa información. Es extremadamente fácil sacar de ti lo que deseo.

— Estás demasiado a la defensiva — me quejé — Una simple pregunta te saca de tus casillas con suma facilidad ¿lo sabías?

— Quizá seas tú la que lo hace — señaló clavando sus verdosos ojos en los míos.

Por primera vez me fijé en él. Nunca me había detenido más de un segundo a mirarle de verdad. Sus cabellos oscuros caían hacia atrás dejando al descubierto su mirada desafiante. Sus dos enormes ojos sin duda eran su rasgo más característico. En este momento parecían dos cuchillos afilados intentando acabar conmigo. Su mandíbula estaba tensa y apretaba de la más pura de las rabias. Parecía un animal acorralado y herido intentando defenderse a toda costa. Entonces me di cuenta de por qué aquella actitud me resultaba tan familiar. Me recordaba a mí.

Al mirarle ahora mismo, me estaba contemplando en él. A todas aquellas veces en las que la ironía, la rabia y la burla había servido como respuesta al dolor que me habían intentado causar. Espera, ¿Sentía lástima por él? Pero ¿qué demonios me pasaba? No, Anat,

céntrate — me obligué a recordarme — no te fíes de nadie ni te apiades de nadie, ya sabes que los lobos más fieros son aquellos cuya careta es más grande.

Debía centrarme en el plan. Sacarle información y sobre todo hacer que se confiara. Mi mayor arma ante cualquiera era barajar todo aquello que me habían entregado acerca de ellos de manera voluntaria. Puntos débiles, temores entre otras cosas, esta vez no sería diferente. No.

— No voy a negar que soy una persona que despierta cosas en el resto y no deja indiferente a nadie, pero debes reconocer que no hace falta ni una chispa para encenderte. — suspiré intentando parecer afligida — Si vamos a pasar tiempo en el mismo sitio y con tiempo me refiero a muuucho tiempo dado que tú estás maldito y yo no tengo cómo demonios salir de aquí, al menos intentemos... A ver, no llevarnos bien, porque eso es imposible, pero ¿no matarnos?

Esperé unos segundos pacientes a que mordiera el anzuelo. ¡Vamos, tenía que caer! Volví a centrar mi mirada en él y comprobé satisfecha los resultados. Distensión de mandíbula, relajación de postura... Esto estaba funcionando, pero necesitaba más.

Me levanté y con paso firme me senté, pero esta vez más cerca de él, a muy poca distancia. Me miró de soslayo extrañado percatándose de mi movimiento.

— ¿Te duele? — señalé su herida.

— Es una herida — parecía a punto de comenzar una respuesta soberbia cuando se paró — Sí, me duele.

Bien, había picado el anzuelo, ahora tocaba continuar, estaba cerca de conseguirlo.

— Aunque el dolor — continuó ajeno a mi jugada — me hace sentir que estoy vivo...

Su voz se entrecortó cuando notó mi mano posarse sobre su mejilla con delicadeza. Tenía la piel cálida pese a esperar que fuese un témpano dado su situación y personalidad. ¿Olía bien? Extrañamente, sí. Sus ojos se clavaron en los míos a escasos centímetros, perfecto, todo iba según el plan. Nadie se resistía, por muy pelo fuego que fuera, a mis armas de mujer. Aunque para ser francos, fingir no me estaba resultando tan desagradable esta vez, al igual que tenerlo cerca. Esto me enfurecía aún más y me aumentaba las ganas de querer salir ya de este lugar.

— Debe de ser horrible — dije en un tono delicado y próximo al susurro — Debes de haberte sentido muy solo y...

Antes de que pudiera esperarme el movimiento, su mano agarró mi brazo por la muñeca ejerciendo cierta fuerza.

— Puede que pueda rebajar en algo mi rabia y las maneras de contestarte, pero no te confundas mujer — Sus ojos estaban clavados con decisión en los míos — No soy idiota, no me dejes engatusar por mujeres y mucho menos por una como tú.

Me soltó de mala manera para levantarse, pero yo lo hice más rápido. Nadie, nunca jamás me había rechazado y menos de esa manera. No había nacido hombre que me despreciara de ese modo y él no iba a ser el primero. ¿¡Estaba ciego!? Quería haber seguido con mi plan lleno de sutilezas, pero acababa de despertar a mi bestia interior.

— He intentado por las buenas que colaborásemos, incluso me he tragado mi maldito orgullo, pero eres el ser más insufrible al que me he acercado, por lo que lo siento, la delicadeza no va conmigo.

Miré al frente y me percaté de lo cerca que estábamos de la salida, sabía que si estuviera prevenido no tendría la más mínima opción, pero el desbarajuste y el pollo que

acaba de montarle habían desviado su atención de mi plan principal.

Comencé una carrera mientras escuchaba sus voces de fondo gritando llenas de rabia y furia. Notaba las raíces a mi alrededor intentando agarrarme, pero esta vez y pese a su superioridad, había sido más rápida y más lista que él. La fuerza no lo es todo, querido Lior.

Justo traspasé las raíces mientras él me contemplaba desde el otro lado bufando cual animal sediento de sangre contemplando a su presa. Una pena por ti, pero esta presa se largaba. Por fin tenía el cielo ante mi cabeza, era de noche, en aquel maldito y nunca mejor dicho bosque, había perdido la noción del tiempo.

— Vuelve aquí dentro antes de que te encuentren y te maten — gruñó.

— Les deseo suerte para atraparme. — subí la barbilla — Al igual que te la deseo a ti intentando que tus pensamientos acerca de si sigo viva o en sus manos, no acaben volviéndote loco — sonreí.

Gruñó cual animal y me giré sobre mí. Puede que tuviera que atravesar aquel lugar y toparme con él en algún momento por desgracia, pero ahora estaba al otro lado y estaba más en peligro que nunca. Además, aquello me había sentado de fábula.

Pero ahora no era el momento de creermé victoriosa, debía estar en alerta, más si cabe de lo normal.

Noté un fuerte golpe en la nuca y todo comenzó a volverse oscuro. Como última visión, aquellos dos ojos verdes aterrados, después la oscuridad me engulló.

Capítulo 22

Me dolía mucho la cabeza, eso fue lo primero que sentí al despertar. Tenía todo confuso en la mente. Intenté llevarme la mano a lugar en el que el dolor era mayor, pero algo me lo impedía. Tuve que parpadear varias veces para poder hacerme por completo a la luz, fue entonces cuando descubrí la realidad en la que me encontraba.

Estaba en una sala que me resultaba familiar, atada con los brazos sobre la cabeza. Los recuerdos comenzaron a ordenarse y al final recordé: me golpearon.

— Querida Lyss no debiste escapar, me has obligado a atarte. — la voz de Tristán sonó a mi espalda.

Me moví para intentar verle, pero en mi posición era imposible. Finalmente se situó frente a mí.

— ¿Qué tal en el bosque? ¿Mi hermano te ha contado algo?

Su tono varió levemente en esa última palabra, para un oído común resultaba imperceptible, para el mío, no. Había aprendido hace tiempo que debías evaluar exactamente todo antes de dar el siguiente movimiento, ya que en ese preciso y sencillo gesto que de por sí parecía insignificante, podría decidirse el vencedor. En mi caso, salir de allí o acabar mis días entre esos muros hasta que llegado el momento me mataran.

Bien, lo primero el tono variado de esa palabra que después de años de analizar tal suceso, di con que la lista de respuestas se reducía a dos: mentira o nerviosismo. Después, el hecho de que se preocupara tanto por lo que Lior me había contado como para ser la primera pregunta que me había realizado. Eso nos decía varias cosas de él: era una persona ansiosa a quien le puede más la prisa que la astucia. Se te cala muy fácil, amigo. Con este pequeño análisis concluyo que Tristán miente como un bellaco en su versión de la historia, desconozco el motivo, solo sé que sus ganas de enterrar la verdad son mayores que cualquier cosa para él ahora mismo. El balance entre hermanos había comenzado gracias a este dato: Tristán 0, Lior 1.

Dejando a un lado esto, tenía que analizarle a él, a su persona. Tenía la misma ropa que el día que le había conocido. Por lo general, yo usaba la misma ropa durante días por no tener más mudas, pero no era su caso. Desde que le conocí, había dado alarde de elegancia y pulcritud. Sus ojos estaban sobre dos oscuros surcos, por lo que no había pegado ojo. Pelo despeinado, tic en la mano. Estaba jodidamente desesperado y ¿qué debemos hacer cuando un psicópata lo está? Pues aprovechemos de él.

— Menos mal que os he encontrado — fingí aflicción en mis palabras — Estaba muy asustada y corrí a ese maldito bosque que se ha convertido en un infierno — hice que mi cuerpo comenzara a temblar o más bien que lo pareciera — Conseguí escapar y no sabía a quién acudir — gimoteo perfecto — tenías razón cuando dijiste que lo entendería, solo quiero ayudar...— una lágrima comenzó a rodar por mi mejilla mientras clavaba la mirada en el suelo.

Acababa de usar toda la artillería, ¡incluso la lagrimita final! O funcionaba o estaba muerta.

Un cálido tacto rozó mi mejilla y al levantar la cabeza, pude comprobar de qué se trataba. Tristán me acariciaba limpiándome con delicadeza la lágrima.

— Nunca debió pasar así, no quise asustarte — dijo en un tono delicado y conmovido.

Vale, ya sabíamos quién era el hermano tonto. No es que fuera mala actriz, al contrario, dudo que hubiera alguien que mejorara mi actuación, pero esto me dio que pensar en las capacidades de ambos. Punto para el maldito. Lior 2 Tristán 0.

— ¡Cielo santo! — exclamó viendo la herida de la cabeza — ¿Te ha herido?

— Es un ser horrible...—sollocé.

— No te preocupes ahora estás a salvo conmigo — clavó sus ojos en los míos.

Sería una frase súper conmovedora y protectora si no fuera por el hecho de que había intentado matarme y su único motivo para protegerme era para matarme él después. ¡Oh, qué bonito!

Sacó una pequeña llave y me soltó las manos. Me acaricié las muñecas ya que las tenía algo doloridas, ni siquiera sé cuánto tiempo había pasado inconsciente ni en aquel lugar en el que me encontraba. Lo que sí sabía es que tenía que analizar un plan de fuga.

— Por favor —extendió su brazo—, acompáñame. Te daremos algo de comer, debes estar muerta de hambre.

— Sí, eso estaría bien.

Le acompañé para salir de aquella sala oscura, para recorrer los pasillos. Íbamos a tomar el pasillo hacia la sala en la que se encontraba el médico cuando algo llamó mi atención. La biblioteca se encontraba justamente al lado de la entrada de palacio. ¿Cómo sabía que se trataba de ella y no me había equivocado? Por mi inteligencia, claro. Bueno, el letrero enorme sobre ella de BIBLIOTECA también ayudaba.

Bien, ya la tenía localizada. Ahora necesitaba los siguientes pasos del plan.

— Pero ¿qué te ha ocurrido ahora? — preguntó el médico al vernos.

— Por favor, examínela doctor — indicó Tristán — Ya he hecho que traigan la comida, estará a punto de llegar — me sonrió, ¡puaj!

Comencé a comer, sí, esta vez me fiaba, puede que de ellos no. Pero sabía que no me iban a matar, no al menos antes de tiempo, por lo que era plenamente consciente de que la comida estaba limpia de aderezos.

Tomé un buen trozo de carne, lo partí y metí en mi boca con ansia mientras sus sabores se mezclaban en mi paladar.

Tristán y el médico tomaron distancia para hablar entre ellos de algo que desconocía. Maneras de acabar conmigo, de qué hacer con mi cadáver después... ¡Quién sabe!

Me llevé otro pedazo de carne a la boca, aunque estaba rica, estaba algo dura y tenía que hacer fuerza con el cuchillo para conseguir partirla en pedazos pequeños.

Un momento, ¡tenía un maldito cuchillo en la mano! Comprobé que no me miraban y aproveché para guardarlo bajo mi corsé. No tenía idea de qué haría con él ya que, si seguía la teoría que Lior me había dicho acerca de los malditos, eran inmortales y no serviría de mucho, pero oye, ¡Un arma es un arma!

— ¿Has terminado? — la voz de Tristán me sobresaltó.

Asentí fingiendo felicidad. Me dolían las mejillas de tanto sonreír...

— Bien, necesito que me acompañes a la biblioteca — ¿perdona? — Tienes que ayudarme a buscar algo...algo que es importante para mí y que pertenecía a Alana, su libro.

A ver, había pasado de estar atada siendo una rehén por la búsqueda de un maldito libro a ser la invitada y llevada ante aquello que había venido a buscar.

Desconozco los planes de la vida, pero oye, nada mal.

Capítulo 23

— ¿Un libro dices? — pregunté mientras caminábamos por el pasillo.

— Sí, uno de Alana que nos ayudará a descubrir qué es lo necesario para acabar con esto.

Abrió la puerta para que entrara yo primero y él me siguió de cerca.

— Espera un momento, ¿quieres decir que ibas a matarme sin saber que funcionaría? — pregunté intentando parecer amable, cosa que me estaba costando horrores.

— Sé que suena descabellado, pero cuando no tienes más opciones... — se pasó la mano por el pelo — Sabía que la luna de sangre era importante y solo vi la oportunidad de hacer algo.

— Ya... — respondí perpleja — Entonces, ¿si encuentro ese libro, nos dirá como acabar con esto y que todos seamos felices para siempre?

Me importaba nada o menos su respuesta, pero necesitaba tiempo para pensar y mientras él hablaba, cosa que amaba y empezaba a pensar que era cosa de familia, podía hacerlo.

La estancia era grande pero solo disponía de una única puerta y por tanto para ojo inexperto de una única salida. Parecía sencillo, ¿no? Le distraía y tomaba la puerta hacia mi libertad. Pues bueno, a lo largo de innumerables huidas en estos años, he comprendido que la salida más fácil, suele ser también la peor.

De tomarla, daría al exterior, justo en el centro de todo el reino, en el cual se encontraban esos dementes pueblerinos. Vista y apresada de nuevo. No, necesitaba otra salida. Miré hacia arriba. El techo era acristalado, pero había dos problemas. Uno, no sé cómo demonios conseguiría subir allí, y dos, de hacerlo y arrojarme al exterior, posiblemente la altura me mataría. Salida dos descartada.

A ver qué más teníamos en este dichoso lugar. Libros, estanterías, un escritorio, una silla, más libros... Espera espera, la sala estaba llena de ventanales. Un golpe con la silla en el punto exacto haría estallar la ventana que se encontraba a una altura prudencial y me daría la victoria. Tenía la salida, ahora faltaba lo más importante: la distracción.

Tristán había seguido hablando mientras yo sonreía y asentía para que no se diera cuenta que mi concentración estaba en otro lado. Me centré en su voz para intentar sacar de su información la distracción.

— Ella solía consultarlo a menudo y sé que lo guardó aquí, pero no puedo dar con él. — suspiró — Jamás lo he podido encontrar como si tuviera una especie de...

— Espera — le interrumpí — ¿ella lo guardó aquí? Quiero decir, ¿por qué no llevarlo encima? ¿Por qué esconderlo?

— Supongo que Lior le hizo sentir miedo y quiso protegerlo.

— Claro — le di la razón.

¡Y una mierda! Había demasiadas cosas que no cuadraban en esa teoría. Número uno ¿por qué se desprendería la bruja del libro? Si es tu bien máspreciado, debería ir con aquello que aún tiene más valor que él, tu vida. Luego, según la teoría de Tristán, si tan aterrada estaba y tanto la odiaban, ¿cómo había entrado en palacio? Y según la de Lior, si Tristán y ella estaban aliados, ¿por qué no dejarle el libro a él? Esto no olía, ¡¡atufaba!! Mi

balanza esta vez no se movía hacia ningún lado ya que desconfiaba de ambos.

— Bueno y, ¿notas algo? — preguntó buscando mi mirada.

— ¿Qué se supone que debería de sentir?

— Esperaba que tú me lo dijeras. — indicó con la mirada.

— Claro, yo la bruja. Disculpa, aún no me hago a la idea — fingí aflicción.

Este hombre estaba majareta, ¿qué esperaba, que el libro por arte de magia me dijera dónde estaba? Bueno, le seguiría el rollo hasta que mi mente diera con la distracción. Me moví por las estanterías rozando con la palma de mi mano los lomos de los ejemplares, haciendo el paripé que él esperaba. Mientras aprovechaba para leer los títulos en busca del libro que realmente buscaba y por el que había vuelto a aquel lugar de dementes.

Entonces algo llamó mi atención, entre todos los libros había uno que sin duda destacaba.

¿El motivo? Me estaba llamando.

No era una voz ni un susurro o una melodía, no emitía sonido alguno y eso era lo raro. Simplemente notaba como si un imán invisible me acercara a él, cómo si mis manos anhelaran su tacto. ¿Cómo es posible anhelar algo que jamás has tenido?

Lo más probable era que el golpe en la cabeza y el cansancio acumulado me estuviesen jugando una mala pasada, o que tanto inhalar partículas de veneno hubiera afectado a mi organismo, volviéndome más loca que una regadera. Fuera como fuera, ya tendría tiempo luego de evaluar mis daños cerebrales, ahora a por el libro.

Seguí esa unión invisible que sentía. A medida que me iba acercando, el sentimiento era mayor, hasta que llegó a su culmen. Había una estantería casi oculta y poco iluminada. A pesar del gran número de libros que había, sabía exactamente cuál era.

Su lomo era grueso y de un tono rojizo algo deteriorado. Lo tomé entre mis manos y al hacerlo una especie de descarga recorrió mi cuerpo por completo. Lo giré y me quedé contemplando su cubierta y en ella, sobre todo su título: Manual para bujas.

— A pesar de lo cegada que parecías estar, por fin entiendes lo que yo siempre supe — la voz de Tristán me sobrecogió por encima del hombro. — Ahora dámelo — sonrió.

Estaban pasando muchas cosas que realmente me anunciaban que estaba volviéndome loca, pero dicen que los locos no saben que lo están y por ende estoy cuerda, ¿no? Bueno, más tarde analizaría mi propia reflexión.

Un libro me había llamado literalmente. Pese a su sonrisa, sus ojos iluminados por un deseo oscuro mostraban sus verdaderos sentimientos. Loca o no, no pensaba darle el maldito libro.

Había llegado hora de la distracción.

Capítulo 24

— Lyss, el libro — insistió.

— Sí, perdona. — respondí mientras comenzaba a girarme.

Un escalofrío me tomó por sorpresa. El frío acero que había escondido bajo mi corsé se había pegado a mi piel. ¡El cuchillo! Se me había olvidado por completo de su existencia.

Llevé la mano a mi corsé y lo saqué tensando el brazo en la dirección de Tristán mientras apretaba el libro contra mi pecho.

— Por favor, ¿en serio? — bufó. — ¿No has aprendido nada?

— Yo diría que sí. He aprendido algunas cosas.

— Me temo que no las suficientes — rio — ¿Acaso no sabes que un maldito no puede morir de ese modo?

— ¿Te refieres al cuchillo? — me hice la sorprendida — ¡Oh, no, querido Tristán, no es para ti! ¿Sabes?, una vez leí un libro apasionante en el que la protagonista descubría lo que el enemigo realmente deseaba. Él, igual que tú, creedor de ser el ombligo del mundo y dar por hecho la estupidez del resto, la subestimó. Lo mismo que has hecho tú conmigo. — lo moví y lo apreté contra mi cuello — ¿Cómo era? — me burlé — ¡Ah, sí! Que no aprendía, ¿está así mejor o quieres que siga aprendiendo?

— No te vas a matar por un libro.

— Sé que suena descabellado, pero cuando no tienes más opciones — le respondí con sus propias palabras.

— ¡Vamos, baja eso! — intentó acercarse a mí y reculé.

— Si presiono en este preciso punto, no habrá sutura o cura que sea capaz de sanar esto. En cuestión de minutos, mi cuerpo habrá vertido su última gota de sangre en tu preciada alfombra, dando al traste con tus psicópatas planes. — clavé mis ojos de loca sobre los suyos — ¿vas a tomarme en serio ya o aprieto más?

El filo me hizo un pequeño corte y noté la calidez de la sangre emanar de él y rodar por mi cuello.

— ¡Está bien! — elevó las manos a modo de súplica — Sal por la puerta, no te seguiré. — se apartó dejándome camino.

— Ya, claro, sigues subestimándome. No será por ahí por donde salga, para que tus preciados pueblerinos me den una calurosa bienvenida.

— Es la única salida — respondió confuso.

— De momento — respondí segura de mí misma — Toma la silla y rompe el maldito cristal.

Inmóvil, me miró como si no hubiera comprendido mis palabras.

— Que rompas el maldito cristal — repetí con un nuevo apretón del cuchillo.

Tomó la silla entre sus manos con mala gana y tras mirarme con la mandíbula tensa y los ojos inyectados en cólera, golpeó el cristal. Los fragmentos salieron volando por todos lados como si se tratara de una lluvia.

— Aparta — ordené.

Este accedió y se hizo a un lado. Estaba disfrutando enormemente truncando sus

perfectos planes en los que subestimarme había sido su mayor error.

Caminé de espaldas hasta que mis piernas tocaron con la pared. Primero saqué una pierna, ahora tocaba un pequeño salto.

— ¿Sabes? — su voz me hizo detenerme un segundo — Debo darte la enhorabuena, habías conseguido engañarme con tu papel de mosquita muerta. — su tono de voz era diferente al igual que su manera de expresarse, parecía otra persona. — Creo que, incluso habiendo dañado mi ego, soy capaz de darte otra oportunidad. Solo debes bajar de ahí y venir conmigo. — estiró su mano.

— Otra oportunidad para que me mates, quieres decir, ¿no? — arqueé las cejas. — No, gracias.

— Lo he intentado, darte la elección de hacerlo más fácil y sin apenas sufrimiento. — suspiró — Me temo que ahora eso se ha terminado. Te daré caza día y noche sin descanso hasta dar contigo y cuando llegue el momento de darte muerte, disfrutaré con ello. — sonrió.

Por primera vez lograba ver al verdadero Tristán. Ya no parecía estar oculto tras una máscara en la que ocultaba su verdadero ser y emociones. Ahora veía al ser malvado y sádico que ocultaba bajo ese halo de perfección y pulcritud.

— De actor a actor, has interpretado un papel que ni tú te creías. Pero enhorabuena —amplió más su asquerosa sonrisa — en cuanto a darme caza, ten cuidado. Siempre me he movido en el rol de cazador, por lo que la presa podrías resultar siendo tú. — su sonrisa se esfumó a la vez que yo saltaba por la ventana.

Capítulo 25

Mi cuerpo dio de bruces contra la hierba. Me había golpeado con fuerza, pero por suerte había rodado evitando que la caída fuese peor de lo que había sido. No tenía mucho tiempo, ya que ese imbécil sumado al estruendo del cristal, pondrían en alerta al reino entero.

Corrí con rapidez hacia las raíces de las que había salido huyendo y a las que ahora me moría por entrar. Que ironía la vida.

Escuchaba las voces a mi espalda mientras aceleraba el paso. Apreté el libro contra mí y las atravesé al fin. Un sentimiento inmenso de tranquilidad inundó mi pecho haciendo que volviera a respirar o más bien que intentara recuperar la respiración.

Abrí los ojos, que había cerrado momentáneamente, y ahí, a unos pasos de mí, se encontraba Lior. ¡Mierda se me había olvidado por completo ese detalle! Sus fosas nasales se hinchaban junto a su respiración acelerada, no hacía falta ser un genio para saber que estaba de mal humor, de muy mal humor para ser exactos.

— Supéralo y sigamos — me adelanté a que él hablara.

Quise esquivarlo, pero me tomó por el brazo deteniéndome. Aunque estaba furioso, su agarre era sorprendentemente delicado y dubitativo. Esto me resultaba raro, no era la primera vez que me agarraban, tomaban o intentaban detener y ninguna de esas veces anteriores había sido como esta. ¿Por qué?

— Te has jugado la vida — mantenía la mirada fija al frente como si no quisiera mirarme — con las consecuencias que eso acarrea.

— Era la única salida que me has dado. Te has negado a ayudarme hasta que tuviésemos ese dichoso libro por lo que, si hay alguien responsable en todo esto, eres tú, ¿qué querías que hiciera?

— Pues, por ejemplo, no arriesgar todo. ¿Sabes lo que hubiera pasado si no hubieras logrado escapar? — su mirada se dirigió por primera vez hacia mí.

Estaba rabioso, pero también veía dolor, uno que no comprendía.

— Siempre logro escapar — gruñí.

— Habrá una vez que no lo lograrás, una que te costará todo y en la que perderás todo.

Aquellas palabras me estaban enfureciendo. No permitiría que dudase de mis capacidades. Era la mujer más fuerte y fría de este maldito mundo, no existía nada ni nadie capaz de pararme. Intenté soltarme, pero su agarre me lo impidió.

— Y todo ¿por nada? Eres engreída, egocéntrica y creí que algo brillante, pero me equivoqué.

— Para empezar, sí y sí. Luego, a tu vulgar intento de soltar tu frustración sobre mí, sigue intentándolo y, por último, ¿para nada? — saqué el libro de debajo del corsé — Yo no diría que ha sido para nada.

Su agarre cesó junto con la expresión de asombro e incredulidad que se le dibujó en la cara. Miró el libro y luego a mí, pude percibir las ganas que tenía de hablar, pero estaba demasiado cansada incluso como para jactarme viendo cómo se comía sus propias palabras.

— Si me disculpas — estampé el libro contra su pecho — voy a descansar y a observar la herida que me ha hecho tu hermano en la cabeza para descartar que se me salgan los sesos, ya que además de compartir el arte de no saberos callar, os ha dado fijación por mi cráneo. — bramé.

Sin mirar atrás, comencé a andar. Ni siquiera sabía a donde iba, aunque tampoco tenía muchos lugares, cerca de una roca o cerca de un árbol, en fin, solo quería estar sola.

Me senté directamente sobre el suelo, dejándome caer. Estaba realmente agotada y ahora que había pasado el momento de tensión, ese en el que literalmente luchaba por mi vida, siempre llegaba la relajación del cuerpo y por ende el cansancio y la percepción del dolor. Me llevé la mano a la cabeza. Los pelos que alguna vez habían estado sujetos en una trenza, ahora estaban alborotados y salvajes por toda mi cara. Palpé el golpe, no parecía gran cosa, puede que un chichón, pero nada más. Respiré profundamente inundando mis pulmones con aquel aire. Pese a que era un sitio relativamente cerrado, olía a las mil maravillas. Una mezcla de flores, hierba húmeda y algo que no conseguía diferenciar muy bien, pero que había olido antes. De un momento a otro ese olor parecía incrementarse, entonces sentí su presencia y supe de dónde recordaba ese aroma.

— ¿Te duele? — la voz de Lior parecía más relajada que otras veces.

— Sí, ¿acaso te importa? — le miré de soslayo cabreada.

— Me pides que sea algo menos borde, pero tú no lo eres — se quejó.

— Esa petición fue antes de que saliera ahí fuera a por tu maldito libro, para tu maldito plan y que después me... — llevé la mano a mi barbilla a modo de burla como si pensase — ¡Ah sí! llamas de todo.

Un tenso silencio se instauró entre nosotros dos. Se notaba el ambiente tirante e incómodo. Escuché sus pasos aproximándose hasta que se arrodilló a mi lado.

— ¿Puedo mirar la herida? — su mirada parecía sincera.

— ¿Qué vas a ver, si la puedes hacer más grande? — me burlé.

— Desde luego eres incorregible, no me extraña que ni un tipo tan ruin como mi hermano haya podido soportarte.

La mandíbula se me desencajó, esto era demasiado. Me había jugado la vida por este maldito libro solo porque me ayudara a salir de aquel lugar. Ya no quería nada que proviniese de él. Me bebería el río o lo surcaría andando por el fondo, me daba igual, pero me marchaba.

Antes de que pudiera levantarme, me tomó nuevamente por el brazo. Mi mirada se paró en ese punto como si notara que la piel me abrasase, estaba cabreada y ahora lo que menos quería era su brazo en ese lugar.

— O retiras la mano o te la parto. — gruñí.

— Sabes que soy una sombra y no es posible, ¿verdad?

Elevé la mirada que notaba en ebullición hasta dar con la suya.

— Lo siento. — espera, ¿qué había dicho? — A ver, no lo siento por haberte llamado las cosas que te dije o porque te hayan abierto la cabeza y hasta estado a punto de morir.

— Ya...no sueles pedir perdón muchas veces, ¿verdad?

— No — respondió clavando su mirada sobre la mía — Ni siquiera recuerdo cuando lo hice por última vez y dudo que tú lo hayas hecho nunca o al menos de forma sincera — se quedó pensativo — Haría cualquier cosa por evitar que consiga lo que quiere. Bueno, el caso es que siento que te hayas visto en medio de todo esto.

Nuestras miradas seguían fijas la una en la otra. Era la primera vez que alguien me pedía perdón. Puede que yo no lo hubiera hecho nunca, pero nadie lo había intentado conmigo. Insultos, golpes, todo lo que habían hecho era de forma consciente y nunca se habían ni si quiera plateando pedir disculpas por sus actos a alguien como yo. Un ser despreciable y diferente como yo no merecía tal cosa antes sus ojos.

— ¿Puedo mirar la herida? — preguntó de nuevo.

Sin saber por qué asentí y el contacto que antes me abrasaba, ahora casi ni me molestaba.

Capítulo 26

Estuvo un rato examinándome, notaba sus manos sobre mi cabeza, apartando los cabellos de un lado para otro. Resultaba, ¿agradable? Anat, ¿estás bajando la guardia!

— Está bien, es suficiente — me comencé a retirar.

Su rostro mostraba contrariedad, como si no supiese qué me pasaba, y era mejor así. Ser un enigma e impredecible, tanto que nadie conociera mi mente o mis pensamientos.

— No parece nada relevante ni incompatible con la vida. Quizá pierdas unas neuronas, pero en tu caso algo imperceptible.

— Estoy tan cansada que voy a pasar por alto tu pésimo sentido del humor, del que alardeas, pero sin duda careces. — suspiré ya que estaba completamente agotada — Antes de continuar con nuestro trato, vamos a hablar y me vas a decir de una maldita vez la verdad o no habrá pacto.

— ¿La verdad? Ya te la he contado, ¿acaso el golpe ha empezado ya a matar tus neuronas? — frunció el ceño.

— Sigue haciéndote el estúpido cosa que se te da realmente bien, mientras yo buscaré la manera de largarme — me puse en pie.

— Espera — suplicó.

Noté una calidez en el brazo y bajé la mirada hasta ese punto. Su mano me agarraba de nuevo, esta vez suavemente por la muñeca, y al darse cuenta de su gesto, que parecía propiciado por un impulso, se apresuró a soltarme.

— De verdad no sé a qué te refieres, hay algo que te haya dicho mi hermano ahí dentro que te haya hecho dudar o ¿qué ocurre? — parecía confuso.

— A ver — me senté de nuevo ya que estar de pie me mataba en estos momentos — Mira o los dos mentís o uno ni siquiera sabe la verdad.

— No entiendo a qué te refieres — expresó.

— Verás, el psicópata, porque déjame decirte que cuando repartieron los cerebros él se quedó con uno estropeado — indiqué — bueno, él me llevó a la biblioteca.

— Espera — me interrumpió — ¿Me estás diciendo que no solo no estuviste encerrada o atada, sino que mi hermano te llevó ante el objeto que sabía, podías robar?

— A ver, atada estuve, pero por poco tiempo. — elevé la barbilla victoriosa — déjame decirte que, entre tu hermano y tú, él es mucho más crédulo ante el triste y sofocante llanto de una dama. — fingí una cara de aflicción.

— Puede que se dejara guiar más por los deseos más oscuros de su cerebro. Por otro lado, nadie — me miró de arriba abajo — se creería que eres una dama, he visto yeguas más elegantes y con más gracia que tú.

Sabía que lo hacía de manera consciente para provocarme, pero es que quería darle un golpe que le borrara esos aires de superioridad.

— Y te burlas de mí, tú, ¿verdad? — reí — Aunque él sea idiota, al menos sabe lo que es el deseo y la atracción, ¿tú? Claro que no, dudo de que en algún momento una mujer se haya acercado a ti con otra intención diferente a partirte la cara. — le miré con desdén.

No solo no parecía molesto, sino que se inclinó para susurrarme algo.

— Las mujeres se vuelven locas por mí, cuando están cerca son incapaces de

permanecer quietas sin lanzarse sobre mis brazos, suplicándome que las quiera — la piel se me erizó al notar su cálido aliento en mi cuello — Implorarás al cielo, cuando sea demasiado tarde y hayas caído a mis pies, mujer.

— Ya...— tomé mi espacio retirándome — Creo que fantasear está muy bien y cómo no duermes, tu propia realidad se ha convertido en un enorme sueño, pero créeme, debes tener cuidado o te darás de bruces contra el suelo. — le miré clavando mis ojos en los suyos — Por no hablar del supuesto deseo que reflejas a mí persona, cuando está claro que eres tú el que está loco por mis huesos — sonreí.

Su sonrisa se había borrado y nos contemplábamos el uno al otro. Acabamos de tener una conversación en la que el principal propósito de la misma, había sido determinar quién es más atractivo que el otro y quien caerá en las redes del contrario. Si creía que caería rendida a sus pies, le quedaba una maldición muuuuy pero que muy larga para esperar sentado. Puede que objetivamente pudiera admitir que no era tan desagradable de ver cómo me empeñaba en decirle, pero estaba loco si pensaba que podía seducirme. Si no estuviera tan ocupada con temas tales como: escapar de una isla maldita, no dejar que me mataran en un río o ignorar que un libro me había llamado, le daría una clase magistral para demostrarle quién tenía en control de la situación.

— Bueno, a lo que iba — continué — la cuestión es la siguiente. Según tu versión, esa mujer y tu hermano parecían tener algún tipo de pacto, ya que los viste trabajar y cooperar juntos. — le miré y asintió — Luego está la versión de tu hermano, en la que tú sospechaste de ella y la mataste sin más a sangre fría.

— Sí, estaba claro que mentiría, pero ¿a qué viene esto ahora? — se extrañó.

— Pues a que me llevó a la biblioteca porque él era incapaz de encontrar el libro. Por lo que me dio a entender, el libro tenía un conjuro o algo que le imposibilitaba verlo.

— ¿Por qué una bruja se desharía de su libro y por qué en palacio si estaba yo que era quien le odiaba?

— Eso mismo pregunté yo — indiqué — Si tu hermano y ella eran aliados, ¿por qué ella se tomaría la molestia de esconderlo de él?

— ¿Y si no trabajaran juntos? ¿Y si me equivoqué?

— ¿Que te equivocaste? — pregunté.

— A ver hay cosas evidentes en las que no puedo estar equivocado como en el hecho de verlos juntos conspirando un conjuro, pero ¿y si no era como parecía? ¿Y si ella no quería hacerlo?

— En eso mismo pensé yo — señalé — Solo que, seamos francos, por muy demente que esté tu hermano, si ella era una jodida bruja, no tenía absolutamente nada con lo que obligarla, ya que con un chasquido de sus brujiles dedos el querido Tristán habría desaparecido. — suspiré — no sé, algo se nos escapa y creo que lo tenemos delante de las narices y de verlo, podríamos solucionar todo, pero, ¿qué es?

— Créeme que si lo supiera no estaría aquí — sentenció.

— En eso estás equivocado, sí estarías aquí. Si sabes algo en este momento es por mí. Gracias a mi maravillosa persona. —me burlé poniéndome en pie.

— Espera — su voz sonó a mi espalda haciendo que me detuviera — ¿y cómo encontraste tú el libro?

¡Mierda!

— Pues verás — me comencé a girar — la verdad solo tuve que analizar por encima los lomos del resto y tomar en mis manos el que indicaba que era el manual.

— ¿Tan fácil? — arqueó las cejas.

— Tengo un poder de atención en los detalles mayor que el de cualquier persona, por lo que, aunque parezca normal, tú habrías tardado siglos en dar con él. — le miré de arriba abajo— Aunque claro, también podría haber usado mis encantos esos a los que dices resistirte, ya que no hay objeto ni ser viviente, que se resista a mi poder.

Puso los ojos en blanco y se puso en pie. Puede que pensara que fuera una engreída y de hecho lo era, pero en este caso mi numerito solo había estado orquestado para restar interés en su idea principal: cómo había hallado el libro.

No pensaba darle toda la información, ya que, de hacerlo, el plan se terminaría y se centraría en su estupidez de demostrar que era una bruja. Distracción igual a ignorancia. Muestra algo ante sus ojos, mientras en tu espalda guardas el puñal. Así se engaña a un hombre.

Capítulo 27

— Bueno, creo que me merezco empezar por mi parte después de que me he jugado la vida por la tuya y con ello demostrado el compromiso en nuestro pacto.

Esto tenía que colar. Solo necesitaba que me diera medios o ideas, ni siquiera necesitaba su ayuda después. Sabiendo qué materiales usar, no le necesitaría más.

— Creo que podría debatirte de mil maneras que no, pero esta vez puede que te lo hayas ganado. — puso los ojos en blanco.

— ¡Bien! — exclamé contenta, estaba más cerca de salir de allí — ¿Y por dónde empezamos?

— Por el río, acompáñame.

¿Por el río? Las piedras eran muy pesadas y no se podían usar ya que no flotaban, más bien te hundían. Luego el agua, ¿qué iba a hacer con el agua? Me estaba perdiendo por completo. No veía la relación entre ir al río y construir algo que me sacara de aquel lugar, pero bueno, era un sitio mágico y puede que se me pasara algo por alto.

Casi me lo llevo por delante cuando se paró en seco junto a la orilla. Se giró y se quedó mirándome como dando por supuesto qué entendía que demonios hacíamos allí.

— Y estamos aquí, por... —hice un gesto con la mano para que terminara la frase.

— El río. — indicó — Debes darte un baño.

— ¿Un baño? ¿Y eso en que va a ayudarme? — fruncí el ceño.

— A lo mejor a ti no mucho, aunque la higiene y las heridas no son buenas amigas; en cuanto a mí, no tendré que verte ni olerte más.

— Serás — me abalancé contra él, pero se apartó y me topé de bruces contra el suelo.

— Voy a estar por esa zona — señaló la parte derecha del bosque — cuando termines ven a verme.

Moví la cabeza para atrás para despejarme de los pelos que la cubrían. ¡Lo odiaba! Pero, aunque me costara reconocerlo y de hecho nunca lo diría en voz alta, llevaba razón, apestaba.

Me metí en el río quedándome en paños menores, no me arriesgaba a que ese tipo fuera un mirón o algo similar. El agua estaba cálida, no muy fría como había esperado. Sumergí la cabeza en ella y me relajé durante unos minutos. Cuando salí me di cuenta de los estropeada y sucia que estaba mi ropa.

La camisa que llevaba, antes una prenda delicada, ahora cubierta de gotas de sangre y con las mangas semi arrancadas. La sumergí en el agua y comencé a frotar para que al menos la suciedad saliera, ya que la tela no iba a volver a crecer.

Mientras se secaba, me senté y desenredé el cabello con mis dedos para después recogerlo en una gruesa y larga trenza de raíz, dejando varios cabellos sueltos. Tenía que arreglar esa camisa así que tiré de los restos que quedaban de lo que en su día fueron mangas para cortarlas por completo.

La idea no me entusiasmaba ya que solía llevar mi cuerpo cubierto lo máximo posible. No, no me avergonzaba de mi aspecto, más bien, trataba de tapar algo que no me gustaba tener a simple vista: las innumerables cicatrices que ese malnacido con el que me

había criado había marcado mi cuerpo. No era el único que me había herido dejándome marcas, pero sin duda, nada de lo que había vivido después se comparaba a ello.

No es que me doliese verlas o que el hacerlo me hiciese recordar la pesadilla que era mi vida, ya que jamás olvidaría aquello ni en lo que me había convertido. Más que dolor, sentía orgullo por mi valor y me enorgullecería de lo fuerte y tenaz que había sido a pesar de las veces que la vida había intentado acabar conmigo.

— Te escuché y como tardabas tanto... — las palabras de Lior se detuvieron.

Su voz se frenó cuando sus ojos se postraron sobre las marcas. Este era el motivo exacto de no querer llevarlas al descubierto. La gente solía mirarlas con repulsión o desagradado y era lo que me esperaba, pero ¿por qué no me miraba así? Su mirada estaba cargada de un sentimiento que no había visto antes.

— Claro, tardaba. Mejor admite que te morías de ganas por pillarme desnuda — ironicé. — Deja de mirarme — le ordené incómoda.

— ¡Vaya! — exclamó tenso en referencia a mis cicatrices. — Siento...

— Que lo sientes? No. Te quito ese poder. Soy una sanguinaria y descorazonada mujer que mata sin remordimientos, así que, como ya te he dicho, te prohíbo que sientas lástima por mí.

— ¿En serio? Cualquier ser, por despreciable que sea, tiene el derecho a saber que lo que hicieron con él no fue lo correcto.

— Me da igual tu opinión — me apresuré a decir.

— Está bien, ¿hay algún momento en el que no estés a la defensiva? Ni siquiera cuando albergo hacia ti sentimientos buenos... — parecía molesto e intentando defenderse.

— Nadie te ha pedido que los sientas, de hecho, te lo he prohibido. — me encaré.

— Ni tú ni nadie puede prohibirme nada, mujer — sonrió.

— ¡Santo cielo! — me llevé las manos a la cabeza nerviosa, — ¿Quieres dejar de llamarme mujer? Yo no puedo llamarte ser, pero tú a mí sí mujer, ¿no? — bufé.

— Dejaré de llamarte mujer cuando me digas por qué rayos no puedo sentir empatía y dolor por ver cómo te trataron. — se cruzó de brazos.

— Espera sentado — respondí.

— Esperaremos, porque no pienso moverme hasta que me respondas, mujer.

La última palabra me sacó completamente de mis casillas. Atisbé una ligera sonrisa en sus labios y no pude contenerme más para hacer y decir algo que antes de soltar, ya sabía que me arrepentiría.

— ¿Quieres saber por qué no quiero despertar pena en ti? Porque no creo que merezca ni uno solo de los sentimientos que despierte en otros. Puede que pienses que es porque me infravaloro y soy noble, pues no, no lo es. Sé perfectamente cuán alta es mi valía. Si no quiero despertar nada en nadie es porque me aterra despertar algo diferente a la ira o el miedo. Hay sentimientos muchísimo más dañinos que esos.

Mi respiración estaba acelerada. Mi pecho subía y bajaba con rapidez ya que había soltado todo aquello de carrerilla de lo que sí, tal y como ya sabía, me arrepentía. No me gustaba que nadie viera más allá de mi careta, de mi fachada de sarcasmo y rabia, y este ser, llamado Lior, no sé cómo, lo hacía con frecuencia, despertando en mí la más cruda de las rabias.

Su rostro ya no tenía una expresión de sarcasmo propia de él o afligida como cuando había visto las cicatrices. Me miraba como quien se ve en un espejo y siente como propio su dolor. Conozco demasiado bien esa mirada como para no saber distinguirla y

conocer su significado.

— Y ahora, vamos — indiqué.

— Hecho mu...Anat — se apresuró a corregir.

Capítulo 28

Caminamos unos segundos por la extensión. Yo iba en cabeza y ni siquiera sabía hacia donde iba, solo quería seguir caminando hasta que la rabia y la vergüenza se esfumaran. Lior aceleró el paso y se interpuso en mi camino.

— Si seguimos dando vueltas haremos un surco en el suelo, ¿lo sabías? — arqueó las cejas — A no ser que ese sea tu plan, hacer un surco enorme y escapar bajo tierra, no te lo recomiendo. La falta de luz, el trabajo que eso te llevaría y, por supuesto, el hecho de que ahí abajo no hay oxígeno, y si no hay...

— ¡Basta! — exclamé furiosa — No quiero esto ni lo que acaba de pasar, quiero que sigamos callados con el pensamiento de matar al otro. No vamos a ser amigos ni tenemos que llevarnos bien.

— No pretendo ser tu amigo y desde luego no me caes bien — rio — soy cordial para trabajar con un fin común. Si te sientes vulnerable por haber admitido en voz alta uno de tus miedos, supéralo. Es decir, soy un hombre maldito, en medio de una isla maldita de la que no puede salir, ¿qué se supone que voy a hacer contra ti con esa información?

— Yo no he dicho miedo — me crucé de brazos — y por más que quieras no eres oponente para mí. — elevé la barbilla con orgullo.

— Eres insufrible — sentenció llevándose las manos a la cara — Mira, para que dejes estar esto y continuemos como personas anormales que somos, te voy a dar algo con lo que tenerme en la misma situación. — hizo una pausa en la que de soslayo le miraba y se notaba que estaba preocupado.

— No hace falta que me lo digas, te aterra que tu hermano gane — puse los ojos en blanco.

— Sigues yendo de lista y creyendo que sabes más de lo que realmente es. — suspiró — odiaría la idea de que mi hermano se saliese con la suya sobre todas las cosas, pero después de todo el tiempo que he estado aquí dentro, he conocido algo que de verdad me aterra. — nuestras miradas se cruzaron — la soledad.

— ¿En serio? — bufé — me parece una bobada.

— No entiendes nada, mujer.

— Y tú sí, ¿ser? — me burlé del mismo modo que él había hecho

— No sabes lo horrible que es que todo el mundo te mire con cara de pánico o de miedo. Puede que no sea capaz de salir de este lugar, pero no me hace falta hacerlo para ver como miran hacia aquí y los murmullos que tienen.

— No me digas... — me crucé de brazos.

— ¿Te burlas? — parecía sorprendentemente dolido y no fingiendo estarlo — Tú eliges estar sola y eso es una decisión, yo tengo una soledad que no he escogido. No te imaginas lo duro que es eso.

— ¿Que no me imagino lo duro que es eso? ¿Soledad elegida? — moví la cabeza de forma afirmativa — Me tachas de ignorante siendo el mayor de ellos. — quiso hablar, pero se lo impedí sin dejarle tiempo — La gente no se me acerca, porque ven en mi persona un estereotipo de algo que han estigmatizado hasta tal punto que les produzco repulsión. Solo se acercan para dos cosas: hombres con la entrepierna más caliente que cuerda sus

ideas y aquellos que lo hacen para soltarme una amenaza velada para que abandone su reino. Así que la próxima vez que creas que mi maldita soledad es escogida cierra la boca, porque sé exactamente cómo te sientes.

Nuevamente, como cada vez que la rabia se apoderaba de mí y tomaba el poder sobre mis palabras, estaba acelerada. Nuestras miradas se habían clavado la una en la otra, y aunque ya lo habían hecho, esta vez era completamente diferente. No había rabia, ironía o cualquier sentimiento despectivo, sino que parecíamos mirarnos como si por primera vez nos comprendiéramos.

¿Era eso posible que yo me comprendiera con otro ser humano? No, Anat, deja de imaginar cosas y céntrate en salir de aquí ya. Me obligué a apartar la mirada, cosa que me costó y no logré entender por qué. Sus dos ojos enormes del tono más verde que había visto nunca eran penetrantes, incluso absorbentes, pero nada más.

— Dime cuál es tu plan para salir de aquí — interrumpí aquel momento.

— Sí — agitó la cabeza como si le costase volver a otro tema — La respuesta la has tenido siempre ante tus ojos. — hizo un gesto señalando el suelo.

— ¿Tierra? ¿Lombrices? ¿Lombrices terrestres? — me burlé.

Puso los ojos en blanco y juraría que había visto el inicio de una sonrisa curvando la comisura derecha de su boca. Se agachó y tomó entre sus manos un pedazo de corteza.

— Corteza. Vamos, la corteza flota y mucha de ella unida, ¡zas! Modo de salir. El único inconveniente es que solo podemos coger aquella que los árboles van soltando.

— Sí, por eso de tu unión con este lugar y bla bla bla — me apresuré a decir — Solo un inconveniente, ¿de verdad? Vale, vamos a contar con que cogiendo los trocitos — cogí un pedazo del suelo para ser más explícita — minúsculos del suelo, cosa que nos llevará... — arrojé la corteza — mira ni sé cuánto tardaremos en esta locura, pero suponiendo que los reunamos, cómo los pegamos, ¿con saliva?

— Tienes una visión muy negativa, ¿lo sabías? — me miró con burla — Aquí también hay lianas y savia, es laborioso, pero es posible. A no ser que tengas una idea mejor. Claro está — se rascó la cabeza desordenándose el pelo — que, si no estás segura, podemos empezar con mi parte del plan.

— Te crees muy listo, ¿no es verdad? Piensas que, dándome esta mierda de solución, abandonaré y nos centraremos en tu parte del trato. Mira, no te lo has creído ni tú. Comienza a coger corteza hasta que se haga de noche o de día, porque sinceramente no sé qué es aquí dentro. En un rato tendremos la suficiente para pegarla, ya sea con saliva, savia o malditas lombrices. — sentenció.

Ahí estaba de nuevo su media comisura elevándose y él luchando por ocultarlo. Él intentaba fingir que no se divertía conmigo, aunque para ser franco, nunca antes lo había hecho. Mientras, yo intentaba pasar por alto que su sonrisa, o más bien el intento de una, me estaba empezando a resultar más agradable que vomitiva.

Capítulo 29

No sé cuántas horas estuvimos recogiendo la dichosa corteza. Los fragmentos eran costosos de encontrar entre las hierbas debido a la oscuridad y el pequeño tamaño de alguno. ¡Arrrgg! Si tan solo me dejara arrancar un maldito árbol hoy mismo estaría fuera de este sitio, pero no, tenía que estar unido al bosque. Tan unido como mis ganas de matarle. Entonces, ¿por qué no lo hacía? Es decir, qué me frenaba para tomar el árbol y largarme, ¿su muerte? Había matado a más personas de las que ahora mismo era capaz de recordar, seguramente por el cansancio, pero la cuestión no era esa, sino ¿por qué no le estaba matando a él? Hace unos días no habría dudado y me lo hubiera llevado por delante, ¿qué era diferente ahora?

— ¿Sabes que cuando estás callada se te pone cara de estar pensando en un elaborado plan para aniquilar el planeta? — su voz me sacó de mis pensamientos.

Estaba agachada con una mano llena de corteza y con la otra rebuscando más. Él estaba a unos pasos a la derecha en la misma posición.

— Qué rabia que solo el estar callada te dé esa imagen de mí cuando, para ser sinceros, siempre lo estoy elaborando — sonreí de forma sarcástica.

— Creo que estás a un chiste malo más de que te hagan bufón — imitó mi sonrisa.

— Ja ja

— Bueno, por hoy es mejor que lo dejemos. Vamos a acumular los trozos y a descansar. — se puso en pie.

— No.

— No, ¿qué? — arrugó la frente mirándome.

— Que no voy a parar por hoy. Aún no tengo suficientes cosas de estas y no estoy cansada. Y te recuerdo que tú no necesitas dormir, así que, si has terminado con tus tonterías, deja de distraerme y a seguir.

Elevó las manos en un gesto de acuerdo y continuamos. Le había mentido en algo, estaba terriblemente agotada. Seguí varias horas o podrían haber sido años, el tiempo allí era incalculable y mi cansancio me hacía creer que llevaba más de lo que en realidad era. Me recosté un poco sobre unas plantas para descansar algo el cuerpo.

Me estaba costando abrir los ojos o más bien mantenerlos abiertos. Estaba cansada sí, pero nunca me había pasado. Ayudaba mucho temer por tu vida las veinticuatro horas del día para que tu cerebro y cuerpo siempre estuvieran en alerta, ¿qué me ocurría entonces?

— ¡Mierda! — masculló Lior acercándose.

— ¿Qué me has hecho? — inquirí — ¿Me has drogado?

— Yo no — se puso delante de mí y me costaba mirarle a la cara, la imagen se me emborronaba — pero las flores sobre las que te has recostado y de las que estás cubierta, sí.

— ¡Malditas flores y maldito tú! — exclamé con dificultad.

— Venga, tenemos que sacarte de aquí o la dosis puede ser muy grande y morirás. — intentó tomarme de la mano.

Me puse en pie para evitarlo, pero todo comenzó a girar demasiado rápido. Estaba perdiendo el equilibrio cuando noté que había colado una de sus manos por debajo de mis piernas y la otra por detrás de mi cuello.

— ¿Qué te has creído? Déjame no pienso dejar que me toques — forcejé.

Tenía la mente nublada como si todo a mi alrededor fuese más lento de lo normal, la vista no era capaz de centrarse en un solo punto y el corazón me latía desbocado amenazando con agujerearme el pecho y salir volando de él.

Había matado a varias personas. ¿Por qué me pasaba esto a mí? ¿Era un castigo? ¿Y si no habían sido las plantas y era él y su único objetivo había sido matarme de ese modo y el resto hubiera sido una mentira?

Empecé a perder el control, estaba rabiosa y por primera vez no era capaz de defenderme o no como me gustaría. Forcejeaba dándole patadas, puñetazos y todo aquello con lo que consiguiera hacerle daño mientras me mantenía en brazos.

— ¡Para! — ordenó.

La voz me tomó por sorpresa haciendo que me sobrecogiera. Conseguí centrar por primera vez la vista y fue sobre sus verdes y enormes ojos.

— Necesito que pares porque si no, no puedo sacarte de aquí y morirás. — hizo una pausa con un suspiro como si estuviese pensando como decir lo siguiente — Anat, estás a salvo, no voy a hacerte daño.

No sé si fue el efecto de esas malditas flores o de los dos golpes que llevaba en la cabeza, solo sé que le creí.

Asentí y me agarré con las fuerzas que tenía a su cuello mientras nos llevaba a otro lugar.

Su torso era firme y emanaba bastante calor, que traspasaba su camisa e inundaba mi piel. Sus manos, algo ásperas, y su aliento cálido caían sobre mí. Apoyé la cabeza en su cuello y su aroma me envolvió por completo, ¿por qué olía tan bien?

— Aquí estarás bien — dijo recostándose en un lugar bastante mullido — dormirás unas horas y despertarás como nueva.

Moví la cabeza para intentar mirarle, pero ya no tenía fuerzas ni siquiera para abrir los ojos. Noté una caricia en mi rostro apartando uno de mis mechones y colocándolo tras mi oreja. Le hubiera cortado la mano si hubiera podido solo por el hecho de atreverse a tocarme, pero ahora solo podía seguir allí mientras él me creía dormida.

— Tenías razón en algo — su voz era un susurro de una conversación que mantenía consigo mismo — nunca había conocido antes una mujer como tú, Anat.

Algo dentro de mí se estremeció y por ello, me hubiera dado yo misma un puñetazo ¿Qué demonios me pasaba?

Sin fuerzas, con esa sensación que sus palabras habían causado en mí y ese olor tan suyo, ahora pegado a mi piel, que tardaría días en quitarme.

Tenía que tener una maldita conversación seria conmigo misma, pero debía esperar ya que la oscuridad me engulló.

Capítulo 30

Desperté, pero permanecí con los ojos cerrados. Tras aclarar mi mente unos segundos recordé todo lo que había ocurrido antes de que me desvaneciera.

No sabía a qué debía atenerme y dónde me encontraba. Lo que sí notaba era una presencia humana a pocos metros de mí. Notaba que se encontraba de pie y caminaba a un lado y a otro. Quizá fuera Lior o quizá no. Para ser sincera, mi desconfianza era la misma independientemente de quien se tratara.

Moví con sutileza mi mano por el lugar en el que me encontraba tumbada. Noté el frescor de la hierba, por lo que seguramente continuaba dentro del bosque. Seguí moviéndola con cautela y sigilo para intentar hallar algo con lo que defenderme. Justo cuando pensé que no había nada, topé con una superficie fría y rígida: una pequeña roca. Puede que no fuera mucho, pero contra una cabeza en el punto indicado...

La persona se aproximaba, lo notaba. Debía ser rápida, pero sobre todo tomarla por sorpresa. De cero a cien, abrí los ojos e incorporé mi torso, elevando mi mano con la que sostenía la roca para golpear con fuerza a mi posible adversario. Me quedé a escasos centímetros de abrirle la cabeza, porque algo me detuvo: su mirada. Ya veía a la persona que estaba junto a mí a escasos centímetros: Lior.

Estaba agachado y sus ojos estaban centrados en los míos con fuerza, pese a que la roca prácticamente le rozaba la sien, era cómo si le importase un reverendo bledo el objeto o mi amenaza.

— Eres rápida, pero bastante predecible — asintió — Noté a leguas que reaccionarías así.

— Si tan predecible soy, ¿por qué no te has quitado? — le reté creyéndome más lista que él.

— Sabía que pararías a tiempo. Pre – de – ci - ble. — dijo alargando y separando cada sílaba mientras una de sus comisuras se elevaba levemente.

Uf, qué ganas tenía de borrar ese inicio de sonrisa de un golpe seco con mi codo sobre su nariz.

— Predecible es lo que ocurrirá como se te ocurra volver a ponerme las manos encima. — desvió levemente la mirada — ¿Creías que no me acordaría de que me drogaste para aprovechar y manosearme? — gruñí.

— ¿¡Drogarte!?! — preguntó molesto — Más bien tú misma lo hiciste, yo solo... ¿cómo era? — emuló que pensaba — ¡Ah sí! Te salvé la maldita vida.

— Eso dices tú, yo no recuerdo verte muy disgustado cuando me cogías...

Se puso en pie, llevándose las manos a la cabeza, totalmente desesperado.

— ¡Santo cielo! Te salvé la vida, ¡supéralo! — bramó — y para tu información, hacía tiempo que algo no me resultaba tan desagradable como el hecho de tener que haberte tenido entre mis brazos. — clavó sus ojos en los míos con furia.

¿Desagradable? ¿Qué se había creído? Todos los absurdos pensamientos que me rondaron la cabeza anoche y que me atormentaron se habían esfumado. Ahora tenía claro que debían haber sido fruto del estado en el que me encontraba.

Dejando esto a un lado, ¡iba a matarlo!

Levanté un dedo de la mano que me quedaba libre, ya que con la otra seguía sujetando aquella condenada piedra.

— Viento leve, un peso — le miré de arriba abajo — estándar tirando a tirillas. Me apuesto lo que quieras a que, si te golpeo en este preciso punto de la cabeza, tu cuerpo se desplomará vertiendo tu sangre hasta esas plantas de allí — señalé sin mirarla ya que tenía la mirada fija en él.

— Sabes que no puedes matarme, ¿verdad? — frunció el ceño.

— Bueno, quizá no pueda, pero incluso maldito sigues siendo un humano formado por carne de la que ya he visto emanar sangre. Seguro que puedo conseguir que sangres de nuevo — sonreí.

Nuestras miradas se quedaron fija la una en la otra, como si de un duelo se tratase. No sabía qué pasaba por su mente, ni cómo reaccionaría a provocación, por lo tanto, sujetaba la piedra con fuerza por la diversidad de posibles desenlaces.

Un ruido me tomó por sorpresa. Su risa y no una sonrisa como había insinuado alguna vez, sino una risa sonora que desencadenó en carcajadas. Si la elevación de sus comisuras me parecía atractiva, esto que estaba contemplando ante mis ojos era de otro nivel. No era una sonrisa perfecta de un príncipe perfecto, pero es que él no era esa clase de hombre.

Sus cabellos eran oscuros y desordenados mostrando un toque salvaje. Su cuerpo en el que no había podido evitar fijarme, no era tan delicado como el de su hermano. Su corpulencia era mayor debido a sus visiblemente musculados brazos. Las manos eran algo callosas y no eran suaves, recordaba su tacto perfectamente. En cuanto a su mirada...ningún príncipe y, es más, ningún hombre con estima, miraría de ese modo. Perversa, penetrante e invasiva, así era. Era un canalla descarado y soez. Sin duda, ninguna dama en su sano juicio posaría sus ojos en él, para mi desgracia, yo no era una dama y ya lo había hecho.

¡Mierda! ¿qué me pasaba de nuevo? No, tenía que centrarme.

— Perdona, ¿te estás riendo de mí? Porque de no ser así no sé qué es lo que te resulta tan terriblemente gracioso...— le miré furiosa no sé si más por su risa o por mis pensamientos.

— Pues no de ti, sino de tu forma de ser. Nunca había conocido a nadie tan cabezota como tú — sonrió — ¿sabes que eres insufrible?

— Creo que no te escucho, tu ego y malhumor constante taponan mis sentidos — me burlé.

Comenzó a reír a carcajadas nuevamente, esto no podía continuar. Lancé la piedra a un lado con más furia que fuerza, para tener ambas manos libres para ahorcarlo con mis propias manos si era necesario.

Al incorporarme un mareo me sobrecogió haciendo que perdiera el equilibrio y amenazando con acabar de bruces contra el suelo.

Ni siquiera sentí el momento en el que se movió hacia mí. Cuando me percaté, fue al notar la calidez de su mano alrededor de mi cintura que me atraía contra él, apretándome contra su cuerpo para evitar que me cayera.

Estábamos realmente pegados, notaba su pecho hincharse y deshincharse contra el mío. La camisa se me había elevado levemente, por lo que su mano acariciaba directamente la piel de mi cintura. Un revoltijo de emociones extrañas, afloraban en mi interior con su contacto haciendo que me cabreara conmigo misma.

Elevé el rostro para proferirle alguna contestación soez y me percaté de lo juntos

que estábamos. Su rostro y el mío solo estaban distanciados por unos escasos centímetros. Su mirada se clavó en la mía haciendo que percibiera las pequeñas manchas algo más claras de su iris derecho. Fruto de las drogas o no, notaba como las piernas amenazaran con aflojarse y mi corazón tomara vida propia.

— Yo... — comenzó a decir en un tono cerca del susurro — no pretendía ofenderte — sus ojos se movieron por todo mi rostro como si lo estuviera analizando hasta acabar clavándose en los míos de nuevo — simplemente hacía mucho tiempo que no me reía así, o más bien que no me reía... — se le entrecortó la voz de forma nerviosa mientras se humedecía los labios — gracias.

Me quedé unos segundos en silencio, tenía tantas cosas que contestarle, pero esta vez en lugar de hacerlo, prefería observarle y analizarle.

Sudoración elevada, respiración agitada, calor excesivo emanando en los puntos en los que nuestros cuerpos se encontraban, se había humedecido los labios al mirarme y como pasar por altos, esas enormes y dilatadas pupilas que no se apartaban de mis ojos.

No hacía falta ser un genio para saber que se sentía atraído por lo que tenía ante sus ojos: yo. Sabía que, tarde o temprano, su fachada de hombre duro que fingía no derretirse por mis huesos se desvanecería para mostrar la verdad. Un hombre que me deseaba con locura y pasión y que no tardaría en lanzarse sobre mí haciendo inconscientemente de este modo que yo tomara el control de la situación.

— Deberíamos empezar con las pruebas del libro — dijo en un tono normal mientras tomaba distancia de mí.

Espera, ¿qué estaba pasando? No solo no se había lanzado sobre mí, sino que ahora su actitud era completamente distinta y distante. Ya no veía esas señales, sino que volvía a ser el hombre frío y serio de siempre.

Estaba completamente furiosa y lo peor es que no sabía por qué. ¿Era porque no me había salido con la mía? Sí, debía ser eso, pero entonces, ¿por qué me daba la sensación de que era por otro motivo?

Capítulo 31

Podría haberle preguntado muchas cosas que mi mente barajaba en aquel momento, pero esa no era Anat, no al menos la que había decidido ser desde hacía mucho. Tenía que seguir fría cual témpano de hielo y continuar analizando sus debilidades hasta marcharme de una vez por todas de aquel lugar.

— A ver, ¿qué se supone que debo hacer para ser una super bruja? — puse los brazos en jarras.

Su mirada divertida, me recorrió de arriba abajo.

— Echemos un vistazo al libro, superbruja — se rio

— ¿Sabes? Me gustabas más cuando no te reías y te dedicabas a soltar pestes por la boca.

— Para tu desgracia, ahora mismo veo poco probable esa versión de mí — suspiró — causas en mí algo diferente, mujer. — clavó su mirada en la mía.

Su mirada era menos dura y más cercana y eso volvió a provocar algo en mí que no me gustaba, bueno la sensación era agradable, pero a mí no me gustaba sentir cosas agradables, ¿vale?

— Se pronuncia Anat. — puse los ojos en blanco — y no hace falta que lo digas he visto cómo me miras, don no te encuentro atractiva.

— Bien — me ignoró, cosa que me cabreó, y tomó el libro abriéndolo — Veamos aquí indica los pasos que una joven bruja debe dar para desarrollar sus poderes. — apartó la mirada del libro para mirarme de nuevo — puede que ya no seas lo que se dice joven, pero quizá pueda pasar.

— Ja ja — me crucé de brazos — ¿cómo decías tú? ¡Ah, sí! Un chiste más y ya eres oficialmente bufón.

— Veo que no solo yo te vuelvo loca sino también mi intelecto hasta el punto de memorizar mis frases. — arqueó una ceja.

— Trae el libro aquí antes de que te haga comértelo de un golpe — gruñí arrebatándole el libro. — Veamos, blablablá — comencé a pasar páginas — Vale, aquí — indiqué abriéndolo por un lugar concreto — Pruebas que ayudan a una bruja a desarrollar sus poderes: Uno, sentir y ver lo invisible; dos, vuelo; tres, no saber nadar... — miré hacia abajo comprobando la extensa lista de puntos que había — Creo que el concepto de menos de un mes no lo tenemos igualmente calculado. — cerré el libro de un golpe — Es imposible que llevemos todo esto a cabo antes de que la luna vuelva y los pirados — señalé — intenten de algún modo sacarme de aquí.

— Comenzaremos por el final e iremos hacia atrás. — dijo sin pestañear.

— Perdona, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho o estamos haciendo algo raro de tus rollitos de lo cual no me entero? — apreté los ojos para adivinar.

— A pesar de lo terriblemente molesta que es tu voz — hice un gesto de indignación — he podido escucharte perfectamente, mujer.

— Ya está, entonces es un rollo raro, ¿verdad?

— Sí, el rollo de que, si tienes miedo por el tiempo, más vale que nos pongamos las pilas de una santa vez en lugar de perderlo en absurdecos. — parecía molesto.

— Para empezar, no he pasado por alto tu insulto y, querido —lo dije con sorna—, mi voz es la misma de los mismos ángeles — rio — y, por otra parte, si no hay tiempo, no hay tiempo, ¿no sabes matemáticas acaso?

— Por supuesto que las sé, mira — levantó ambas manos colocándolas ante mis ojos — si tenemos cero pruebas logradas, tenemos... — cerró ambos puños burlándose — ¡Por supuesto! Un total de cero formas de salir de aquí. Así que en marcha — ordenó.

Solté un bufido tanto por su manera de hablar como por su insufrible forma de ser. Era un ser cabezota y manipulador que no paraba hasta que todos hicieran cuanto él quería.

En otras circunstancias y, bueno, dejando a un lado el hecho de que odiaba a cuanto ser se pusiera en mi camino, podríamos habernos llevado bien.

Capítulo 32

Los días se me hicieron eternos. En unos hacíamos sus estúpidas pruebas, en las que, por suerte para mí y desgracia para él, había poco que demostrar; en otros seguíamos recogiendo corteza.

Parecíamos no avanzar en nada, la lista comenzaba a llegar a su fin sin haber dado nada que demostrara que era una bruja, cosa que como ya sabía yo de antemano ocurriría. En el tema de salir de allí, tampoco dábamos grandes avances. Aunque con pequeños trozos, daba la sensación de haber conseguido una cantidad considerable, no dábamos con la forma de unirlos. Seguimos sus indicaciones empezando con la savia y no resultó, probamos con miel de una colmena que encontramos en lo alto de un árbol y, salvo unas cuantas picaduras y un desayuno increíble, no conseguimos nada.

A medida que el tiempo iba pasando, también se iba restando del contador de días que quedaban para la próxima luna y por ende para mi asesinato a manos de esos idiotas, puede que estuviésemos en este lado y no pudieran pasar, pero era consciente de que algo tramaban.

El silencio no era siempre una buena señal y en este caso no haber recibido señales de ellos, no hacía más que me planteara lo retorcidos que serían los planes que habrían elaborado.

En cuanto a mí, el inicio no fue fácil, la desesperación se apoderaba de mí en muchos momentos luchando por no salir y mandarlo todo a la mierda. Sin embargo, a medida que iba pasando el tiempo, fue disminuyendo y no logro comprender muy bien el motivo. Lior seguía siendo Lior, nuestras tiranteces seguían estando, pero algo había cambiado.

Nos levantábamos y comíamos algo juntos o más bien yo comía y él me acompañaba (por cierto, me estaba acostumbrando a las dichas plantas y ya no me sabían tan mal) hasta que comenzábamos con la labor del día. ¿Qué había cambiado? Pues, que al igual que a las plantas, también me estaba acostumbrando a él.

Era la primera vez que pasaba tanto tiempo con alguien ya que, salvo el asqueroso panadero a quien veía simplemente algunas semanas, nunca había convivido con nadie más que mi persona. No tenía que preocuparme porque lo tenía todo bajo control, o más bien eso me repetía una y otra vez. Aunque fija en mi plan de irme, ahora me importaba menos permanecer allí algún tiempo más y, por si fuera poco, no me parecía tan descabellada la idea de ayudar a alguien.

Estaba realmente acojonada, era la primera vez que temía algo de este modo. Acostumbrada a lidiar con asesinos o peligros a diario, me enfrentaba a aquello que no podía controlar: yo misma.

— ¿Otra vez planeando un plan para acabar con el mundo? — la voz de Lior me sacó de mis pensamientos.

Estábamos sentados uno al lado del otro. Por si te lo estás preguntando, sí, también habíamos acortado las distancias o nos dábamos menos asco, no sé muy bien cuál de las dos. Sus ojos especialmente hoy estaban con un verde más intenso de lo normal, que de por sí ya era complicado.

— Dando las últimas pinceladas — respondí tragando el último bocado de plantas.

Me giré hacia él y vi como sus ojos se posaban de nuevo sobre mis cicatrices haciendo que sintiera como si las heridas se abrieran de nuevo. Después de verlas tan a menudo, pensaba que ya se había acostumbrado a ello o que al menos sería más discreto con su curiosidad, asco o lo que fuera de lo que se tratase.

— ¿Sufrió? — su mirada seguía clavada en mi piel.

— ¿Perdón? — pregunté desconcertada.

— Que si el malnacido que te hizo eso, recibió su merecido — elevó la mirada y la clavó en la mía.

Parecía enfadado, algo más diría yo, y no sabía a qué hacía alusión su mirada, ¿acaso le importaba yo?, ¿era eso posible o me lo estaba inventando? Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me obligué a responder.

— Murió echando espumarajos por la boca mientras su última visión era yo. — Recordé aquel preciso instante, en el que dejé de ser lo que un día fui, para convertirme en lo que ahora era. El dolor que había tenido que soportar hasta llegar a esto.

— Me alegro — su mandíbula se tensó haciendo que sus músculos se marcaran a su alrededor — levanta tengo que enseñarte algo.

— ¿Qué? — cada vez entendía menos — Hoy nos toca tu dichosa lista absurda, digo super útil — corregí ante su mirada asesina.

— Eso puede esperar, vamos, ven.

Se había levantado y extendía una mano en señal de ofrecimiento.

— ¿Eso puede esperar? — mi cara de espanto habló por sí sola — ¿acaso te has dado un golpe en la cabeza? — me levanté y me moví hacia él — ¿las raíces están pochas? — llevé la mano a la boca en señal de aflicción, fingida obviamente.

— Como esa boca tuya te meterá en más problemas de los que eres capaz de solucionar — miré hacia otro lado haciéndome la inocente a lo que él sonrió — te voy a enseñar a defenderte.

— ¿Quién dice que no sé? — puse los brazos en jarras indignada.

— No eres la única que observa, para tu información. — me quedé esperando una respuesta que él me dio — Vale, está claro que eres inteligente, demasiado a veces y si le dices a alguien que he dicho esto lo negaré — suspiró — se nota que esa es tu manera de mantenerte a salvo, pero a veces cuando el contrincante es fuerte, más fuerte que nosotros, tenemos que saber algo que nos ayude a detenerlo por si el resto falla. — se llevó la mano a la cabeza atusando su pelo hacia atrás.

— No creas que no sé defenderme, no es complicado. Puño - cara - sangre - pupa. — gesticulé.

— Muy lista, pero puño — cara no siempre funciona. Debes saber los puntos débiles a los que debes atacar. Garganta: un golpe seco en la misma, deja fuera de combate durante el tiempo necesario a nuestro adversario. Nariz: le das de pleno, se la partes, sangre y dolor de uff... — se estremeció como si lo hubiera sentido en sus propias carnes — Ojos: es complicado, pero si tienes la ocasión no la desaproveches, ¿qué más? — se puso a pensar — entrepierna: un golpe en la parte más débil de un hombre... — se tapó la boca — y si todo eso falla y sigues empeñada en puño — cara — pupa: mentón. Un golpe bien dirigido y tu oponente caerá rendido a tus pies.

No sé qué me había parecido gracioso, si su manera de expresarse, el imaginármelo recibiendo tales golpes o cómo gesticulaba solo sé que me hizo reír y aunque no fuera una

carcajada, hacía años que no lo hacía. Puede que a veces, mostrase una risa irónica o perversa, pero una sonrisa...ni siquiera recordaba cuando lo había hecho por última vez.

— ¿Es eso una sonrisa? — señaló mis labios mientras en los suyos se dibujaba otra.

— No seas idiota, un tic nervioso — me negué a aceptarlo. — Vamos eso de los puños, que me apetece borrarte esa sonrisa — indiqué para que comenzáramos y dejara de mirarme de ese modo.

— Está bien, venga comencemos por el que más te gusta el mentón — hizo señas de que empezase.

— No sabes la de tiempo que llevo queriendo golpearte...

Me moví para asestar el golpe, pero este lo esquivó. Perdí el equilibrio, pero antes de tocar el suelo él me había sujetado entre sus brazos. Su rostro quedó muy cerca del mío, tanto que era capaz de notar la calidez de su aliento en mi cuello.

— Pero primero debes acertar...— su voz se entrecortó al fijarse en mí que sin darme cuenta estaba sonriendo de nuevo — ese es un golpe del que no creo que pueda recuperarme. — se refirió a mi sonrisa.

No sé qué estaba pasando o más bien sí lo sabía, pero prefería pensar que no para no sentirme tan mal conmigo misma.

Me mantenía entre sus brazos mientras nuestras respiraciones parecían acompasarse en un ritmo no muy normal, más cercano a un trote que a un latir. Nuestros ojos clavados los unos en los otros, verde sobre verde y la piel de su brazo rozando la del mío. No sé en qué momento la distancia entre nuestros rostros comenzó a acortarse de este modo, ya casi no había espacio y nuestras narices se habían topado la una con la otra.

— Será mejor que te ayude a ponerte en pie — apartó de forma rápida la vista de mí y todo lo que en ese momento creí sentir, se esfumó.

Estaba rabiosa, nadie me había hecho lo que él me acababa de hacer. Me había tenido en sus brazos y había rechazado la oportunidad de besarme, ¡a mí! No, esto se lo haría pagar caro y mucho más a mí, me estaba volviendo necia y confiada.

Pero eso tendría que esperar, un silbido atravesó el aire. Fuera lo que fuera aquel ruido, se acercaba a gran velocidad.

Capítulo 33

— ¿Qué diantres? — preguntó extrañado, absorto por el ruido.

— ¡Una flecha!

— Pero no tiene lógica, ¿flechas?, Es absurdo, ¡te necesitan con vida! — exclamó.

— Hay muchas cosas en este lugar que no tienen lógica, ¿vas a extrañarte por una estupidez así ahora?

Vale, estaba cabreada. Yo solía jugar con la gente a mi antojo. Cuando los babosos pensaban que me tenían acorralada y accedería a sus más oscuros deseos, les seguía la corriente hasta acabar con ellos. Incluso cuando tenía que ganarme la confianza de duques u hombres de alta sociedad, era capaz de clavar mi papel de doncella enamorada hasta el tuétano hasta conseguir mi objetivo. Pero nadie, en todos mis años de vida, se había atrevido a hacerlo conmigo.

Los hombres morían por mis huesos a espaldas de las críticas del resto obviamente, pero eso no viene al caso. La cuestión era que podía percibir el deseo en los ojos de Lior, ya lo había hecho en más de una ocasión. Se dejaba llevar y llegado el momento, reculaba y se mostraba más frío que el témpano. Este juego no iba conmigo por varios motivos. Primero, yo no llevaba el control y odiaba no hacerlo, cada cosa tenía que estar bajo mis hilos para sentirme segura. Y segundo, puede que de un modo que no comprendiera, me estaba afectando de verdad.

— ¿Qué demonios te pasa ahora? — preguntó al percatarse de mi humor.

— Demonios: seres mentirosos, esquivos y evacuadores. No habría podido describirlo mejor. — me crucé de brazos.

— Mira, estás completamente loca y no sé qué mosca te ha picado ahora, pero debemos largarnos. — indicó.

Una de las flechas se coló entre los dos, dándose contra un árbol. A pesar de que era un arma, la punta estaba cubierta para no hacer daño en sí. Aunque me costase darle la razón, no tenía ningún sentido matarme, como bien había dicho Lior.

En la parte final del proyectil, iba una cuerda atada en forma de lazo que me llevaba a pensar el objetivo de tal acto. Al otro extremo otra cuerda de la cual tiraban de nuevo desde fuera para recuperar sus armas con su posible presa: yo.

— Pretenden capturarte con los lazos y tirar de ti para arrastrarme hacia el pueblo — señaló las flechas.

— Qué observador, ¿lo has averiguado tú solito?

— Pensaba que habíamos dejado este tipo de actitud a un lado y que ahora trabajábamos en equipo hacia un mismo objetivo, sin mentiras ni fisuras.

— ¿Estás seguro de que no hay fisuras y mucho menos mentiras?

La verdad, era una pésima idea mantener esta conversación en mitad de un ataque, pero oye, la rabia almacenada, explota siempre en el momento menos oportuno.

— Yo... — titubeó — ¿A qué te refieres?

Mirada esquivada, nerviosismo, sudoración en frente y demasiado movimiento de manos. Había venido a por tierra y había encontrado oro. Me estaba ocultando algo grande que, por supuesto, iba a averiguar.

Un sonido ensordecedor similar al que habíamos escuchado hacía unos segundos, pero de una mayor envergadura, empezó a sonar. O mis cálculos fallaban, cosa que pocas veces ocurría, o al menos una veintena de flechas se aproximaban. Mi investigación tenía que esperar.

— ¡Corre! — exclamó ante el ataque.

Ambos corrimos zigzagueando para que el atraparnos fuera más complicado. Aunque pensándolo bien, Lior no podía salir de allí, por lo que por mucho que le atraparan, ni siquiera con un regimiento entero del otro lado de la cuerda serían capaces de sacarlo.

El ataque no paraba ni nuestra carrera, pero me temo que nuestra energía sí se acababa. Me apoyé sobre un tronco a recuperar el aliento. Estaba exhausta, mientras mi acompañante parecía no parecía ni haberse inmutado.

— ¿Pero tú no te cansas o qué? — pregunté jadeando.

— No como tú; de hecho, no tiene nada que ver con la maldición, estás en pésima forma, si dejaras de usar menos ironías y entrenaras más...

— Mira — elevé el dedo de forma amenazante, pero algo me impidió continuar.

Una flecha cayó ante nosotros o más bien sobrevoló mi cabeza mientras la cuerda, atada a ella, se colaba alrededor de mi cuello.

— ¡Mierda! — exclamé.

La cuerda se tensó en un segundo y antes siquiera de poder quitármela, ya estaba siendo arrastrada por el suelo. Llevé las manos y las colé entre la cuerda y mi garganta para impedir que me asfixiara, cosa que cada vez era más probable.

No veía a Lior, pero escuchaba sus pasos acelerados y su respiración a mi alrededor. Los cortes en brazos y piernas me estaban matando. Cada raíz, roca o saliente, me rasgaba la piel como si de una fina tela se tratase.

Las manos se estaban comprimiendo contra mi cuello por el que cada vez pasaba menos aire y el camino hacia el reino se estaba acortando. Estaba bien jodida.

Un tirón secó y la tensión disminuyó, al igual que la fuerza de arrastre.

— ¿Estás bien? — Lior se lanzó junto a mí para quitarme con cuidado la cuerda de alrededor de la garganta.

— Me han arrastrado metros por un suelo lleno de rocas y salientes mientras me asfixiaban, ¿tú que crees? — ironicé levantando el tronco.

— Conservas tu insoportable sentido de la ironía, estás perfecta, aunque un poco hecha un desastre — se había puesto de pie y me ofrecía la mano.

Una persona normal, aceptaría la ayuda y se iría a limpiar sus heridas de guerra, pero por suerte o por desgracia, no tenía nada de normal y si no preguntaba, reventaría.

— ¿Qué ha pasado con la cuerda? — busqué la misma que estaba a unos metros.

— Conseguí cortarla con una piedra justo en el momento justo — señaló.

Clavé mi mirada en la suya seria, analizando. Notaba su tensión a la espera de una respuesta por mi parte.

— Son tremendamente afiladas, ¿no crees? — pregunté tomando su mano.

De un tirón me elevó con tal facilidad que su cuerpo chocó contra el mío. Momentos atrás, hubiera sentido nerviosismo debido a este insufrible hombre que causaba un efecto extraño en mí, pero ahora no.

— Curemos esas heridas — elevó una comisura.

Tú limpia la herida, querido Lior, mientras yo descubriré el motivo por el que de un momento a otro has pensado que me he vuelto estúpida o ciega. Por muy cansada que

estuviera, no había pasado por alto el corte de la cuerda, recto y efectivo. Había sido rápido y sin apenas esfuerzo, ¿qué clases de piedras utilizas tú, querido? Solo hay un objeto que yo conozca capaz de cortar de ese modo. Tendrás que hablarme de tu cuchillo y de por qué me lo has ocultado.

Capítulo 34

El ataque había cesado o bien se habían quedado sin flechas ya que eran tan malvados como idiotas y la mayoría se les habían quedado atascadas en rocas. Indiferentemente del motivo, sabía bien que este no era el último intento. La noche de la luna de sangre se acercaba y no desperdiciarían la oportunidad.

Lior caminaba seguro dirección al río, pobre iluso que desconocía que sabía que me mentía.

— Ven, siéntate aquí — indicó señalando una roca.

Acepté sin mediar palabra, solo observaba. Cosa que se me daba de miedo.

Tomó una hoja bastante grande y comenzó a elaborar un intrincado y complejo mejunje sobre ella. Una vez finalizado, se acercó y se arrodilló ante mí.

— ¿No son las mismas hierbas que como? — quise saber.

— Las plantas nos ayudan a todo lo que... — seguramente había visto mi cara de asco, la cual era incapaz de evitar — No, son otras, ¿contenta?

— Bueno, creo que contenta no es una palabra que entre en mi vocabulario y menos después de casi morir asfixiada — ironicé.

Su mano iba a mi pierna, donde el pantalón se había rasgado por la zona de la rodilla para untarme ese ungüento extraño.

— Bueno, ¡ya está bien! — dijo bastante cabreado — ¿vas a decirme qué demonios te pasa desde hace un rato?

Que eres un cretino mentiroso, que me miente a saber desde cuándo, que utiliza para sus fines movido por un miedo absurdo y egocéntrico. Podría enumerar muchas cosas más, pero ninguna de ellas fue lo que dije.

— Tú eres el que cambia de actitud conmigo como si de una veleta se tratara. — gruñí.

¿Por qué había dicho eso? Mi yo interior pensaba que era mejor sorprender al adversario con las manos en la masa. Descubrir su mentira para mover pieza antes de que él lo hiciera. Mi yo interior también se moría de ganas de saber la respuesta a esa pregunta.

— Eso no es así — apartó la mirada y comenzó a curar mi herida — puede que te duela. — dijo antes de presionar el mejunje contra mi piel.

— Vaya, esa es la primera verdad que dices — bramé seguido de un bufido debido al dolor del contacto de aquello.

— ¿Estás bien? — sus ojos se clavaron en los míos con un aire, ¿preocupado?

— Sí, perfectamente.

— De acuerdo. — la mirada se esfumó y continuó.

— A esto justo me refiero. Pareces preocuparte por mí y después nada. Me da igual el hecho de que mi vida te importe un reverendo rábano, pero no hagas ver que sí.

— Pues sí, tienes razón no me importas — apretó la mandíbula.

— Qué mala suerte la tuya, sé que mientes.

Dejó la hoja en el suelo y se puso de pie alejándose de mí. Estaba tenso, su posición, sus músculos, todo él, mostraba incomodidad. Veamos hasta dónde llegaba.

— Ni siquiera te atreves a negarlo, simplemente huyes — le miré aún desde

aquella roca fría en la que estaba sentada. — pensé que eras más valiente. Un rey, decías, un villano, cruel y despiadado del que todos huyen, un ser solitario al que temen... ¿Sabes lo que veo yo? Un cobarde — elevé la voz en esa última palabra.

— Pues sí lo soy, ¿vale? — se giró alterado dirigiéndose de nuevo hacia mí, tomándome por sorpresa — todas esas cosas que has dicho y más. No soy un santo, he hecho cosas de las que no me enorgullezco pero que volvería a hacer, no pido que nadie me perdone ni que me entienda. He vivido solo durante décadas, incluso mucho antes de haber entrado a este maldito lugar y por primera vez en toda mi maldita vida, tengo miedo de verdad.

Sus ojos se clavaron en los míos y sabía que, pese a que me mintiese, en este preciso instante, estaba siendo sincero.

— ¿A que me atrapen y tu hermano gane? — pregunté.

— La verdad, eso es lo que pensaba hasta hace un tiempo. — volvió a arrodillarse y tomar entre sus manos la hoja con la mezcla.

— ¿Qué ha cambiado en ese tiempo?

— Tú. — firme, directo, conciso.

Notaba como el corazón se me aceleraba y me odiaba por eso, era un mentiroso, lo sabía y pronto lo descubriría, pero ¿por qué despertaba tantas cosas en mí?

— Al principio realmente me eras indiferente — sonrió, con la mirada en la herida — pero luego... Mira, no sé qué has hecho. Ni siquiera creo en estas malditas cosas, ¿vale? — tragó saliva — solo sé que cuando estás cerca me siento bien de un modo que ni comprendo y no es porque evites la maldición o mucho menos, cosa que la verdad a estas alturas veo poco probable, sino porque cuando estás cerca todo cambia, yo cambio. Puedo ser yo mismo sin miedo o represalias. — elevó la mirada.

Sus ojos verdes estaban especialmente brillantes y más penetrantes que nunca.

— Y sin embargo me rechazas, me alejas y te ríes de mi aspecto. — atacué.

— ¿Sabes el porqué de todas esas cosas?

— Me lo vas a decir, ¿no es verdad? — fruncí la frente.

— Porque, si acepto en voz alta lo que pienso, dejará de ser un pensamiento para convertirse en una realidad. Eres la mujer más hermosa que he visto nunca, Anat, y me fijé en ti desde el segundo exacto en el que atravesaste este bosque por primera vez. Crees que te dejé pasar por que me recordaste a alguien, pero no fue así, el motivo del que te dejara hacerlo, era que ya había quedado prendado de ti, de tu furia y de tu fuerza. No me alejo de ti por gusto, sino porque de no hacerlo, caería en ti como quien cae en aguas turbulentas y profundas, consciente de que se perderá en ellas.

Vale, no me esperaba todo esto y aun así no me desagradaba escuchar cada una de sus palabras.

— Haces que por primera vez en toda mi vida me sienta...

— Vivo — dijimos los dos a la vez.

Su mirada y la mía se encontraron, elevó su mano para acariciar mi rostro y sin haberlo tocado aún, ya era capaz de sentirle.

— ¿Qué me has hecho, mujer? — su voz era desgarrada como cercana a un dolor que le atormentaba.

Las palabras cesaron en ese instante, solo existían dos personas. Su mano se había posado sobre mi rodilla con suavidad y notaba su calidez a través de mi pantalón. Sus ojos se movieron por mi rostro, contemplándolo con admiración y deseo. La distancia se

acortaba con cada segundo que pasaba, nuestros cuerpos se movían como atraídos el uno por el otro. No era la primera vez que besaba, pero sí era la primera vez que de verdad lo deseaba.

Nuestros labios casi se tocaban cuando un ruido nos tomó por sorpresa a ambos haciendo que volviéramos a la realidad y saliéramos de esa extraña atmósfera en la que nos habíamos sumergido.

— No te muevas de aquí, ahora regreso. — se dibujó en sus labios una sonrisa lujuriosa.

Puede que acabara de descubrir que, vale, me gustaba un poco ese tal Lior. Era malo, solitario y atrayente. Por no hablar de su atractivo. Sí, me volvía un poquito loca, aunque no iba a admitirlo.

Esperé a que se marchara y me puse en pie.

La última vez que había sentido algo por alguien, este me había engañado dándome palizas donde yo solo buscaba cariño.

El día en que maté a la única familia que había conocido y querido, fue el día en el que me prometí que prefería el dolor del corazón, al de un cuerpo maltratado.

Daba igual lo que sintiese o lo que me doliese, iba a descubrir qué demonios escondías, Lior.

Capítulo 35

Me moví con rapidez, puede que tuviese el cuerpo dolorido, pero cuando me interesaba, pocas cosas me conseguían parar.

No sabía muy bien dónde o qué debía buscar. El tiempo en el que no estaba conmigo, Lior siempre se marchaba, pero desconocía el lugar al que iba. Espera, se iba en la misma dirección cada vez que me hacía el mejunje de hierbas, junto al río y por, suerte, ahora mismo estaba allí.

Estar allí y que fuera fácil, eran dos cosas completamente diferentes. El lugar era grande y sin saber qué buscar, esto sería complicado. Caminé de un lado a otro en busca de algo, lo que fuera. Sabía que había pasado un tiempo, por lo que no tardaría en volver.

Quise ir tan rápido que no vi una raíz en la cual mi pie se enredó haciendo que cayera de bruces contra el suelo. ¡Qué más me podía pasar!

Cuando pensé que todo estaba perdido, elevé la vista para ponerme de pie y ante mis ojos apareció. Solo era una esquina, pequeña e insignificante, pero podía verla al igual que reconocerla. Me incorporé, poniéndome de rodillas y comencé a retirar las hojas y tierra que lo recubrían. Tuve que cavar un poco, ya que no estaba a la superficie, sino que, de manera premeditada, había sido escondido.

Ante mis ojos, apareció mi saco, ese que aquel día al llegar a aquel lugar había perdido. Ahora comprendía, el hecho de aquel corte que llamó mi atención. Si tenía mi saco, seguramente también había hallado mi daga. Pero ¿por qué? Es decir, en cualquier otro lugar lo habría entendido, ya que en él guardaba objetos realmente valiosos, ¿pero aquí?

No, estaba pasando algo más que se me estaba escapando. No tenía ninguna lógica que me hubiese ocultado aquello. Cogí el saco entre mis manos para sacarlo del agujero y entonces descubrí la verdad: un gran número de cortezas, más grandes y extensas de lo que lograba ver, estaban allí enterradas.

El malnacido no solo me había mentido, sino que había imposibilitado mi única manera de salir de aquel sitio. No sabía desde hacía cuánto tiempo estaban allí, pero a juzgar por su color y aspecto seco, desde hacía bastante. ¿Hacía cuánto que había encontrado la manera de ayudarme a salir de aquella pesadilla y se lo había callado?

La respiración se me comenzó a acelerar, calor en las mejillas, ritmo elevado: iba a estallar.

Un crujido a mi espalda me advirtió de que no estaba sola, por lo que me puse en pie de forma abrupta y me giré.

— Perdona — Lior sonreía señalando a su espalda — esos idiotas estaban intentando recuperar alguna de sus cuerdas y no he tenido más remedio que cortarlas para que se estuvieran quietos.

— Con mi daga, ¿verdad?

— ¿Con tu qué? — intentó sonar sorprendido.

¡Pobre Lior! No sabes de lo que soy capaz cuando me mienten.

— ¿Nos hacemos los idiotas un poco más o me vas a decir la verdad de una maldita vez? — me crucé de brazos

Me retiré, dejando al descubierto el hoyo con todo su contenido a la vista. Su semblante palideció de forma instantánea, como si divisara un espectro. En algo tenía razón, había un fantasma, pero lo tenía yo ante mis ojos.

— Tengo que explicarte qué es lo que ha ocurrido aquí — intentó acercarse a mí y le esquivé.

— ¿A qué te refieres, a ocultarme mis cosas o a condenarme a seguir aquí por egoísmo?

— Podría decirte que no es así, pero no lo negaré. — quiso justificarse.

— ¿Ahora que te he pillado dices? — me burlé — Por favor... — suspiré — ¿ibas a decírmelo acaso en algún momento?

— Sí, quería hacerlo. Estos días he intentado buscar la manera de decírtelo, pero sabía que te pondrías así, tan atacada y desconfiada

— Dijo el hombre que me ha mentido.

— ¿Lo ves? — dio una vuelta sobre sí mismo con las manos entre su azabache cabello nervioso para volver a su posición actual — Al principio no quise decirte nada porque me dabas completamente igual. Quería que tuvieras el poder de romper la maldición y si para eso te tenías que quedar aquí me era indiferente. Como ya te dije, no soy un buen hombre y no me suelo arrepentir de lo que hago. En su momento estaba conforme y ahora también, de haberte dado la madera y tus cosas te habrías largado de aquí y nunca podría haberte conocido como lo hago ahora. — intentó acercarse de nuevo y volví a retirarme.

— Ya... ¿sabes? — puse mi dedo en la barbilla — Me han engañado, borrachos haciendo el papel de padres, nobles, haciendo el papel de honrados, ¡incluso un panadero! Es la primera vez que me engaña un maldito. ¡Ya os puedo coleccionar! — quiso intervenir, pero no se lo permití — Fíjate que de todos ellos al único al que creí, fue a ti. De verdad que hace un rato me tragué como una estúpida las palabras que me dijiste... Estaba claro que esa era tu intención. Unos días para la luna llena, palabras bonitas, ¿acaso estás compinchado con Tristán? — negué con la cabeza — Mira ya no sé lo que es verdad o no y lo cierto es que me da completamente igual. Ahora si me disculpas y qué demonios, sino también, me largo de aquí. — me agaché y comencé a recoger lo necesario.

— Mientes. — seca y firme así sonó su voz.

— ¿Perdona? — pregunté poniéndome en pie cargada con todo.

— Sé perfectamente cuando mientes y en este preciso momento lo estás haciendo. No te es indiferente lo que acaba de pasar. — su mandíbula se tensaba y destensaba al igual que sus puños se apretaban — No tienes derecho para hablarme de mentiras o juzgarme por ello cuando tú eres igual. De haber tenido la oportunidad, me hubieras engañado a la primera. — gruñó.

Apreté con fuerza la madera contra mi cuerpo y reprimí el dolor. Si alguien debía sufrir, mejor él ahora que después yo.

— Sí, tienes razón. Miento — reconocí — Incluso un ser como yo a veces baja la guardia y cae ante las mentiras de un farsante. Puede que lleves razón y te hubiera engañado, es más, puedo asegurarte que lo habría hecho.

— ¿Entonces? — buscó mi mirada.

Solté la madera y el saco y me dirigí hacia él de forma acelerada tomándolo por sorpresa. Mi mirada se clavó en la suya.

— Si tanto me conocieras, sabrías que perdón no forma parte de vocabulario. Quien me la hace, la paga y si en este caso te perdono la vida es porque me sería más

complicado matarte que irme de una vez. No te confundas, no somos iguales, si yo hubiera tenido la oportunidad que has tenido tú, no habría fallado. No solo te habría engañado, sino que te habría arrebatado la vida.

Nuestras miradas permanecieron unos minutos clavadas como si de dos animales hambrientos se tratase. Podía notar su furia y verla a través de sus ojos, al igual que podía sentir la mía burbujeando por mis venas.

Tragó saliva y tras un gesto su semblante y actitud habían cambiado.

— ¿Sabes qué? Lárgate de aquí antes de que cambie de opinión y termine lo que ese día empecé contra las raíces. — bramó con cara de desquiciado — Si he conseguido engañarte es porque sigues siendo la niña idiota que creía que, por llorar, ese hombre dejaría de golpearla.

Un golpe seco de mi mano sobre su rostro. Una bofetada sonora que hizo girar su cara hacia un lado de la intensidad. La mano me palpitaba del dolor que yo misma me había ocasionado, pero me daba igual, solo esperaba que él hubiera sufrido diez veces más.

Escupió sangre y se volvió fingiendo que no le había dolido para mirarme de nuevo sonriente.

— Tenías razón al tener miedo a estar solo — le miré de arriba abajo — como tú dijiste, eres un monstruo, y como tal, la soledad y la oscuridad, serán lo único que te acompañan hasta el resto de tus días.

Cogí las cosas y me largué. Sin mirar atrás, furiosa y con sentimiento de engaño. Así abandonaba aquel lugar, igual como había llegado.

Aunque esta vez había algo diferente, por primera vez, la rabia no venía de mi cabeza, sino de mi corazón, el que pensaba que estaba helado o del que carecía. Y ojalá hubiera sido así, porque los pedazos que me quedaban me estaban matando de dolor.

Capítulo 36

Caminé directa a la zona en la que recordaba la playa sin importarme nada más que llegar allí lo antes posible. No notaba que me siguiera; de hecho, hacía rato que no notaba su presencia, al menos su versión física, ya que aquel lugar rebosaba su esencia.

Atravesé las raíces con rabia. El sol del día hizo que tuviera que cerrar los ojos de golpe ya que, tanto tiempo allí metida me había acostumbrado a la oscuridad; la claridad ahora parecía estar quemándome las retinas.

Tardé unos minutos y unos cuantos pestañeos acelerados en hacerme a esta nueva luz, por no decir al ambiente. Pese a lo que pudiera parecer, ahí dentro se respiraba una atmósfera fresca, cálida y acogedora. Aquí solo olía a la sal del agua, a pescado y a un aroma extraño y que no lograba identificar que traía el viento.

Estaba sin provisiones. Sin comida ni bebida, solo con mi saco de pertenencias, mi corteza y sobre todo mi mala leche.

Puse la madera sobre el agua y comprobé que flotaba perfectamente. Su extensión era lo suficientemente grande para mí e incluso para un acompañante. Me subí en ella con cuidado y agarré el saco con fuerza contra mi regazo.

En otro momento en el que mi brillante mente hubiera estado en su totalidad de facultades, habría sabido que esto era una mala idea. Sin nada que comer o beber ni con lo que impulsarme, estaba subiendo a un trozo de madera que me llevaría a su antojo por aguas profundas hasta donde quisiera parar. Vamos, un suicidio.

Sin embargo, prefería eso a pasar un segundo más allí o a ver de nuevo su tan asquerosa sonrisa. Vale, no era asquerosa, era más bien atrayente, apetecible, seductora... En fin, daba igual todo, solo importaba el engaño.

Tras unos segundos en la improvisada balsa, me di cuenta de que, si mis ganas querían, las condiciones no me lo pondrían fácil. Me movía unos metros y la corriente me arrastraba de nuevo contra la orilla. Una y otra vez, intento tras intento.

¿Pero qué demonios me pasaba con este lugar? ¡Todo estaba en mi contra!

Me bajé saco en mano y me senté llena de frustración sobre la orilla. A pesar de que el sol estaba alto, no llegaba a quemar, sino que estaba cálida sin estarlo en exceso.

Hundí los dedos en la arena, siempre me había gustado hacer eso. Cuando era más pequeña, ese gesto lo asociaba a mi llegada a un nuevo reino, a una nueva vida. Apreté los puños, tomando en ellos parte de ella y la lancé con furia.

¡Odiaba este condenado lugar y nunca mejor dicho! ¡Odiaba a Lior! Y sobre todas las cosas, me odiaba a mí, por haber bajado la coraza. Tonta, ilusa y estúpida. Años de sufrimiento parecían no haberme bastado para aprender la lección. ¿Acaso los golpes no habían sido suficientemente duros?

Suspiré ya que, de no hacerlo, la rabia me tomaría de nuevo y actuar con rabia, nunca era una buena idea. A pesar de que puede parecer un sentimiento fuerte, ya que nos mueve con furia, normalmente los actos ejecutados en su nombre son apresurados y poco acertados, vamos, un error.

Lior volvió a mi mente o más bien nunca se había ido. Él sabía que teníamos un trato y no había dudado en recordármelo cada dos segundos, cosa que no había sido

impedimento para romperlo a la ligera. Aunque no era el único, para ser sinceros. Sabía perfectamente que todo este tiempo había estado con la continua idea en mi mente de traicionarlo, de usarle y mentirle para obtener lo que yo quería.

Negué con la cabeza ante mis pensamientos. No, no éramos iguales. Si yo le había mentido era porque, tras todo el daño que me habían hecho y no solo en el aspecto físico, sino en tantos sentidos, había aprendido que siempre debía guardar una baza oculta. Tener algo que el oponente desconociera para, una vez llegado el momento, usarlo en su contra. Esto se había convertido en mi modo de supervivencia.

Pero ¿y si él también había aprendido a ser así? Tampoco había tenido una buena vida, aunque, la verdad, a diferencia de mí él lo hubiera tenido todo desde un principio. Una familia, una vida...

Aun así, cuando había descubierto su mentira, no me había intentado ocasionar daño en ningún momento, es más, en los momentos previos a descubrir su embuste, él me estaba curando las heridas (de las que casi me había olvidado por todo esto, si no fuera por el escozor que me provocaban)

Era extraño, me gustaba analizar y de este pequeño encontronazo sacaba algo en claro. Por primera vez alguien me había mentido para que me quedara, ya que seamos francos, hace ya días, incluso semanas, ambos sabíamos que no era la bruja que esperaban que vendría a salvarles.

Entonces, ¿había sido injusta por mi propio miedo? No, eso no podía ser. Yo siempre era injusta si analizábamos el simple hecho de que arrebatar la vida a alguien podría considerarse un acto injusto, pero eran ellos o yo, por otro lado...

¡Santo cielo, odiaba este maldito lugar! Solo intentaba pensar y aclarar en algo mis ideas y este asqueroso olor que desprendía no me dejaba. Ese aroma raro que no conseguía identificar.

Centré mi atención en él: aceitoso, ahumado, cálido. ¿Qué demonios?

Giré la cabeza con rapidez y contemplé lo que mi olfato me acababa de decir. Una llamarada de fuego gigantesca comenzó a engullir todo a su paso, y con todo me refiero al bosque.

Capítulo 37

Durante un segundo mi cuerpo se quedó paralizado. No era estúpida y sabía que Lior no se había ocasionado fuego solo, esto era cosa de Tristán. Como ya pensé en su momento ese cerdo, al igual que otros, cuando callan, es cuando sus perversas mentes maquinan los peores planes. Un momento, algo en mí se estremeció, al darme cuenta de una evidencia que había pasado por alto. Se estaba quemando el bosque: se estaba destruyendo Lior.

Me puse en pie de un salto y, sin pensarlo dos veces, me adentré de nuevo entre aquellas raíces. Esto era nuevo para mí ya que yo solía huir de los desastres, no correr hacia ellos.

La atmósfera había cambiado. El ambiente estaba cargado y el aire parecía volverse pesado e irrespirable. Pero si algo me preocupaba, es que ya no le sentía.

Me moví con rapidez de un lado a otro. Nada. No estaba dónde comíamos o dónde solíamos llevar los ensayos de bruja, tampoco donde estaba aún acumulada la corteza. Un momento, si yo me estuviera quemando, ¿qué buscaría? Algo que sofocara mi calor: El río.

Corrí con rapidez y al llegar al lugar le encontré. Estaba sentado contra un tronco justo al lado del río. Una de sus manos se sumergía en las aguas mientras la otra la llevaba a los innumerables cortes que tenía por todo su cuerpo. Estaba jodido y, a pesar de que desearía que no fuese así, eso no me hacía feliz.

— Estás hecho un asco, ¿lo sabías? — me agaché junto a él, que abrió sus ojos antes entornados — Desaparezco dos segundos y resulta que te inventas todo esto para llamar mi atención. — me burlé.

— ¿Qué yo estoy hecho un asco? — tosió — Podría contestarte con un espejo, pero esa no es la verdadera cuestión. ¿Qué haces aquí?

Seguía conservando fuerzas para hablar y para mantenerme el ritmo intelectual, eso era una buena señal. Su mirada parecía llena de dolor y no solo al que su cuerpo le sometía.

— ¿No te marchabas? — me retiró la mirada, visiblemente cabreado.

— Y lo hago — afirmé en su mismo tono — pero no podía ver como el psicópata de tu hermano te da una paliza.

— Creo que te confundes, yo estoy ganando, ¿no lo ves? — tosió con más fuerza.

— Ya... — rodé los ojos — dejemos eso a un lado porque está claro que el fuego no solo te ha afectado en lo físico, creo que la peor parte está en tu cabeza y tu vista. — asentí.

— No tenías por qué volver. — su voz sonó áspera — No después de lo que te he hecho. Aunque en realidad, ¿qué he hecho? Nada, porque si tú...

Parecía haber cogido carrerilla cosa que me hizo gracia sin entender por qué.

— ¿Te he dicho ya que hablas demasiado? — le interrumpí — ¡Me aburres!

Nuestras miradas se encontraron y no pudimos evitar sonreír cómplices. Por primera vez en toda mi vida, vi algo en los ojos de una persona que no había visto antes: gratitud.

— Venga, dime cómo te ayudo.

— Creo que si coges algo de corteza y cargas un poco de agua...

— ¿En serio? ¡Ese condenado material va a torturarme hasta en sueños!

— Yo no tengo la culpa, ¿acaso tú tienes otra idea?

Bufé y de mala gana me puse a ello. Por más que llevaba agua hasta el origen del incendio, servía de poco o nada. La espesura de las raíces comenzaba a disiparse dejando ver al otro lado de pie frente a mí, aquel rostro que tanto odiaba: Tristán.

Nuestras miradas se cruzaron durante unos segundos mientras en sus ojos se dibujaba una perversa sonrisa. Madre mía, Tristán, no sabes las ganas que tengo de matarte.

Esto no funcionaba, tenía que regresar con Lior y descubrir otro medio para acabar con el fuego. Al llegar, comprobé lo rápido que había empeorado.

De varios de sus cortes, comenzaba a salir sangre en abundancia. Él seguía sentado, pero parecía estar apenas con conciencia, como si luchara contra la oscuridad.

— Parece que no pinta bien, ¿verdad?

Me agaché junto a él y vi como de su tos salió algo de sangre. Esto no iba bien, nada bien.

— ¿Qué hacemos ahora? — quise saber alterada.

Por primera vez, estaba superada, no se me venía ninguna idea a la mente para salir de esta. Si bien yo, lo tenía fácil, Lior no conseguiría salir con vida si no cesaban.

Noté una calidez en mi brazo y bajé la mirada para descubrir de qué se trataba. Su mano me tomaba con delicadeza. Elevé la vista y al contemplar su rostro entendí qué me quería decir. Ya había visto antes esa expresión, era la de una persona resignada a la muerte.

— No, me niego — comencé a alterarme — encontraremos una solución, me niego a que gane.

— No hay solución posible para mí, mujer, pero sí para ti. No tiene por qué ganar.

— ¿Qué no tiene por qué ganar? — enfurecí — Sigues empeñado en que no se salga con la suya y no ves que, si mueres, ya lo habrá hecho.

— Me da igual si muero, — sacó fuerzas de donde no las tenía para dar una voz algo más elevada — como te dije, no soy una buena persona. En cuanto a ti, en este momento la maldición me es indiferente, por lo único que no quiero que se salga con la suya es porque no quiero que mueras, Anat. No lo soportaría.

Nuestras miradas se encontraron llenas de dolor. Lior era todas mis primeras veces. La primera que alguien me había entendido, que alguien no me juzgaba, que me cuidaban, la primera vez que alguien se alegraba por mí, la primera que alguien tenía miedo de perderme. Pero sobre todo era la primera vez que mi corazón latía por algo diferente al dolor, la rabia o la ira.

— Lo siento, no debí hacer que permanecieras aquí todo este tiempo, no deberías estar viendo esto... — su mano soltó mi brazo para dirigirse a mi rostro.

El contacto fue simplemente exquisito. Su piel y la mía conectaron como si de dos polos atraídos se trataran. Rocé mi rostro contra ella y me estremecí con su contacto.

No había llegado hasta aquí, hasta sentir algo que ni siquiera yo quería ni comprendía, para ver como un tipo con aires de rey engreído me lo arrebatava. Sabía cómo pararle.

— Ya te dije que se te da mal disculparte — sonreí y él lo hizo conmigo — al igual que a mí me cuesta aceptar las malditas injusticias.

Besé su mano y me puse en pie ante su atenta mirada.

— ¿Te marchas? — preguntó con esperanza.

— Sí, pero no hacia el agua, sino hacia el fuego. Ya sé cómo pararlo.

— ¿Cómo? — preguntó desconcertado elevando el rostro para poder verme desde

su posición.

— Dándole lo que quiere. — sentenció.

Su cara pasó de alegría a pánico en segundos cuando comprendió, a qué me refería.

— No, no, me niego —intentó moverse—. ¿En serio vas a rendirte?

— Yo no he dicho eso. Solo voy a hacérselo creer a él. Así dejará el fuego y tú te recuperarás.

— Es un suicidio.

— Más bien lo es para él, no sabe de lo que soy capaz cuando me hacen daño o tocan algo que quiero. — me referí a él y me avergoncé cambiando de tema de forma abrupta — Y ya estás dejando de tener pena y levantándote. Recuerda que no soy una buena mujer y como ya te dije en su día, siempre buscamos algo a cambio de lo que hacemos. Te salvo la vida, pero ya te puedes poner en marcha para sacarme de ahí.

Ambos sonreímos de forma triste ya que no sabíamos si sería la última vez que nos veíamos.

Hoy Anat, aquella que mata, engaña y roba, golpeada, maltratada y pisoteada, experta en huir antes de ser atrapada, iba de frente a entregarse a los brazos de su ahora mismo peor enemigo. Ya puedes estar preparado, Tristán, allá voy.

Capítulo 38

Volví a la posición en la que minutos atrás había estado. Nuestras miradas se encontraron de nuevo.

— ¿Te rindes ya? — preguntó con burla.

— Si apagas el fuego, podremos hablar, si no lo haces, me temo que te tocará seguir viéndome a través de las ramas como el maldito psicópata que eres.

Su sonrisa se esfumó. Su mirada fija en la mía sin apenas pestañear. ¡Venga hombre!

Al fin elevó su mano y dio la orden para que empezaran a apagar el fuego. Poco a poco las llamas fueron apaciguándose hasta quedar en brasas que se consumían. El olor era denso y el humo abundante. Había conseguido salvarle la vida a Lior si es que seguía con vida aún, por qué lo estaba, ¿verdad?

— Tu turno — la voz áspera y desagradable de Tristán me sacó de mis pensamientos.

Ojalá sigas con vida, porque voy de frente contra el peligro y como no consigas sacarme de esta, juro que antes de morir cortaré una a una todas tus malditas raíces Lior.

Caminé despacio, ya que mi cabeza sabía que era una mala idea y mi cuerpo parecía debatirse ante esta decisión suicida tan impropia de mí.

Al fin fuera, dos hombres se abalanzaron sobre mí, sujetándome por ambos brazos.

— Vaya vaya, me dijiste que eras una cazadora y ahora mismo pareces más una presa moribunda. Yo no soy como tú y siempre cumplo mis promesas. Te juré que no descansaría día y noche hasta darte caza y aquí estás. — entrelazó sus manos en la espalda satisfecho.

— Veamos, creo que el tema de día y noche lo llevas algo mal, ya que salvo con el cutre truquito de las flechas, que entre tú y yo era bastante absurdo — le dije en un tono cercano al susurro que sabía le enfurecería — y esta llamarada, nunca mejor dicho, de idea, creo que no he visto nada más. ¿Todos estos días ha trabajado tu cabecita en estos planes? — me burlé viendo como tensaba la mandíbula y mostraba su dentadura — En cuanto a lo de atraparme, he sido yo misma la que ha salido caminando hasta dar contigo así que siento corregirte, pero tus dos afirmaciones son más falsas que el amor que sientes por tu pueblo.

Lo hombres movieron su mirada de mí hacia él de forma curiosa. Vaya querido, Tristán, si tu pueblo supiera la verdad. Aunque siendo francos tampoco me interesaba, ya había conocido pueblos así antes. Seres sin voluntad ni opinión propia movidos como una masa amorfa y sin propios pensamientos, capaces de apalea a alguien hasta la muerte solo porque su estúpido rey se lo dijera. Mentes volubles que atacaban todo aquello que se ponía en su paso. Tenían bien ganada la traición por la espalda.

— No forcejes, querida, es inútil que lo hagas.

— ¿Acaso estás ciego o ves alucinaciones? No estoy forcejeando — indiqué.

— Cierto, y la pregunta es ¿por qué? — frunció su frente — ¿Vienes hacia mí y te entregas de forma voluntaria?

Clavó sus ojos sobre mí, y en ese preciso momento me di cuenta del problema tan grande en que me había metido mi enorme boca. Ya me había visto actuar como una

damisela en apuros, así que ese papel tenía que quedaba desterrado. Tenía que elaborar algo mayor o no se lo tragaría.

— Por fin tu mente ha conseguido dar con algo. ¡Me alegro! — sonreí enfureciéndole — Bien, te explicaré que consiste en el simple hecho de que he averiguado mi verdadero yo. Tenías razón con haber dudado de mi procedencia y te lo agradezco, de no haber sido por ti nunca hubiera descubierto nada.

Su cara se quedó estática como sin entender qué demonios estaba diciendo, pero tenía intriga, su mirada me lo revelaba y eso era bueno, realmente bueno.

— Mis poderes. — sentencié. — Al fin he descubierto que tanta gente no podía estar equivocada al tacharme de bruja. — sonreí de forma perversa.

— ¡Soltadla! — ordenó.

Los hombres obedecieron de inmediato, aunque en sus mugrientos rostros y digo mugrientos porque estaban llenos de hollín del humo del incendio, podía apreciarse el recelo al hacerlo.

— Decisión sabia querido, Tristán. — comencé a andar y este me frenó elevando su mano.

— No tan rápido señorita, te he visto mentir antes. No voy a caer dos veces en tu juego. Si eres una bruja demuéstalo.

Vale, mi mentira iba bien hasta este preciso momento. Piensa, Anat, has conseguido hacer creer a un conde que eras de la nobleza, a alguna doncella que tu collar era una herencia familiar y que no lo acababas de robar de su cuello, joder, ¡incluso una vez pasé a un muerto por vivo! Tenía que pensar y mirar a mi alrededor.

Un reino de mierda, no eso no me servía. Dos aldeanos estúpidos, tampoco. Un bosque quemado con raíces cortadas... ¡Un momento! Ya lo tenía, aunque no era tan sencillo. Recordaba perfectamente las palabras de Lior, él dominaba las raíces. Solo esperaba que me estuviese escuchando.

— Te haré pagar por tan insultante petición; no obstante, y como me gusta fardar de mi recién descubierto don, te haré el honor. Veamos — miré a mi alrededor disimulando como si buscara con que impresionarlo — ¡Oh, ya lo tengo! — señalé las brasas ya apagadas — haré que varias raíces crezcan.

— Adelante. — se cruzó de brazos.

Que asco tan grande te tengo Tristán, espero que esto funcione porque si no, no tendré como borrarle tu asquerosa sonrisa. Bajé la mano orientándola hacia el suelo y comencé a moverla de forma extraña. Nada, ni un movimiento ni el más mínimo.

— Está bien, ¡apresadla! — ordenó de nuevo.

Un olor familiar llegó a mi nariz. Hierba, fresca...

— ¡Ahora! — grité elevando mi mano.

Las raíces brotaron capturando a los dos hombres y sujetándolos por los aires. Ambos, habían perdido el color, palideciendo, mientras suplicaban por sus vidas. Tristán me contemplaba sin sonrisa ninguna, sus ojos me miraban como quien lo hace a un viejo fantasma, interesante.

— Esta bien, suéltalos. — pidió.

— Creo que tu bravuconería te ha jugado una mala pasada, querido. ¿Por qué debería hacerlo?

— Haré cuanto me pidas si decides ayudarme, ayudarnos — se apresuró a corregir.

Ay, Tristán, qué rápido se asoman tu egoísmo e intenciones. Ver tu cara de súplica

para que te ayude no tiene precio. ¡Adoro el maldito poder!

— Está bien, pero con varias normas. — Me miró y asintió — Número uno: no dudarás más de mi poder. — vi como las raíces se movieron levemente, para un ojo inexperto algo poco notorio, para el mío Lior estaba perdiendo fuerza, debía ser rápida. — Número dos: me dejarás tranquila y descansar hasta la luna de sangre o no te ayudaré. Número tres: Vendremos a este preciso lugar antes de la luna de sangre, ya que es importante para mis antepasados, y tus hombres se encargarán de cuidarlo y regarlo hasta entonces.

— Lo que desees. — asintió.

Bajé la mano y las raíces retrocedieron arrojando a los dos hombres unos metros más allá de nosotros.

Era hora de hacer un balance de este encuentro. Había ganado algo de tiempo, aunque para ser francos cuando llegara la fecha y no lograra hacer nada estaría bien jodida. Por otro lado, había comprobado que Lior seguía vivo, cosa de la que empezaba a dudar.

Más te vale pensar en algo por ambos, ser solitario y oscuro, porque ahora mismo me debes una muy grande.

Capítulo 39

Caminé hasta palacio seguida de cerca por Tristán. El resto de hombres lo habían intentado, pero con una sola de mis miradas, habían huido despavoridos. En aquel lugar como en tantos otros, los rumores volaban más rápido que los mismos pájaros. De por sí, era algo que odiaba, pero en este preciso momento, jugaba a mi favor. El hecho de que aquellos sujetos me temieran por el truquito de las raíces, hacía que un reino entero se subleva bajo mis pies.

Sí, antes ya había sentido que la gente me temía, pero nunca de este modo. Su anterior sentimiento estaba cerca del desprecio y la repulsión. En este momento, no había nada de eso, sino admiración y respeto. Como me estaba gustando esto.

Llegamos a palacio y nos adentramos por la puerta principal.

— ¿Qué necesitas? — la voz de Tristán ya no estaba tan elevada, sino que rozaba un tono de sumisión.

— Manda que me preparen un baño y ropa limpia para asearme. Cuando termine quiero una mesa lista con los mejores manjares y por favor, no quiero verte en lo que queda para el gran día — le miré con desprecio y él asintió.

— Está bien, no sabréis de mí hasta mañana por la noche — sentenció.

¿Mañana? Sí que había pasado rápido este maldito mes. Me esforcé con óptimos resultados para que mi sorpresa no se percibiera en mi semblante antes de abandonar la estancia y perderle de vista.

Entré en la sala y se encontraba tal y como la recordaba. En medio de ella, una bañera ostentosa llena de ricas aguas humeantes que desprendían aquel aroma envolvente.

Me deshice de las ropas con rapidez ya que necesitaba bañarme, pero no podía perder el tiempo. Al sumergirme, mi cuerpo entero se estremeció como la primera vez. Maldito reino y maldita bañera, cuando acabara esto o estaría muy lejos o muerta, y en ambas opciones echaría en falta este lujo que antes no había experimentado.

Tras salir, comprobé que nuevamente habían dejado unas ropas sobre la cómoda. Una blusa en tonos crema, junto con un corsé marrón y a juego con unas botas de caña alta en el mismo tono. Las mallas negras completaban el atuendo. Nuevamente, la ropa me quedaba perfecta, como si hubiera estado hecha para mí. Esto empezaba a dar miedo, no creía en las coincidencias y menos en una tan extraña como esta.

Me miré en el espejo y comprobé que mi aspecto no era tan malo como pensaba. Tenía los cabellos enredados y algunas marcas próximas a las ojeras, pero salvo eso, seguía luciendo espectacular. Desenredé mi pelo, que ahora desprendía un aroma frutal increíble y lo entrelacé en una enorme y larga trenza lateral. ¡Perfecta!

Me aproximé a la puerta y comencé a girar el picaporte con sigilo. Tristán seguramente me estaría esperando en la sala para comer ya que dudo que captara mis palabras y me dejara tranquila. Eso era bueno y malo. Malo porque en un rato tendría que aguantarlo; bueno, por qué lo tenía localizado.

No contaba con mucho tiempo; de hecho era menos del que pensaba en un principio, por lo que tenía que ser rápida. Tenía que buscar un plan b: rebuscar entre los trapos sucios del enemigo para tener algo con lo que atacarlo llegado el caso y no había

mejor sitio para eso que habitación personal. El lugar donde toda persona deja de ser lo que el resto ve y en la más estricta de las soledades saca el monstruo que guarda bajo su careta. Veamos cuán terrible es tu secreto, Tristán.

Tras comprobar que no había nadie por el pasillo, comencé a avanzar por el primero que tenía a mano derecha. Puertas toscas y agrietadas, moqueta desgastada por el uso. Este era un lugar transitado y en el que habían invertido poco dinero a la hora de su construcción, por lo que era más propicio del servicio. No, este sin duda no era el lugar donde un rey viviría. Crucé para colarme en el otro pasillo ya que en este estaba perdiendo el tiempo.

Techos más elevados y con lámparas de pedrería fina, cuadros con pinturas exquisitas de hombres adinerados, moqueta en tonos rojizos cuidada. Sí, estaba en el camino correcto. ¿Pero qué puerta entre todas era la elegida?

Un marco exultante con grabados dotados de una simbología propia de la realeza y una madera considerablemente mejor que el resto. Te tengo, Tristán.

Me acerqué y abrí la puerta con sigilo para colarme en su interior. Una vez dentro, mi mirada viajó de forma rápida intentando analizar cada rincón y recoveco en el que este malnacido hubiera podido ocultar algo. Revisé cajones, armarios, incluso de la cama y nada. Ropa ostentosa y aburrida, salvo eso, nada.

Me levanté tras buscar y me dispuse a salir por la puerta cuando algo me hizo detenerme. Justo mi última pisada, había sonado diferente. Más hueca y con un crujir extraño, o la madera está podrida o había encontrado algo. Me agaché nuevamente y examiné la tabla. Para ojo inexperto podía parecer común, para una ladrona que oculta sus cosas en recovecos, sabía que había encontrado el escondite de algo. Llevé mis manos y en efecto, con un movimiento sutil, la madera se soltó dejando al descubierto su contenido.

Un papel arrugados, lo tomé y tras estirarlo procedí a leerlo.

Querido príncipe Tristán

Quiero recordarle que mis servicios no son gratis y que, por el riesgo tomado, mi precio ha subido al doble.

No obstante, como ya le comenté antes de marcharme del reino, he dado con la mujer que le dije. Ella no sospecha nada por lo que, tras haberle contado una patraña, en la que ha caído de pleno, acudirá a ofrecerles su ayuda sin saber que eso será un error que lamentará de por vida. Una vez allí, tomaré lo que más ama y me lo llevaré para persuadirla de que intente huir y esté bajo sus órdenes.

Espero su respuesta

Sabía que este mal nacido ocultaba algo. ¿Una bruja ocultando su libro por qué sí? ¡Ya, claro! Por muy mal que Lior la hubiera tratado, considerando que eso fuera cierto, ¿quién en su sano juicio elegiría la casa de su enemigo para esconder aquello que intenta ocultarle?

Vale, esta información no me daba mucho con lo que manipular a Tristán, pero contaba con una esperanza. Si la bruja había escondido el libro, ¿por qué no algo más?

Capítulo 40

Volví a guardar la carta en su escondite. Coloqué con cuidado la tabla de nuevo. Ser ladrona después de todo tenía sus ventajas, era capaz de ver lo que otros no y sobre todo de dejar todo como si nunca hubiese pasado por mis manos.

Salí de la habitación y a hurtadillas nunca mejor dicho, por la ubicación en la que se encontraba la biblioteca, me adentré en ella.

Casi había olvidado la última vez que había estado en ella o más bien lo que había pasado. La forma en la que aquel libro me llamaba... Solo al recordarlo, lograba ponerme los pelos de punta. Miré por las estanterías, estaba vez nada me dirigía hacia ningún lugar. Me acerqué entonces hasta el sitio exacto en el que había extraído el libro que ahora estaba al igual que el resto, lleno de polvo. Tanta nobleza y eran rematadamente asquerosos.

Soplé para ver mejor y me pareció ver algo en el fondo. Metí la mano con muy poca confianza, ya que quien era capaz de garantizarme que esto no era una trampa de Alana que me cortara la mano o arrancara dedo a dedo.

Para mi sorpresa, la masacre nunca comenzó, sino que encontré un pequeño libreto escondido contra la pared. Lo tomé y abrí las páginas con ansia de descubrir que ocultaba en ellas. Nada, eso era lo que había. Papel tras papel, todo completamente en blanco. ¿Pero quién esconde un libro vacío?

Casi lo iba a lanzar contra la pared cuando me percaté de algo en el lomo. Un relieve un su surco, apenas imperceptible que decía las siguientes palabras:

Solo el nombre de mi dueño me puede hacer despertar.

— Alana — dije en voz alta sin resultado — Tristán, Lior.

Una decena de nombres solté hasta el del insufrible panadero por si acaso, pero nada. ¿Mi verdadero dueño? Se me pasó por la cabeza que, si era algo oculto, el nombre que lo abriera no podía ser conocido o sencillo. Sabía la importancia de ocultar los nombres ya que yo misma solía dar el nombre falso de Lyss como propio. Un momento, no, no podía ser. Pero ¿y si sí?

— Anat — susurré.

Los garabatos empezaron a aparecer por arte de magia rellenando varias páginas. Tenía demasiadas preguntas. Para empezar ¿por qué yo era la dueña del libro? Y, es más, ¿cómo sabría que vendría o estaría en este lugar?

Todas estas incertidumbres que eran terroríficas, debían esperar no tenía tiempo. Lo abrí por la primera página y comencé a leer.

Si estás leyendo esto es porque he conseguido llamarte y atraerte hasta este lugar al fin. Puede que en este momento me estés odiando por ello y espero no haberme equivocado y traído a una muerte segura. Desde hace días sospecho que algo no está bien y que, aunque acceda a sus deseos, no lograré escapar con vida.

He camuflado la isla para que a ojos del mundo no exista ni lo haya hecho jamás.

Después he creado un maleficio, separando a los hermanos para evitar que se maten entre sí, no quiero quitarte esa diversión, ya que es algo que reservo para ti. Supongo que la gente seguirá sin cambiar y como a mí, te habrán juzgado y maltratado por sus absurdos prejuicios. La maldición se romperá cuando tu poder emane y lo uses contra el culpable de todo, arrebatándole la vida a ese ser inmundo y asqueroso.

Todo lo demás volverá a la normalidad. Por si tarda algo más de la cuenta, debes saber, que su nombre tres veces seguidas, hace que él agonice en vida.

No tengas piedad donde yo la tuve, Anat.

No sabía que era más extraño de todo lo que acababa de leer. Esa maldita bruja había traído a alguien a este maldito lugar, pero es que no a alguien cualquiera, sino a mí, ¿cómo conocía mi nombre? ¿Cómo sabía quién era? No me gustaba perder el control de las cosas, hacerlo me cargaba de un sentimiento de inseguridad que no me gustaba, tenía que recomponerme. Tras comprobar que no había nada más escrito, tomé aire y vi el lado útil de esto. Su nombre tres veces, no sé lo que significaba, pero esperaba que resultase. Guardé el libro en el lugar en el que lo había encontrado y me dirigí hacia la puerta.

Apenas un resquicio de ella había quedado abierto cuando me di cuenta de que Tristán estaba reunido junto a varios hombres en la entrada. No escuchaba lo que decían, pero lo que sí que vi fueron las raíces que uno de ellos portaba en su mano y como de manera enérgica, las movía mostrándoselas al rey. Un líquido rojo las teñía y, por muy idiotas que fueran, sabrían perfectamente que eso no era normal.

No había que ser muy inteligente para saber que habían descubierto el truco de las raíces, tenía que salir de este lugar. Revisé con la vista y comprobé que la ventana por la que había escapado la otra vez, seguía rota.

Con rapidez me moví y tras coger aire me lancé por ella. Rodé por el suelo y me dispuse a ponerme en pie para correr.

— Señorita Lyss, no vas a portarte bien nunca, ¿verdad? — La voz de Tristán sonó a mi espalda.

— Define portarse bien — comenzó a caminar hasta que quedó frente a mí con las manos a su espalda — simplemente he salido a estirar las piernas bajo esta noche tan estrellada.

— ¿Acaso no te cansas de mentir? — preguntó con sarcasmo y el inicio de una mentira.

Sacó las manos y las colocó al frente. Entre ellas sostenía un trozo de raíz cubierto de la sangre de Lior. Estaba claro que lo sabía. Me di cuenta de que varios hombres habían aparecido formando un círculo a nuestro alrededor, esta vez estaba bien jodida.

No era la primera vez que mi vida peligraba o que me intentaban matar; de hecho, había perdido ya la cuenta debido al alto número de veces que había ocurrido. Era lista, sabía analizar y en este momento no había ninguna salida posible. A veces es mejor esperar una buena opción a intentar una mala por ansia. En una ocasión, había aguantado que un noble me retuviera cautiva durante días hasta que por fin pude ganarme su confianza y matarlo, pero eso es otra historia.

Además, sabía que tampoco me matarían ya que me necesitan aún con vida. Me dolía todo, pero sobre todo estaba harta. Un día juré que no me someterían más y acababa de fracasar, por lo que, si tenía que aguantar esto, no sería quedándome callada.

— Qué curioso que justo tú hables de mentiras. Dudo mucho que siquiera hayas

mostrado aún tu verdadera cara. Eres grosero, engreído e hipócrita, un rey en toda regla digno de este pueblo. Seres sin razón ni raciocinio que te siguen cual ovejas tras el lobo feroz. ¿Y tú dices que yo miento? — me reí.

— Eres una víbora venenosa que no sirve para nada. Espero que tu asqueroso ser sirva para algo cuando dé de bruces contra las fauces de la oscuridad. — bramó.

— Al menos mi persona servirá para algo porque ni siendo el último hombre en la tierra serías digno de esa corona. Te calentaré el sitio en el maldito infierno. — gruñí.

Le escupí con ganas acertando en su mejilla. Un golpe rápido y certero con la raíz en la sien me hizo perder el conocimiento.

Capítulo 41

Comencé a despertar. Un pitido se había apoderado de mis oídos, me costó abrir los ojos y la cabeza parecía que me iba a estallar.

— Vaya vaya, nuestra princesita ha despertado. — la voz de Tristán chirrió en mis oídos.

Elevé la cabeza y noté que el simple movimiento hacía que me doliera cada tramo de la misma. Intenté levantarme, pero algo me lo impedía. Por el agarre y la tensión, diría que era una cuerda; por la rigidez del objeto a mi espalda, estaba atada a un árbol. Las manos también estaban aprisionadas la una a la otra.

Contemplé una cuerda gruesa atada alrededor de ambas manos. Complicado sí, imposible no, ya que para empezar no habían hecho ningún giro centrar que me dificultara el trabajo.

No obstante, no debía dar pistas sobre mis intenciones, por lo que tocaba actuar nuevamente.

— A juzgar por el cielo y su tono rojizo, la noche a quedado atrás para dar paso a un día que ahora mismo está llegando también a su fin. ¿Has estado ahí todo este tiempo hasta que he despertado? Creo que deberías buscar cosas en las que emplear tu tiempo libre. — me burlé.

— Espero que te queden ganas de seguir burlándote cuando acabe con tu vida. — gruñó en un susurro.

Se marchó seguido por sus hombres dejándome completamente sola. Error para ti, querido Tristán. Veamos de qué disponía. Un palo cerca. No, eso no. Una piedra. No, a no ser que cortara como la que Lior decía... maldito mentiroso, si lo tuviera ahora mismo delante, le amenazaría de nuevo con mi cinturón y... ¡Eso es!

Llevé las manos con dificultad a mi cintura y poco a poco fui extrayéndolo. En este caso de por sí solo no me serviría de mucho, pero ya había estado atada antes y sabía que lo importante era un punto de apoyo. Bajé la mitad del mismo y rodeé una de mis botas, tiré de él y lo pasé con muchísima dificultad entre las manos con ayuda de mi boca, rodeando uno de los lados de la cuerda y cerrándolo.

Tenía punto de apoyo, ahora necesitaba una buena fricción. Comencé a mover las manos haciendo que la cuerda pasase por el extremo del cinturón una y otra vez. El problema es que lo tenía tan cerca que el cinturón, junto con el movimiento de la cuerda, me estaban ocasionando heridas y quemaduras en las muñecas, pero me daba igual. Por grande que fuera el dolor, era capaz de soportarlo para salir de allí.

El cielo ya se había oscurecido y la luna no tardaría en salir nuevamente. ¡Mierda! Tenía que ser rápida. Veía la sangre brotando de mis manos, pero en lugar de ir más despacio, aceleré el ritmo.

El crujido de las cuerdas, junto a dejar de sentir presión me hizo darme cuenta de que lo había conseguido. Con rapidez comencé a desatar la cuerda que tenía en mi cintura.

Estaba libre y en pie era hora de huir. Corrí de allí dirigiéndome hacia el bosque. Desconocía muy bien que era lo que; haría en él una vez dentro. Es decir, seguía sin tener forma de salir de aquella maldita isla y si me metía de nuevo allí, comenzarían con el fuego

nuevamente.

Había rodeado el palacio y casi había llegado cuando me topé de bruces contra Tristán.

— No aprendes, ¿verdad? —gruñó. — No obstante, y dado que la luna acaba de salir — señaló el cielo y pude comprobar que de nuevo aquel cielo rojizo había aparecido — tengo una forma de hacerte entender que me vas a hacer caso.

— Ya...creo que prefiero ir a mi aire si no te importa. — intenté escabullirme.

— ¿Te marchas ahora? ¡Qué lástima! íbamos a hacer una fogata preciosa quemando todo el bosque — sonrió.

— Maldito cerdo malnacido — gruñí.

— Cuida esa boca, querida, y acompáñame.

A regañadientes le acompañé. Caminamos hasta llegar justo al lado del río, donde el incendio había comenzado el otro día y donde aún faltaban raíces. ¿Por qué faltaban aún las raíces?

Varios hombres con antorchas en la mano próximas al bosque me mantenían la mirada sin mediar palabra. Juro que voy a matarles uno a uno.

— Bueno como comprenderás quedan unos minutos para comenzar el ritual, pero antes quiero contarte una historia.

— Me la quiero ahorrar, sino te importa. La muerte es bastante sufrimiento ya sin tener que escucharte. — bramé.

— Te gustará — sonrió y no me gustó el modo en el que lo hizo — Verás, hace unos años mi padre, el anterior rey, comenzó a perder la cabeza y, tras varias acciones justificadas dictaminó que yo, no era un digno sucesor. Esto nos dejaba con un único candidato, mi hermano Lior. Hubiera estado de acuerdo en otro caso, ¿pero en serio él? Era diferente, oscuro, solitario y autoritario. Nadie le quería como futuro rey. Me reuní con los aldeanos, con los que siempre había tenido una relación cercana y decidimos dar un golpe de estado.

— Todo este tiempo pensando que eran imbéciles —señalé a los aldeanos— y solo son unos viles traidores que espero, por cierto, que se pudran en el infierno. Bien jugado — aplaudí con mofa provocándome dolor en las heridas.

— No son traidores, sino visionarios como lo era mi principal socio. Él mismo se ofreció para abandonar el reino tras las noticias de que nos habían llegado de la existencia de brujas. Atrajimos a una y casi lo teníamos cuando el estúpido de Lior se metió de por medio.

— Creo que te falta la parte de que para conseguirlo la extorsionaste. — crucé los brazos.

— Lo volvería a hacer a día de hoy. Total, no le ha servido de nada, ya que después de todo este tiempo, lo que tanto quiso proteger ha regresado para morir donde ella lo hizo.

No entendía a qué se estaba refiriendo. ¿Una supuesta bruja? No sé, había algo que no me estaba gustando.

— Vamos querida, — me miró de arriba abajo con desprecio y burla — Déjame decirte que te creí más inteligente y poderosa. Solo has heredado las malas formas de tu querida madre.

Capítulo 42

Las ideas se amontonaban en mi cabeza de forma abrupta costándome ordenarlas. Ahora lo veía: las ropas que me estaban perfectas, que seguramente hubiesen pertenecido a ella, el hecho de que el libro me llamara, que mi nombre fuera lo único que activara el libreto oculto.

Todo habían sido señales y las había ignorado, Alana era mi madre. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

— Por cierto, ¿Qué tal Yael, sigue tan malhumorado como siempre? Creo que se cabrearía cuando no recibiera el pago por cuidarte, pero es que ¡estábamos malditos! — rio y su séquito lo acompañó.

Yael, hacía años que había dejado de escuchar ese nombre en mi cabeza, el día que acabé con su maldita vida y me deshice de los años de palizas y vejaciones a las que me sometió. Ahora descubría que él me había arrebatado de los brazos de mi madre para lucrarse. Si lo hubiera sabido, te hubiera matado mucho antes, maldito bastardo.

— Realmente molesto, sí. Un ser despreciable, apestoso y gandul que se dio a la bebida. Su único propósito en la vida era golpearme sin cesar, unas veces me dejaba inconsciente, otras veces cerca de la muerte...— mantenía la mirada fija en sus ojos.

No contemplé ni un ápice de remordimiento en ellos, tras conocer las atrocidades que su <<amigo>> había hecho conmigo. Eso me lo pondría aún más fácil en el momento de matarlo, aunque para ser francos, de haberlo hecho, nada hubiera cambiado. No había nada en este maldito mundo que te salvara de mí, Tristán.

— Vaya, quién habrías sido si ese hombre no te hubiera criado, ¿verdad? Si sus golpes no te hubieran convertido en el monstruo que eres hoy — suspiró —te diría que le mandarás saludos, pero me temo que no podrás volver.

— Puede, pero aunque lo hiciera creo, que tampoco sería capaz. La última vez que lo vi agonizaba en sus últimos momentos de su insignificante vida contemplando el rostro angelical de su asesina: yo.

El silencio se instauró en el lugar. No creo que fuera por remordimiento al pensar en Yael muerto, ya que dudo que salvo envidia, odio, rabia e ignorancia fueran capaces de sentir algo más allá, sino por descubrir lo que era capaz de hacer.

— Quizá puedas saludarle tú, cuando te mande directo al infierno: Tristán, Tristán, Tristán.

Capítulo 43

Mi sonrisa se fue borrando a medida que la suya se fue agrandando. Había repetido tres veces su nombre como Alana había dejado escrito que hiciera y en lugar de desaparecer, su existencia seguía atormentándome.

— Veo que has descubierto cosas que la maldita de tu madre ya intentó usar conmigo — su revelación me hizo estremecerme — Por suerte, yo ya sabía que era capaz de dejar miguitas de pan y antes de empezar con el conjuro, la hice realizar otro más sencillo, pero por lo que veo ahora, altamente efectivo. — cruzó los brazos a su espalda — Verás, Tristán no es mi verdadero nombre; de hecho, nadie lo conoce a día de hoy, ya que le ordené que lo borrara de la memoria de cuanto ser viviente lo conociera.

Su nombre. Recordaba lo sospechoso que me resultaba que Lior nunca lo pronunciara. Siempre había pensado que era por un tema doloroso, ni un millón de años hubiera imaginado que la razón exacta de que no lo pudiera decir era que no lo conocía.

— Bueno, dejémonos de estupideces y acompáñame al río. El momento ha llegado.

— ¿Por qué en el río? — pregunté intentando sacar algo de tiempo para pensar.

— Eso te da igual, vamos. — ordenó.

Estaba algo nervioso y era evidente y notorio que la pregunta le había resultado molesta. Me daba exactamente igual de qué se tratara, solo sabía que por ahí podría atraer su atención. Había aprendido que, al mostrar los sentimientos, incluso los desagradables como en este caso, dabas una ventaja intelectual a tu adversario. Gracias, querido.

— Es porque no has matado nunca antes a nadie o es que te da asco la sangre... — situé el dedo bajo mi barbilla haciendo que pensaba — no, eso no puede ser porque me has abierto la cabeza con una rama, y claro, al hacerlo seguro que alguna gota de mi sangre habría caído sobre ti y claro...

— ¡Basta! Debe ser ahí, ¿contenta? — estaba realmente fuera de sí.

Sacar de quicio a alguien no siempre funciona. A veces me habían abierto la cabeza o soltado su furia hacia mí, en este caso había hecho que Tristán me diera la información que necesitaba.

Noté un breve aroma que me hizo salir de mis pensamientos: él. Desvié la vista hacia las raíces y percibí leves movimientos en ellas. Ya me había dado cuenta antes de lo extremadamente raro que me resultaba el hecho de que no hubieran crecido de manera inmediata, tras recuperarse. Estaba claro que eso era una señal, pero ¿cuál?

Pensé en Lior y en las pocas probabilidades que tenía de ayudarme contando con su incapacidad para salir del bosque y esto me llevó de nuevo a la misma pregunta: ¿Por qué no habían crecido las raíces?

Los aldeanos estaban a unos metros detrás y Tristán delante de mí. El bosque a mi derecha y para llegar al río debíamos avanzar, por lo que los hombres caminarían pegados a mí.

— ¿Vas a dejar de estar en silencio y moverte de una vez? — inquirió de malas formas el rey.

No dije nada ya que cualquier respuesta por mi parte podría haber sido sospechosa, por lo que comencé a caminar en dirección a Tristán cuando comencé una carrera rápida y

me desvié hasta dentro del bosque, justo a la zona quemada. Los hombres me persiguieron haciendo un círculo a mi alrededor, todos a excepción del rey que me miraba enfurecido desde su posición.

— Deja ya de hacer el tonto, no tienes escapatoria. Al final conseguirás que los hombres pierdan la paciencia y acaben con tu vida antes de tiempo.

— Eres insufrible — gruñó uno — y bailaré sobre tu asquerosa tumba.

— Entre nosotros — susurré — espero que los muertos puedan bailar — sonreí.

De la nada y tras mi última palabra, las raíces comenzaron a crecer empalándolos uno a uno. Elevé la cabeza para mirar a los aldeanos a sus asquerosos y codiciosos ojos, ahora inertes y sin vida. Las raíces brotaban por partes de su cuerpo que apostaba no habían sido agradables. ¿Disfruté con ello? Sí, lo hice.

— ¿Otra vez tratando de crear un plan para acabar con el mundo? — su voz me sobrecogió.

Ante mí, apareció Lior. Su aspecto era mucho mejor. Los cortes ya no sangraban y aunque eso le había ocasionado cortes en la ropa he de decir, que no le quedaba nada mal.

— Podrías haber sido menos sutil con tu plan. Da la casualidad que tienes compañera a una mujer brillante que lograría captar hasta el aleteo de una insignificante mosca.

— ¿Compañera? — sonrió acercándose.

Maldición, su sonrisa curvada y algo perversa era demasiado atrayente. Caminé hasta mí de esa forma tan poco natural que tenía y se quedó a centímetros de mi rostro. Nuestros ojos se encontraron de forma magnética.

— Temo interrumpiros, pero el tiempo apremia — la voz de Tristán me sacó de aquel momento.

Le contemplé, ya que la luz de la antorcha que llevaba en la mano iluminaba su asqueroso rostro.

— Vuestro numerito ha acabado con varios hombres con los que, la verdad, el mundo no pierde gran cosa. Sin embargo, habéis mostrado una debilidad, mi querido hermano está unido a este lugar — sonrió.

Notaba la tensión y el odio emanar de Lior. Sus puños apretados emblanquecían sus manos de la fuerza que ejercía. Probablemente era la primera vez que veía a su hermano después de tanto tiempo.

— O sales ya o quemo esto — insistió.

La brisa suave de la noche, movía mis cabellos sueltos rozando mi barbilla. El aroma del bosque, al que consideraba como al de un hogar, me inundaba. Estaba cansada por primera vez de un modo no físico. No quería seguir huyendo, no más.

— No — Lior me tomó de la muñeca con fuerza — deja que me queme. No debes morir por una causa que no es la tuya. Si he de morir, me llevaré conmigo a la tumba todas las oportunidades que tiene de salirse con la suya — masticó entre dientes. — Te ordeno que me hagas caso.

Había comprendido a Lior todo este tiempo, hasta que de su boca había salido esa palabra.

— ¿Que me ordenas? Suéltame la maldita mano o te juro que soy yo ahora mismo quien te prende fuego.

La rabia latía en mi corazón como si en ese momento fuera el motor que lo impulsaba a seguir en movimiento. Su mirada se retiró de la mía para soltarme con malas

maneras.

Comencé a caminar para salir del bosque que ahora mismo notaba me asfixiaba, esto se acababa aquí y ahora.

Capítulo 44

Salí del bosque ante la fija mirada de ambos hermanos. Uno odiándome por la decisión que había tomado, otro por el simple hecho de existir.

— Buena chica — sonrió Tristán.

La verdad, si ya de por sí me resultaba repulsivo mirarle, el tono de la luz en su rostro lo hacía aún más vomitivo.

— Vamos — indicó queriendo agarrarme.

Aleje la mano evitando que me cogiera. Apreté la mandíbula rabioso y me miró con odio, el más puro y ponzoñoso de ellos del que sabía estaba cargado.

— Que haya salido, no quiere decir que esté aceptando tu decisión y mucho menos tus órdenes. — bramé.

— Creo que no estás pensando con claridad, querida, de no hacerlo, quemaré a tu amiguito — sonrió moviendo la antorcha.

— ¿Amiguito? — pregunté burlándome — Te das cuenta de que hablas como un niño, ¿verdad? — reí — Primero, si quieres amenazar a alguien, aprende a hacerlo y segundo, comprueba que eres capaz de ello.

— Estás acabando con mi paciencia, voy a quemarlo. — elevó la antorcha dirigiéndola contra el bosque.

— Paciencia es la que se me ha acabado a mí. — quiso hablar, pero le interrumpí — Me tenéis harta con vuestros egos de poder. Te ordeno esto, te ordeno lo otro. Toda mi maldita vida se me ha dicho qué era lo que se suponía que tenía que hacer y qué no. Cuál era mi sitio y cuál no. Joder si hasta se me ha castigado por el maldito hecho de existir.

Notaba furia como nunca antes la había notado, fluía por mí de un modo raro.

— Si quieres quemarle, adelante y si quieres matarme, ten lo que hay que tener y ven a por mí tú mismo. — gruñí.

— Que sean ambas pues.

Soltó la antorcha haciendo que cayera en la base de unas raíces y comencé a caminar hacia mí con rabia.

Quiso darme un golpe, pero lo esquivé, el segundo, sin embargo, dio de pleno en mi mejilla.

El sabor metálico de la sangre inundó mi boca, escupí con furia, esa que se iba incrementando cuando me di cuenta de que de las palmas de mis manos emanaba una especie de pequeña luz blanquecina. ¿Qué demonios?

No tuve tiempo de pensar ya que Tristán me golpeó en el abdomen haciéndome caer de rodillas.

— Ahora vas a acompañarme al asqueroso río o te llevaré a rastras de ese maldito pelo que tienes.

Le dejé continuar hablando mientras mis pensamientos se centraban y ordenaban. Escuchaba los gritos de Lior mezcla de dolor por las llamas y de rabia y desesperación por la escena. El sonido crepitante de las llamas amortiguaba el incesante palabrerío de Tristán. Mi cuerpo estaba tirando con las últimas reservas que le quedaban. No había comido en varios días, me habían abierto la cabeza, atado y golpeado con dureza. Contemplé mis

manos y me di cuenta de que la luz iba en aumento.

No sabía qué era, pero sí sabía qué era yo: una maldita máquina imparable.

— Tú, bruja, ¡hazme caso! — vociferó Tristán.

Sin elevar el rostro comencé a ponerme en pie lentamente.

— Como ya te dije, quiero deciros a todos aquellos como tú, que insulto tras insulto, castigo tras castigo, me habéis descubierto mi verdadero yo y por eso os estaré eternamente agradecida.

Me dirigí hacia él con fuerza. De un codazo certero en sus partes nobles, le hice perder el equilibrio, para terminar asestándole un puñetazo en el mentón que le hizo caer al suelo de rodillas.

Detrás de él, veía como las llamas arrasaban a su paso el bosque y con él a Lior. El dolor y la rabia iban juntas, quería correr y apagar el fuego, pero por sus dimensiones era evidente que eso ya se había escapado de mis manos. Eso me llenó más de odio.

Tristán comenzó a reír a carcajadas cosa que me sorprendió, pero su estupidez era tal que desconocía que le provocaba dicho sentimiento.

— Eres igualita que tu madre así que no te resistas y acepta tu destino al igual que lo hizo ella. Sois monstruos cuya existencia debería no ser posible en un mundo digno como este.

— ¿Un mundo digno? — reí — Creo que el mundo es una soberana panda de mentirosos y ruines seres que no merecen otra cosa que aquello cuanto les pase. — me acerqué a él con paso firme y me agaché a su altura — Por suerte para ti, mi madre te dejó con vida porque no era el monstruo que tú creías. — me acerqué aún más y le comencé a susurrar — Por desgracia para ti, yo sí lo soy.

Me aparté contemplando su rostro incrédulo. Me incorporé y dirigí mi mano hacia él. Sus ojos se agrandaron al ver la luz emanar de ellas, quiso suplicar por su vida, pero era tarde y yo no tenía buen oído.

De la luz comenzó a salir una especie de rayo que golpeó con fuerza a Tristán contra las llamas. Sus gritos y alaridos de dolor eran música para mí.

Aunque no he podido hacer justicia, madre, he cobrado venganza.

Ya allí, contemplando sus restos consumirse en el fuego, cerré el círculo que había empezado mucho antes de que yo tuviera conocimiento y es que nada mejor que el fuego para el bautizo de alguien.

Capítulo 45

No me moví ni aparté la mirada ni un segundo, quería ver como ese maldito se consumía.

Unas gotas comenzaron a caerme por el rostro, eran heladas y tan finas que parecían cientos de pequeñas agujas al contacto con mi piel.

No sabía qué era, solo sabía que esa lluvia no era normal. Un sentimiento similar al que sentí al encontrar el libro por primera vez y sostenerlo entre mis manos, me sobrecogió. El fuego comenzó a extinguirse de forma acelerada y poco natural, dejando paso a cenizas y al humo.

Del maravilloso bosque que había en su momento, no quedaba nada. Bueno vale, quizá no era tan bonito y sí algo terrorífico, pero créeme ahora daba más miedo. Los árboles habían perecido y ya no parecía haber muestras ni signos de ningún ser vivo. Lior. Mi corazón susurró con dolor.

Por fin salí de mi trance y comencé a correr bajo la lluvia que ahora caía de forma copiosa y acelerada en dirección a los restos. Me moví con rapidez, busqué por todos lados y nada. ¿Dónde me iría si me estuviera quemando?: al río.

Me dirigí con rapidez con la esperanza de encontrarle apoyado donde la última vez lo había hecho. Nada, solo el tronco derruido del árbol. Me acerqué hacia él y coloqué la mano sobre su corteza.

Ya no le sentía, ni a él ni a su aroma...nada, ya no estaba.

La calidez de mis mejillas me hizo llevarme la mano a ellas. Varias lágrimas habían brotado de mis ojos y rodaban por mi rostro hasta perderse en mis labios. Ni si quiera recordaba cuando había llorado por última vez, creo que tan solo era una niña y había prometido no volver a hacerlo.

Maldito Lior, te odiaba más que a nadie nunca antes por provocar en mí este dolor. Incluso después de muerto no ibas a dejarme tranquila.

Un ruido sonó a mi espalda, era casi imperceptible, camuflado bajo el sonido de lluvia, pero no para mi oído. No sabía quién eras y en este momento me daba completamente igual, solo sabía que te quería golpear.

Me moví con rapidez en un movimiento que mi oponente fue incapaz de adivinar, asestándole un puñetazo en el mentón. Mi adversario cayó de bruces contra el suelo imposibilitándome verle el rostro.

— Veo que el tema de los puntos de ataque te ha quedado claro — esa voz

— ¿Lior?

— Pues puede, ahora no sé si me habrás desfigurado — elevó su cara con la mano masajeando la zona de mi impacto — oye, ¿estabas llorando?

— ¿Yo? Creo que el golpe del mentón te ha llegado al cerebro. — me burlé.

Se puso de pie y comprobé que ya no parecía un ser, sino un humano en toda regla. Sus movimientos eran normales, (lentos si los comparo conmigo, obviamente era la mejor) Las ropas estaban hechas girones mostrando parte de su torso que como ya había adivinado con antelación, estaba muy pero que muy bien.

Me crucé de brazos enfadada recordando las últimas palabras que habíamos tenido y el me miró divertido.

— ¡oh, vamos! — pidió — ¡Acabas de intentar quemarme vivo!

— Qué lástima no haberlo hecho por completo, esa era mi intención. Así que como vuelvas a atreverte a darme órdenes te juro que la próxima vez no fallaré. — bramé.

Nuestras miradas se encontraron. Estaba furiosa y él lo sabía. De la nada en su boca se dibujó una sonrisa ladeada y comenzó a andar hacia mí con paso firme. No me asustaba ni me impresionaba nada, pero joder, Lior y de ese modo, me imponía.

Se quedó a escasos centímetros de mí analizando cada parte de mi rostro con su penetrante mirada.

— Pasaré por alto que tus acciones son mucho más graves que las mías por el simple hecho de que has roto la maldición y por ello me has liberado. La próxima vez que te vea en silencio de verdad creeré que estás planeando acabar con el mundo, ¡casi lo consigues! — suspiró y volvió a la conversación inicial — Te doy mi palabra que no lo volveré a hacer mujer, siempre que tu prometas no intentar quemarme de nuevo. ¿Tenemos un trato? — arqueó la ceja

— ¿Nunca te han dicho que hablas demasiado? ¡Aburres! — pregunté con voz burlesca

Estábamos a escasos centímetros. Su piel emanaba un calor que era capaz de sentir desde mi posición. Su mirada recorriéndome me hacía estremecerme y era incapaz de apartar la vista de él. Si el deseo tenía un nombre: era Lior.

— Tenemos un trato — dije al fin a regañadientes.

Ofrecí mi mano y él la contempló inmóvil. La retiré con rabia ya que me había hecho parecer una idiota. Él se rio por qué cómo no, era exactamente lo que pretendía, sacarme de mis casillas. ¡Te odio Lior!

Me iba a marchar indignada, cuando su mano se coló por mi nuca y me atrajo hacia él.

Nos quedamos unos segundos a centímetros, sintiéndonos. De un arrebato, nuestros labios se unieron de forma furiosa y sedienta de deseo y ganas. Las que teníamos el uno del otro. El beso era acelerado como si el tiempo estuviera en nuestra contra y fuera el último que nos dábamos. Aflorando un sinfín de emociones en todo mi cuerpo y esta vez diferentes a la rabia.

Más te vale no hacerme daño Lior ya que ahora eres mortal y sé unas cuantas maneras de acabar con esa condición.

Epílogo

Dominar mis poderes, sí poderes (aún tengo que repetirlo varias veces para acostumbrarme a ello), no resultó tan sencillo como creía. Tuve que hacer muchos esfuerzos por controlarlos y que no salieran en cuanto se me nublaba el juicio, cosa que pasaba con demasiada frecuencia.

Por otro lado, estaba el último deseo de mi madre y tal, y, claro, quise llevarlo a cabo, aunque creo que se me fue la mano y más que justicia impartí venganza. No se me puede juzgar por ello, esos paletos enajenados se merecían un escarmiento. Además, me resultaron tremendamente útiles para terminar pillando el truco a la magia.

Acabé con todos los habitantes de ese lugar para poder quedarme con todas sus exquisitas riquezas, sí. ¿Y qué?

¡Mira, no es momento de ser puntillosos! Cumplir había cumplido.

Ahora vivía en una isla enterita para mí, con una de las mejores casas que había. Nada de casas derruidas o escondidas, sino la más grande y más central que existía en el pueblo. Bueno, vale, no estaba sola, también estaba Lior.

De momento no se ha portado mal y nos hemos amoldado bastante bien. Con esto no quiero decir que hayamos dejado de meternos el uno con el otro, solo que después, bueno, digamos que hemos aprendido a reconciliarnos de múltiples y diferentes maneras.

¿Esperabas un felices para siempre? Creo que si buscas eso esta no es tu historia, aunque debo confesar que es agradable no estar todo el tiempo huyendo ni luchando.

¿Podría acostumbrarme? Tal vez. Pero las cosas no cambian y, cómo no, los impresentables terminaron apareciendo como moscas en la mierda, nada es eterno, ¿no?

Pero bueno, esa ya sería otra historia.



Agradecimientos

Todo sentimiento es válido incluida la rabia y el dolor y es lo que atormentaba mi cabeza cuando comencé este proyecto. Por eso quiero dar las gracias a ella, a Anat por haberme apoyado en el interminable proceso de sanación.

El primer agradecimiento va elevando el rostro y mirando al cielo, para ellos, mis dos ángeles que se marcharon demasiado pronto para hacerme ver que pese a todo luchara siempre con uñas y dientes por lo que quería. Papá, mamá, vuestro recuerdo sigue siendo el motor que impulsa mi vida.

En segundo lugar, quería agradecer a mis lectoras cero, mis queridas Saray y Cristina. Creo que me han ofrecido más que ayuda; me han apoyado cuando lo he necesitado, me han escuchado cuando ni yo misma lo hacía y me han aconsejado con el corazón en la mano. Amistad se queda corta si tuviera que buscar una palabra para definir lo que siento por ellas.

A Cristina que con trazos fue capaz de poner imagen a quien tanto tiempo permaneció en mis pensamientos: mi querida Anat. Como siempre he dicho, haces arte.

Al loco que me acompaña en cada paso que doy, ya sea leyéndose cada una de mis historias o acompañándome a cada feria o lugar para decirme lo orgulloso que está de mí. Contigo todo cobra sentido.

Y por último a todos aquellos que decidisteis darme una oportunidad, quiero que sepáis que estáis sanando poco a poco algo que estaba roto y no sabíais. Gracias.

Me resulta de gran ayuda tu opinión acerca de ésta, o de cualquiera de mis obras, a través de Goodreads o Amazon. Muchísimas gracias por tu valoración.

